

Un exorcismo en los años setenta
desencadenará el horror en el presente



Y
LÍBRANOS
DEL
MAL

MARCOS NIETO PALLARÉS



LÍBRANOS

DEL

MAL

Una vida a tu lado; tenerte y ser tuyo: lo que disfruto y lo que deseo gozar eternamente. Por ello mis letras te pertenecen. Es para ti; todo, siempre, Marta
Martín Girón.

«Bueno, debo decirles una cosa, caballeros: los juegos del Demonio no están restringidos a los que habitan en el infierno. Se admiten otros jugadores.»

Robert Ludlum

Llevaban horas esperándole.

El padre Anthony se apeó del vehículo y caminó taciturno hacia el maletero. Lo abrió, extrayendo su maletín; dentro, los utensilios necesarios para desempeñar su exclusivo trabajo. Se ajustó el alzacuello —casi un tic—, se abrochó el abrigo y anduvo con paso firme hacia el umbral del convento. Previo a alcanzar la puerta, alzó la vista para contemplar la cruz que coronaba su pequeña capilla. Tras el símbolo, un conjunto de nubes ocultaban la gran luna llena que guiaba sus pasos.

Se santiguó.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

No apartó la mano de sus labios al terminar. Alzó la izquierda sin ni siquiera soltar el maletín, juntándolas ante su boca para echarles vaho templado.

«Señor, no me abandones en esta noche oscura y fría».

Antes de alcanzar la entrada una imagen pasó ante sus ojos; la inmediatez del ritual le traía malos recuerdos. En su cabeza se amontonaron ojos negros, pieles macilentas, voces desesperantes, blasfemias, perversión...

La soledad le acompañaba a todo lugar, y aquella noche no sería diferente. Luchaba contra el mayor de los contrincantes: el mal; y al igual que en su propia vida, la batalla que se cernía la afrontaría de tú a tú.

Suspiró.

Golpeó la puerta con los nudillos. Enseguida, la mirilla se abrió. El padre dio un paso a la izquierda, colocándose ante la abertura. El rostro de una monja apareció al otro lado de la madera; supuso que el de la madre superiora.

—Gracias a Dios —susurró la religiosa, santiguándose apresurada. Cerró la mirilla y abrió la puerta, temblorosa—. Pase, padre. Gracias por venir.

Anthony asintió al tiempo que se agarraba el ala del sombrero.

—Yo acudo donde me requiere el Vaticano. Soy un enviado de Dios, nada más. Así que, si el Señor ha dispuesto que esté aquí, supongo que será grave.

—Sí.

—¿Es usted con quien hablé por teléfono?

—La misma: sor María, madre superiora.

—¿Hicieron lo que les pedí?

—Sí. Tal y como nos indicó, la amarramos a la cama, desnuda y cubierta por una sábana. Las otras hermanas están encerradas en sus cuartos. ¿Le acompaño hasta la habitación?

El padre asintió. La madre superiora anduvo.

Observó a su alrededor: paredes desconchadas por la humedad; un suelo de piedra con formas y relieves, muy antiguo; cuadros religiosos y cruces a cada paso; candeleros posados sobre los pocos muebles que decoraban la arcaica edificación, algunos incluso dejados en el mismo suelo... El convento se mantenía iluminado gracias a aquellas pequeñas llamas.

«*Gozan de luz artificial* —pensó el cura al advertir una lámpara apagada».

—¿Se ha ido la luz?

—No. Las bombillas empezaron a apagarse y a encenderse. Luego estallaron algunas. Así que decidimos cortarla para evitar males mayores.

¿Cuándo empezó todo? —preguntó mientras subían las escaleras que daban al primer piso, lugar donde se encontraban los aposentos de las monjas.

Ya le habían informado de lo sucedido, pero necesitaba hablar para calmar los nervios, cerciorarse de aquello que, aun habiéndolo escuchado por teléfono, le costaba creer.

—Como le dije, comenzó progresivamente. Primero fueron los sueños. Se hizo pasar por un ángel, ¿sabe?, engañando a muchas de las hermanas. Pero luego empezaron las pesadillas, las sombras, el líquido filtrándose por las paredes, los sonidos de pisadas donde no había nadie... Cuando conseguimos «apresarlos» en el cuerpo de sor Patricia, esta se disponía a saltar por una de

las ventanas más altas del edificio. Supongo que eligió a la más débil, a la última en ingresar. La situación se volvió insostenible; de ahí que pidiéramos auxilio al Vaticano.

—Nos enfrentamos a un demonio singular —lamentó el cura justo cuando María alcanzaba la puerta tras la que esperaba la poseída.

Anthony no sintió nada.

Aquello le descolocó.

«¿Nada? Extraño».

La madre sacó la llave que abriría la habitación.

—La necesito a mi lado en todo momento. —María asintió con el rostro desenchajado, el miedo incrustado en la mirada—. No hable ni le mire a los ojos. No se mueva si no se lo pido. Límitese a obedecer, ¿de acuerdo?

»Ahora debo darle la absolución.

Anthony se colocó el sobrepelliz y la estola violeta sobre los hombros. Y ante la monja, que parecía haber perdido la facultad del habla, recitó:

—Dios, Padre misericordioso, que reconcilió consigo al mundo por la muerte y la resurrección de su Hijo y derramó el Espíritu Santo para la remisión de los pecados, te conceda, por el ministerio de la Iglesia, el perdón y la paz. —Con los dedos índice y corazón juntos, dibujó el signo de la cruz—. Y yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.

—¿Padre? —Tras la puerta se escuchó una voz dulce y femenina—. Quiero confesarme. ¿Padre? ¿Está ahí? Necesito que Dios perdone mis pecados.

La temperatura bajó de forma abrupta; tanto, que los alientos parecían humo.

—No es sor Patricia —susurró María con los ojos muy abiertos.

—Lo sé.

Anthony abrió el maletín y extrajo un crucifijo, una botella colmada de agua bendita y el libro Ritual Romano, que abrió por el capítulo doce: *De*

exorcizandis Obsessis a Daemonio.

—Hemos de entrar. Su cuerpo se debilita a cada segundo. Él siempre anhela una muerte. Y si no hacemos nada, la obtendrá.

La madre superiora metió la llave en la cerradura, pero no tuvo tiempo de empujar la puerta; con furia desatada, la abrió una ráfaga de aire proveniente de ninguna parte.

Dentro, la poseída reposaba sobre una cama de hierro, completamente envuelta por una sábana. Sobre su cabeza, colgado de la pared, un crucifijo; a su derecha, un pequeño armario; en el suelo, diez candeleros la iluminaban: eso fue todo lo que encontró en el interior de aquella pequeña estancia.

La poseída se inclinó tanto como le permitieron las ataduras; nudos sobre la tela que presionaban sus tobillos y muñecas, como él mismo había indicado días antes: «Deben desnudarla y cubrirla por completo con la tela que prepararán según mis indicaciones», explicó por teléfono.

«Sor Patricia» se agitó, convulsionando rabiosa. La tela no dejaba atisbar su rostro, metiéndosele por la boca cada vez que cogía aire. Sus pezones se marcaban, así como el vello que forraba su monte de venus. Una escena para la que un hombre curtido en mil batallas como el padre Anthony no estaba preparado.

—Jajaja... —Rio el demonio con voz gruesa y varonil—. ¿Quieres jugar, Anthony? ¡Es mía, cabrón! ¡Y no podrás arrebatármela!

El cura se santiguó, alzó la cruz y dio un paso al frente, rociando las cuatro esquinas con agua bendita; las que cayeron sobre la sábana asemejaron hervir.

—¡Que esta agua bendita nos recuerde que hemos sido bautizados y con ella hagamos memoria de Jesucristo!

«Ayúdame, Espíritu Santo».

La madre superiora parecía haberse petrificado al lado del sacerdote.

—¡Por la autoridad de Jesucristo te ordeno guardar silencio! —vociferó a los pies de la cama—. ¡Contempla la Cruz del Señor! ¡De ti, demonio, no quiero saber más que el nombre! ¡Cómo te llamas, esbirro de Satanás!?

¡Dímelo! ¡Dímelo! ¡Di tu nombre!

Agitó el crucifijo cada vez más cerca de la «infectada».

—¡Me llamo Judas Tadeo, Simón el Cananeo, Judas Iscariote, Mateo el publicano, Santiago el Mayor...! —contestó jocosamente—. ¡Tengo muchos nombres, sacerdote, pero tú puedes llamarme como prefieras!

Se le hacía sumamente extraño filtrar su voz desgarrada y grave sin poder ver los rasgos de la mujer a la que poseía.

—*In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti...* —prosiguió el sacerdote seguro de sí mismo, acercándose cada vez más a la sábana que cubría a sor Patricia: un mero juguete del Demonio.

De pronto, un dedo le señaló bajo la tela, tensándola por entre las piernas de la endemoniada. Pero sor Patricia seguía atada a la cama de pies y manos. «No juegues conmigo, Satanás; ya no me engañan tus artificios». Entonces la pudo ver; atendió a su desnudez como si nada la cubriera. La sábana aparentó fundirse bajo la piel de Patricia. Observó su joven y virginal cuerpo aún sin signos del maligno.

Se escuchó un crujido.

Luego otro.

El cura no supo identificar su procedencia.

—Son sus dedos —susurró aterrorizada sor María.

Un tercer crujido condujo la mirada del padre Anthony al origen de los desasosegantes sonidos. Desconcertado, vio cómo los dedos de la monja se doblaban hacia atrás, quebrándose como una rama seca.

«¿*Qué diantres está pasando aquí?* —pensó mientras índice, corazón, anular..., se rompían ante sus ojos».

Cogió aire y se dijo en un susurro: «Óbvialo todo. Cíñete al ritual».

Anthony abrió el libro Ritual Romano y recitó en voz alta: «*Regna terrae, cantata Deo, psallite Cernunnos, Regna terrae, cantata Dea psallite Aradia...*». Pero un rugido ensordecedor solapó la voz del exorcista; grito que ni siquiera provino del interior de la sábana.

El crucifijo colgado sobre la víctima rotó violentamente hasta quedarse boca abajo, hasta dibujar la señal del anticristo.

La puerta se cerró *ipso facto* a la espalda del cura y la monja, quedándose los cuatro a solas.

EL ROSARIO

Cuatro décadas más tarde

Cada día me costaba más empezar; sentía el mismo cansancio al despertar que al acostarme. Mi cuerpo no conseguía recuperarse del molimiento que sufría en el trabajo. Pero aquella mañana me sentía inusitadamente altivo: me reconfortaba pensar que a las siete de la tarde pasaría a buscar a Nicholas, cenaríamos juntos y al terminar veríamos una película tumbados en el sofá, durmiéndonos como tantas otras veces antes de que llegaran los créditos finales. No podía imaginar una velada mejor.

Tomé mi acostumbrado café mirando las noticias: reavivante rutina matinal que me servía para «engrasar» los músculos de cara a la dura jornada.

«Y para más inri, hoy empezamos un nuevo edificio —pensé mientras apagaba la tele—. Espero que no haya demasiados escombros. Odio los putos escombros. Mierda: ahora que lo he pensado —aunque ni siquiera haya sido en voz alta—, seguro que habrá para dar y vender. Lo que sea que rige este mundo está cogiéndole el gusto a tocarme los cojones. Y la verdad es que no lo entiendo. Con la de delincuentes que rondan..., y la mala suerte ha de cebarse conmigo. En fin».

Si echaba la vista atrás, podía percatar lo desastroso de mi existencia —y eso, retrocediendo solo quince días—: había pinchado dos veces y perdido las llaves del piso, además de ser víctima de dos atracadores de tres al cuarto que me habían dejado sin cartera y, lo peor de todo, sin documentación, teniendo que renovar el DNI, el carnet de conducir y hasta la tarjeta del Kentucky Fried Chicken. Y por si eso no fuera poco, Nicholas se había pillado los dedos con

la puerta del coche no hacía ni cuarenta y ocho horas, acabando en Urgencias.

«Igual debería llamar a los del Record Guinness... —cavilé mientras recapitulaba».

De todos modos, la mala racha parecía ir perdiendo fuerza. Justo el día anterior, mi jefe había accedido a subirme el sueldo. Cien dólares nada más, pero bien que venían.

Aún eran las seis y media de la mañana y mi jornada empezaba a las ocho, pero tardaría más de media hora en llegar al curro. Asimismo, como llevaba haciendo más de dos años, pasaría a saludar a mi panadera preferida.



Salí del piso acarreado con la bolsa de deporte. Dentro llevaba una botella de agua fría envuelta con una toalla —que además de mantenerla fresca me serviría para el sudor—, un cuchillo, un tarro de paté y unas servilletas: a falta del pan, lo necesario para preparar el almuerzo.

Subí a mi destartalada Ford Ranger. Encendí la radio y conduje en dirección a donde pasaría gran parte del mes.

Una nueva vivienda que rehabilitar, que dejar como nueva. Así me ganaba el jornal: trabajando como albañil para la empresa S.K. Restauraciones. Y en aquella ocasión, me dirigía hacia una vieja rectoría católica. Supongo que no era el mejor lugar para un ateo, pero yo no iba por ahí criticando las creencias de los demás. Mis principios: «Que cada cual crea en lo que le dé la gana, pero que lo haga respetando a los demás. Siempre y cuando, por supuesto, los demás no vayan tocándole los cojones». Un rápido ejemplo: respetaba a los Testigos de Jehová siempre y cuando no llamaran a mi puerta e intentaran convencerme de que su «religión» era mejor que la mía. «Entonces, ¿usted no cree en nada?», me preguntaron la última vez que intentaron arrastrarme al «lado oscuro». «¿En nada? ¿En serio? Es decir, ¿si no sigo tus doctrinas no

creo en nada?», les contesté de forma airada. Falta decir, que luego los envié a tomar viento.



Hacía más calor de la que hubiera deseado. Si a esas tempraneras horas el aire ya entraba tibio por la ventanilla de mi Ranger, podía vaticinar sin miedo a equivocarme que tarde o temprano mi camiseta acabaría empapada de sudor. *«Para currar, mejor el invierno».*

Bridgeport, por lo general, solía ser una buena ciudad para la ejecución de «trabajos forzados»: tiempo templado u ocasionalmente caliente, con veranos húmedos e inviernos fríos y nevados. Pero por lo visto, aquella se perfilaba como una jornada de las ocasionalmente calurosas.

La rectoría se encontraba en Clinton Ave, una zona tranquila de anchas calles y casas con cuidados jardines. Se agradecería la tranquilidad del barrio, la ausencia de irritantes claxon y chirriantes frenazos, el desapacible sonido de las sirenas. El lugar me pillaba algo lejos de casa, pero la balanza de mis preferencias se inclinaba sin duda hacia el costado de la calma. Por otra parte, el chalé de mi exmujer estaba relativamente cerca, así que no podía quejarme. Había currado en lugares infinitamente peores, incluso en barrios de dudosa reputación. Y con más o menos problemas siempre salí airoso.

«Vivo para trabajar y no al contrario —me lamenté ya cerca de la panadería, donde, un día más, Susan me serviría una barra de pan recién salida del horno—. Menos mal que tengo a Nicholas: lo único que he hecho bien en esta vida, aparte, sea dicho, de ser el mejor albañil de Bridgeport».

Sonreí ante mis ridículos pensamientos.

No me consideraba un fracasado, pero tampoco un hombre de éxito. Supongo que podría catalogarme como un tío normal, uno que no ha alcanzado sus sueños de juventud —sobre todo en lo referente al trabajo—, pero con un

curro estable, un piso pagado y un hijo maravilloso; muchos no podían jactarse de dichos logros.



Aparqué en la misma puerta de la panadería.

No paraba allí por el pan —que estaba deliciosos, hay que decirlo—, sino por la panadera. Hasta el día que el azar me llevó a entrar en su establecimiento, no había tenido la suerte de contemplar la auténtica belleza. Y no solo eso: era jovial, simpática, natural..., y lo más importante: distinta. Soñaba con ella, o, más bien, me montaba películas en plan superhéroe que salva a damisela en apuros. Por supuesto, en mis figuraciones siempre acababa llevándome a la chica —en este caso a Susan—, a la cama. Parecía ser, que mis treinta y nueve años de edad no habían conseguido desprenderme de mi lado más bobo e infantil; y yo, por supuesto, le agradecía al Universo haberme mantenido así. De vez en cuando Nicholas me miraba con cara de «¿esto es mi padre?», pero yo sabía que en el fondo le encantaban mis payasadas. A veces dudaba de quién era el más maduro de la pareja.

En fin..., que entré en la panadería cargando con esa altivez que atesoraba. De no haber sido tan temprano, me habría puesto incluso las gafas de sol.

—Buenos días —saludé vivaz. Eran las siete y cuarto de la mañana, pero ya tenía a tres clientes por delante.

—Hola, Maylan —contestó Susan tras el mostrador.

Hasta ahí, la rutina habitual: entrar, saludar y recibir de vuelta la cordialidad de Susan. Pero ese día estaba dispuesto a echar el resto. Aunque en realidad, para echar el resto uno ha de haber echado algo antes, y yo, durante más de dos años, no había arrojado más que «buenos días» y frases sobre el tiempo o lo rico que hacían allí el pan. Pero como dijo un hombre

célebre del que no recuerdo el nombre: «El que sube una escalera debe empezar por el primer peldaño». Y yo, aunque había estado delante de esa escalera muchas veces, ni siquiera me había dignado a alzar la pierna.

Observé alrededor. En la tienda no solo vendían pan, sino todo tipo de repostería y utensilios relacionados con el arte culinario. El mostrador se encontraba al fondo de la estancia, ante la puerta de entrada. Las tres paredes restantes estaban repletas de estanterías de madera color pino, donde podían encontrarse las típicas figuras de los novios que coronaban las tartas de boda o los «muñequitos» de personajes de dibujos animados destinados a las celebraciones de los más pequeños. Una estancia que emanaba paz y sosiego por los cuatro costados, beneficiada por un aroma incomparable a pan recién hecho.

No tardó en llegar mi turno. El último cliente acababa de salir por la puerta.

«A solas: perfecto».

—¿Lo de siempre, Maylan?

La miré fijamente a los ojos; fijé mis pupilas azules en sus iris marrones. El pelo le caía por los hombros, cubriendo el blanco de su bata de un hermoso castaño cobrizo. Juraría que se sonrojó ante mi inusitada «inspección».

—Sí y no —susurré haciéndome el interesante.

Frunció el ceño sonriente.

—Explícate.

—Pues que quiero la barra de pan y, además, hacerte una pregunta.

Las cejas se le alzaron unos centímetros más.

—Te escucho.

—¿Te gustaría cenar conmigo el viernes? Por supuesto, invito yo.

—Pensé que no ibas a pedírmelo nunca.

De pronto, mis cejas y mis párpados aparentaron expandirse sin fin.

—¿Qué?

Fue la única palabra que pude pronunciar.

—Pues que solo hace falta ver cómo me miras. Se te nota un poco, ¿sabes?

—¿Tanto?

—Bastante.

Tras un incómodo silencio, ambos reímos. Una vez terminadas las risas, me froté las sienes meditando qué decir sin meter la pata.

—En fin... Me siento algo ridículo, la verdad. Parezco un niño de ocho años que le está pidiendo salir a su mejor amiga sin tener ni idea de lo que está haciendo.

—Pero tú sabes muy bien lo que estás haciendo, ¿no?

Se la veía tranquila, quizá porque en aquella habitación solo estábamos ella y yo.

—Pues... No sé yo... Pero lo que sí sé, es que me gustaría llevarte a cenar a un buen restaurante y luego al cine.

—Acepto encantada. Hace mucho que no tengo una cita y me apetece tenerla contigo.

—Me cuesta creerlo. Y seguro que no hace tanto como yo...

Chasqueó los dedos como quien recuerda algo.

—Tu barra de pan.

—Dios me libre de irme sin ella —bromeé al tiempo que me daba la espalda, metiéndose en la sala donde cocían su producto estrella.

No tardó en salir con lo demandado. Me lo entregó con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿El viernes, entonces? —preguntó de forma retórica. Luego señaló con el mentón mi reloj de pulsera, subiendo y bajando las cejas.

«Mierda. La hora».

—Vas a llegar tarde.

El tiempo pasaba volando a su lado: eran ya las ocho menos veinte.

—Te estaré esperando afuera —dije mientras corría hacia la puerta, tropezándome antes de alcanzarla—. Sales a las ocho y media, ¿no?

Rio y asintió.

—Pues lo dicho: ¡hasta el viernes! —me despedí con un pie ya sobre la acera.

—¡Eh! —gritó cuando a punto estaba de cerrar la puerta—. ¿¡Pero no vas a venir mañana!?

«¿Estás tonto o qué te pasa, Maylan? Va a pensar que estás empanado, joder».

—Claro que sí —dije asomándome como una vieja cotilla: cuerpo en la calle; cabeza en la panadería—. A veces parezco medio tonto; y eso quitándome la mitad de la estupidez... En fin. ¡Hasta mañana, entonces!

—Hasta mañana, Maylan.

Su voz sonó resignada, como quien está ante un ser que no tiene remedio. Pero también pude escuchar su risa mientras me alejaba.

Ya dentro de la Ranger, a través del cristal del escaparate, pude advertir cómo seguía desternillándose a mi costa.

«No sé si eso será bueno o malo».



Con el ego por las nubes, llegué a Clinton Ave. Gracias a las indicaciones del G.P.S. me planté en mi destino, y tan «solo» diez minutos tarde: primera vez en mi vida que no era puntual. Antes de llegar, a lo lejos, pude ver los dos contenedores de metal que el jefe se había encargado de colocar ante la entrada: lugar donde iría a parar todo lo que «sobrara» dentro. Mike, John y Dalmacio me esperaban en el porche de la rectoría; este último, al verme, se señaló guasón e insistente el reloj de pulsera. Por supuesto, junto a mis tres

compañeros de fatigas también aguardaba el propietario de la empresa S.K. Restauraciones.

Con quien mejor me llevaba era con Dalmacio —el gracioso—, aunque con John y Mike no tenía mala relación. John era el típico grandullón con cerebro de mosquito y Mike, lo mismo pero con menos altura y peso. Curraban bien, pero no creo que supieran dónde estaba Australia o tenían la cabeza. Pero como os he dicho, lo único que debía importarme lo hacían bien: su trabajo.

Dalmacio —Dal para los amigos— era de descendencia hispana, de madre y padre mexicanos, pero nacido en Estados Unidos. Llevaba un fino bigote que, según él, era «guay» y le daba un toque varonil; a mí me parecía lamentable. Moreno de pelo y piel, solía vestir con ropas anchas, aunque en el curro se ponía un mono azul. A veces resultaba un tanto cargante, pero su fondo era bueno.

—¿Se te han pegado las sábanas, don puntual? —se mofó nada más verme bajar del coche—. Ya no vas a poder vacilar de no haber llegado nunca tarde, ¿eh?...

A decir verdad, me jodía bastante haber roto mi racha de puntualidad —aunque la causa lo mereciera—. Pero aun así me quedaba todavía la de días seguidos sin faltar al trabajo: del primero hasta el último.

—Luego os cuento, *carajaulas* —dije mientras subía los cinco peldaños que separaban la acera del porche.

El jefe no tenía derecho a recriminar nada; hasta ese día, mi conducta había sido intachable. Se limitó a guardar silencio mientras los demás se divertían a mi costa.

Con las prisas, apenas había podido fijarme en la estructura de la edificación. Pero a grandes rasgos, se trataba de una rectoría de al menos quinientos metros cuadrados, construida con ladrillo, de tejado piramidal, adornada por grandes vidrieras de colores. Obviamente, recordaba mucho a una iglesia común —hecho que no me gustaba en absoluto—. Su parte frontal estaba presidida por un amplio porche y una puerta de madera oscura: justo donde me encontraba en ese momento junto a mis colegas y jefe.

—Entremos —ordenó Jenkins, el mandamás—. Ya está bien de perder el tiempo.

Dentro «el tema» no mejoró. Lo primero que vi fueron dos cuadros acerca de la crucifixión.

«¿Por qué las imágenes religiosas son tan tristes y siniestras?».

Una de ellas, la «peor», mostraba al crucificado sobre un acervo de llamas y brazos agonizantes, que parecían querer arrastrarle al infierno.

«Vaya tela».

Las entrañas de la vivienda se atendían polvorientas, pero al mismo tiempo no parecían estar demasiado deterioradas. El edificio llevaba cinco años deshabitado y más de setenta construido. Sin duda, necesitaba una restauración urgente, sobre todo en lo referente al agua y la electricidad. Los dueños habían optado por convertirlo en un centro social, por darle un lavado de cara radical; y nosotros estábamos allí para obrar dicho cambio.

—Hay que dejarlo limpio —anunció Jenkins en medio del amplio recibidor—: cuadros, muebles, lámparas, puertas..., solo ha de quedar la estructura. Hay que arrancar el gres y poner parqué; el viernes llegará el camión con el material. El circuito eléctrico y las cañerías también hay que reformarlas. Además, tendréis que derribar varios muros. —Me dio un plano del edificio con las anotaciones pertinentes, además de golpearme cariñosamente en el hombro—. Ha de quedar impoluto, chavales. Si los dueños quedan contentos nos darán más trabajo. Y lo necesitamos.

—Tranquilo, jefe —dijo Dalmacio—. ¿Alguna vez le hemos fallado?

Jenkins prefirió no contestar a aquella pregunta. Yo mismo recordaba un par de chapuzas efectuadas por el susodicho.

Mike y John, como era costumbre, atendían en silencio.

Abrí el plano y mentalicé los trabajos a realizar.

—Encárgate tú del sótano —dijo Jenkins pegado a mi hombro derecho—. Ahí abajo la cosa es más complicada y...

—Claro, jefe, sin problema. Veo que hay que tirar varias paredes... En

fin. En cuanto se vaya, procedo.

—Que va a ser ya mismo. —De nuevo, me golpeó con cariño en la espalda—. ¡Chicos, os dejo a cargo de Maylan! —vociferó antes de salir por la puerta.

«Pues como siempre».

—Saquemos las herramientas de la furgoneta —«ordené» tras abandonar Jenkins la rectoría.



Les indiqué a cada uno de mis compañeros los trabajos a realizar —«despejar», básicamente— y me dirigí al sótano; martillo neumático sobre el hombro y caja de herramientas en mano. Recorriendo los pasillos de la rectoría pude contemplar más cuadros «siniestros»: vírgenes llorando con el gesto más apesadumbrado que uno pueda imaginar; ángeles regordetes volando entre nubes, alrededor de una señora en paños menores; cruces forradas por una luz dorada y, cómo no, la paloma de la paz portando una rama de olivo, envuelta por una iluminación sin igual...

Absorto en aquellos lienzos alcancé mi destino.

En la puerta que daba al sótano hallé una especie de colgante. He de admitir que aquello me sorprendió, llamando poderosamente mi atención. De forma ovalada, mostraba por su parte delantera lo que sin duda era un santo. La giré para mirar el reverso: una cruz rodeada por siglas: S·M·Q·L·T·V·B por un lado y V·R·S·N·S·M·V por el otro. Arriba, coronándola: PAX.

«Pax es 'paz', obviamente, pero las siglas no tengo ni idea de qué significan».

Abrí la estrecha puerta de madera oscura que me llevaría al recinto ubicado bajo la tierra. Me encontré con un angosto pasadizo de paredes pétreas. Le di al interruptor de la luz; apenas podía verse a un palmo de

distancia. Por suerte, varias bombillas se encendieron, iluminando mi descenso. Aquel lugar parecía de construcción previa, muy antiguo. Bajé hasta llegar a la estancia donde pasaría, como mínimo, aquel día entero.

Observé con detenimiento la amplia sala, que más bien parecía una bodega o incluso unas catacumbas. La iluminación brillaba por su ausencia.

—Aleluya —me dije con los brazos en alto, conteniendo la emoción; no quería alertar a los de arriba.

Pude contar tres paredes que derribar; muros de ladrillo y yeso que ni siquiera llegaban al techo y que, sin duda, se habían construido con la intención de dividir la gran sala. Los «separadores» no parecían de la edificación original, sino adheridos posteriormente. Además, aquella estancia de paredes, arcos y columnas de piedra, estaba prácticamente despejada —de ahí mi «aleluya»—. Lo único que sobraban eran varios artilugios de los que se utilizan para incrustar velas, dos muebles destartados, varias vasijas de barro, un baúl más viejo que Matusalén y un banco de los que se usan en las iglesias. En principio, menos de lo esperado.

«Empezaré tirando las paredes. Así, luego, solo restará subir los restos y los trastos hasta los contenedores».

Me coloqué el casco y me puse manos a la obra.

Miré alrededor.

«Mierda, aquí no hay enchufes donde conectar el martillo neumático».

Volví arriba.

La clavija más cercana se encontraba en una especie de despacho, a unos quince metros de la puerta que daba al sótano. *«Demasiado lejos para el alargador. En fin, no importa: echaré mano del generador eléctrico».*

—¡Dal! —vociferé desde el recibidor.

—¿¡Qué!? —escuché a lo lejos.

—¡Ayúdame a bajar el generador, que no quiero partirme la espalda ahora que he conseguido una cita con la mujer más guapa de Bridgeport!

—¿¡Cómo!? —En apenas cinco segundos lo tenía delante—. No me digas

que es la panadera sexy...

—La misma.

—¡Serás cabrón!

—Eh, que solo es una cita, no te flipes.

—Ya, ya..., una cita...

Hizo un movimiento pélvico al más puro estilo Elvis Presley.

—Más tonto y no naces, colega. —No pude evitar reírle la gracia—.
Venga, vamos. Durante el almuerzo te cuento los detalles.

—De acuerdo.



Odiaba trabajar con el generador. Por muy moderno que fuera aquel aparato, producía un ruido infernal, y allí abajo las paredes de piedra parecían incrementarlo. Además, no me gustaba usar orejeras o tapones para los oídos: me molestaban y me hacían sentir inseguro; trabajar sin escuchar es peligroso, como conducir con cascos o el volumen de la radio al máximo.

Procedí con la primera pared. Coloqué la punta del martillo neumático sobre el yeso y comencé a perforar.

Tardé más de media hora en echarla abajo.

Cuando me disponía entre resoplidos y polvo a emprender el segundo escollo, algo llamó mi atención: en el suelo, donde hacía apenas una hora se alzaba un muro, vi un dibujo. Aparté varios pedazos de yeso y ladrillo para verlo mejor.

«¿La Virgen María?».

—Lo del santo en la puerta, razonable —me dije en un susurro—, pero la

Virgen María en el suelo y, para más inri, donde antes ni siquiera podía verse... Raro. Muy raro.

Sin apenas darme cuenta me vi taladrando la cara de la santa. Me pudo la curiosidad. Tras perforar durante menos de un minuto, un pedazo de cemento se quebró, dejando al descubierto algo que estaba allí por deseo del hombre. Seguí escarbando hasta «liberar» lo que fuera aquello. A simple vista parecía una piedra lisa y beige. Me acuclillé y seguí el proceso sin útiles. Ya entre mis manos, lo que palpé fue cera. Pero su peso indicaba que no podía tratarse de un simple pedazo, sino de un recubrimiento que escondía algo en su interior. Cogí un cúter de la caja de herramientas y, como si pelara una manzana, separé la sustancia de lo que resultó ser una pequeña caja.

«Esto empieza a darme muy mala espina». Pero por algún motivo fui incapaz de dejar de fisgar, de averiguar qué escondía el sótano de aquella rectoría.

La abrí. En su interior encontré unas piedrecitas de color pardo y dorado. Me puse de rodillas y vertí el contenido del diminuto cofre en el suelo. Junto a los pedazos cayó una bolsita; un hilo blanco la cerraba. Lo deshice, depositando lo que guardaba sobre el polvoriento suelo: un rosario.

Un intenso frío se adueñó entonces de mi cuerpo. El aliento se hizo visible, y un agudo olor a quemado se adentró por mis fosas nasales.

«¿Qué cojones está pasando aquí?».

Cogí el rosario instintivamente; me duró un segundo entre las manos: una extraña fuerza me lanzó por los aires. Mi cuerpo golpeó contra la pared, rebotando en la piedra. Desde el suelo, mareado y dolorido, pude ver cómo una sombra recorría el techo y desaparecía como una grieta sellándose con argamasa.

También pude escuchar un tétrico susurro: «Por qué...».

MIRADAS

—¿Qué cojones haces ahí tirado, Maylan?

A mi espalda, Dalmacio fruncía el ceño.

A punto estuve de contarle lo ocurrido, pero temí que de hacerlo no obtuviera más que burlas.

—Joder, Dal —dije aún mareado, con el cuerpo dolorido—. He dado un paso atrás y me he tropezado con un pedazo de ladrillo. Gajes del oficio, supongo.

—Pues ten cuidado, tío. ¿Subes a almorzar?

—Claro, voy.

Sentado sobre una vieja silla, con Dalmacio a mi derecha, Mike a mi izquierda y John enfrente, no dejaba de cavilar en lo acontecido en el sótano. Abstraído en el vaivén del cuchillo sobre el paté y el pan, no podía quitármelo de la cabeza. Sorpresivamente, aquel inesperado suceso consiguió relegar de mis pensamientos a la mismísima Susan. Y no, no era imbécil: había visto las suficientes películas de terror como para relacionar aquella repentina bajada de temperatura y el olor a azufre con lo demoníaco.

Tras almorzar y narrar —inevitablemente— mi éxito de aquella mañana, volví al «maldito» sótano. Descendí por el angosto pasadizo más pausado de lo habitual, con un nudo en la garganta. Alcanzada su base, se me fue la mirada hacia el rosario. Permanecía sobre un pedazo de yeso, iluminado por una de las pocas bombillas que colgaban del techo.

«Estaba dentro de una caja de madera, «protegido» por un buen montón de cera, enterrado a conciencia bajo la base de un muro. Y por si eso no fuera poco, sobre el lugar donde lo ocultaron se dibujó a la Virgen María —al menos, juraría que era ella—. Alguien quería apartarlo del mundo —pensé al tiempo que un escalofrío recorría mi espalda—, y yo, para variar, he tenido la «fortuna» de encontrarlo».

«Pero los fantasmas no existen —me dije en un infructuoso intento por menguar el desazón que saturaba cada centímetro de mi cuerpo—. Nadie ha demostrado la existencia de lo paranormal ni una sola vez, ni siquiera con la ayuda de los avances tecnológicos de hoy en día. Todo tiene una explicación racional, Maylan».

A paso ligero, intentando no pensar demasiado, cogí el rosario. Al tocarlo, cerré los ojos en un acto reflejo, miedoso ante el recuerdo de lo ocurrido la primera vez. Pero en esta ocasión no salí disparado por los aires.

El utensilio acabó en uno de los contenedores para los restos; el azul, para ser más exacto. *«A tomar viento —pensé mientras lo observaba caer sobre los escombros».*

Aun con todo, seguía sin entender qué me había hecho «volar» y de dónde habían provenido la sombra y el siniestro susurro.

«Fue por el golpe —reflexioné entrando de nuevo en la rectoría—. Me di contra la pared y, aunque llevara el casco puesto, el ajetreo en mi cerebro hizo que viera y oyera cosas que no ocurrieron. ¿Pero qué me elevó de esa manera?».

Busqué el modo de olvidar lo ocurrido cuanto antes, así que decidí obviar las órdenes de Jenkins y «endosarle» mi trabajo a John. «Suplántame ahí abajo. De momento, límitate a derribar los dos muros que faltan —le mandé—. Ya sabes: han de quedar solo las cuatro paredes». Por suerte, John nunca discutía una «orden». Yo me puse a hacer su trabajo: básicamente, despejar la rectoría. He de confesar, que arriba se estaba mejor que abajo.

Los primeros días en un edificio siempre solían discurrir del mismo modo. Nuestro jefe le ofrecía al cliente una rehabilitación integral, y eso, a veces implicaba vaciar los interiores de enseres, muebles, decoración...

incluso derribar cocinas, chimeneas o, como era el caso, muros con sorpresa.



—¿Unas birras en el McCarthy's? —me preguntó Dalmacio nada más salir de la rectoría con el deber cumplido —al menos por aquella jornada—.

—Hoy no puedo: tengo a Nicholas.

—Cierto. Lo había olvidado. ¿Mañana?

—Claro.

Alzó el brazo a modo de despedida cuando mis posaderas ya descansaban en el asiento de mi Ranger. Arranqué y conduje hasta la casa de mi exmujer.

Mientras circulaba, recordé los buenos tiempos que pasé junto a ella. ¿El problema?: que fueron buenos, no especiales. Como muchos, me casé por «inercia», por culpa de esa estúpida creencia que nos implantan desde pequeños, esa que dictamina que un hombre ha de nacer, crecer, casarse, tener hijos y morir. Yo cambiaría dicho dictamen por: nacer, crecer, estar con el amor de mi vida, tener hijos con ella y morir feliz. Pero aun con todo, me sentía incapaz de considerar un error mi relación con Clarisa: de ahí surgió Nicholas, y él, sin duda, era el gran acierto de mi vida. Supongo que encontrar a la mujer perfecta —aun con sus imperfecciones— no es tarea fácil; me atrevería a decir, que sumamente improbable.

«¿Y si mi media naranja fuera Susan? Quizá las fuerzas de atracción que rigen este mundo dispusieran que entrara en su día en su panadería. La verdad es que fue un acto del todo fortuito...».

Entre lucubraciones, casi sin darme cuenta, llegué a la casa donde residía —la mayor parte del tiempo— mi hijo: un chalet situado en una bonita urbanización. Por fortuna, Clarisa podía permitirse vivir junto a nuestro hijo en un lugar, digamos, de «alta gama». Sus padres tenían mucho dinero y ella un trabajo bien remunerado.

«Quizá algún día pueda permitirme una casa así. Soñar es gratis, ¿no?»».

Pulsé el portero automático situado en el muro que delimitaba la gran vivienda unifamiliar. Me separaba de la puerta de entrada un amplio jardín donde podían verse varias palmeras y una piscina. La verdad es que nunca había estado al otro lado de aquella alta pared.

—¿Sí? —contestó Nicholas.

—Yo, soy, tu padre —contesté imitando a Darth Vader.

Escuché su risa a través del altavoz.

—Ahora salgo, papá.

—Vale.

Tardó apenas dos minutos en aparecer. Corrió por el camino de piedra que conducía a la entrada principal de la «villa», abrió la puerta doble enrejada y se abalanzó sobre mí como un luchador de sumo, abrazándome por la cintura.

—Hola, campeón. ¿Cómo está ese dedo? —pregunté en referencia a su accidente con la puerta del coche.

—Bien —dijo al tiempo que me soltaba y alzaba el brazo, extendiendo el dedo corazón—. Me han quitado la venda.

—¡Eh, tío! —bromeé echándome las manos a la cabeza— ¡No me hagas una peineta, que no te he hecho nada!

Río como lo que era: un niño.

—A ver... —Le inspeccioné el dedo: tenía la uña negra como el carbón, aunque la herida que la rodeaba había cicatrizado casi por completo—. Esa uña va a caerse, ¿lo sabes? —Asintió—. En fin... ¿Nos vamos?

—Sí.

—¡Portaos bien, ¿eh?! —gritó Clarisa desde una de las ventanas del segundo piso, cuando a punto estábamos de entrar en la Ranger.

—¡Lo haremos!

Me despedí con la mano.

—Esta noche podríamos ver una peli de miedo —dijo Nicholas efectuando muecas que, al parecer, pretendían simular gestos de pavor; a mí, más bien me pareció que le había dado un «apretón».

—Ufff... Creo que no. Para empezar, tienes solo once años y las películas de terror suelen estar recomendadas para, como mínimo, mayores de dieciséis. Y para acabar... —Me vino a la cabeza el incidente con el rosario—: no y punto.

—Pero...

—Ni pero ni pera. Aquí mando yo y... *¿Stranger Things?* —dije de pronto, sabedor de que llevaba tiempo deseando verla—. Según Netflix, es una serie más o menos adecuada para niños de tu edad y, por lo visto, está cargada de misterio...

En esta ocasión fui yo quien puso cara de estar indispuerto.

—¡Sí...! —Gritó con los brazos en alto—. *¡Stranger, stranger, stranger...!*

«Bendita juventud. Disfruta ahora que puedes, hijo. Pronto empezarán a llegar recibos y se te acabará la juerga».



Nada más entrar, Nicholas se fue directo al sofá, se recostó mando en mano, enchufó la tele y pasó a modo «zombi»: lo acostumbrado.

Fuera empezaba a anochecer. La luz que entraba por las ventanas resultaba insuficiente para iluminar el interior de mi humilde morada.

Fui al baño: tenía ganas de orinar.

Miré mi reflejo en el cristal. Me lavé la cara y observé mis prominentes

patas de gallo.

«Eres un tío interesante, joder —me alenté de cara a la cita del viernes—. Entrando en los cuarenta, sí, pero con un físico que ya quisieran muchos. —Me levanté la camiseta, sacando a relucir mi plano estómago—. Estás en forma, colega. Aunque no me extraña: con las palizas que te pegas en el curro...».

En ese mismo espejo, advertí un moratón en mi brazo derecho.

«Menudo golpe me he dado hoy. Es un milagro que no me haya roto nada».

Oriné y salí con la intención de ver un rato la tele con Nicholas antes de empezar a preparar la cena. Pero cuando entré en el comedor, no estaba en el sofá. Casi de inmediato, escuché cómo se abría la puerta del frigorífico.

«Le tengo dicho que no pique antes de las comidas. Luego le cuesta Dios y ayuda dejar el plato limpio».

—¡Ni se te ocurra comer! —vociferé mientras me sentaba, sintiendo el cansancio en cada palmo de mi cuerpo.

—¿¡Qué!?

Su voz me heló la sangre: el sonido no provenía de la cocina, sino de su habitación, situada justo al otro extremo del piso. Ni siquiera había la posibilidad de que hubiera pasado de la primera a la segunda estancia; por fuerza, se habría cruzado conmigo.

—¿¡Qué, papá!? —insistió.

—Nada, hijo: hablaba solo.

Escuchar de nuevo su voz solo confirmó mis temores: él no había abierto la nevera.

Me alcé en silencio y anduve hacia la cocina.

«Puede que haya sido otra cosa, no la nevera».

Desde el pasillo pude ver una tenue luz emergiendo de la cocina; brillo que solo podía originar el frigorífico.

«No puede abrirse solo, joder, se cierra a modo de «ventosa». O...

Quizá la goma se haya desgastado y perdido adherencia. Sí, será eso».

Resultaba inútil conjeturar cuando estaba a metros, segundos de la puerta.

Tragué saliva y entré. Y, efectivamente, la nevera estaba abierta de par en par. La cerré y abrí varias veces para comprobar su funcionamiento: inmejorable.

Diligente, me dirigí a la habitación de Nicholas. Lo encontré rebuscando en sus cosas.

—¿Tú sabes dónde tengo la PSP? —preguntó nada más verme.

—No tengo ni idea. Pero escucha: ¿has entrado en la cocina?

—¿Yo? No, ¿por qué?

—Por nada, hijo. Sigue buscando, no puede estar muy lejos.

Volví al comedor y me senté en el sofá, ante el televisor. Lo apagué, quedándome absorto en su pantalla negra.

«Todo tiene una explicación racional —me repetí una y otra vez».

Cenamos y vimos, como le había prometido, los dos primeros capítulos de *Stranger Things* —muy buena serie, por cierto—. Yo, inevitablemente, estuve algo más taciturno de lo habitual. Aunque a decir verdad, era la primera vez en mi vida que permanecía retraído junto a Nicholas.

A las once y cuarto nos acostamos; a él más bien lo transporté en brazos del sofá a la cama.

A mí me costó horrores conciliar el sueño.

Cuatro días más tarde

La rectoría estaba más limpia que un billete de Al Capone, y yo —por suerte— me había olvidado de «mis» problemas paranormales. Incluso había

bajado al sótano en varias ocasiones: ni un solo episodio extraño.

Los días pasaron con una normalidad que rozaba el aburrimiento. El martes fui con Dalmacio a tomar unas copas al McCarthy's. Le pregunté por el colgante de la puerta del sótano —sabía que lo había estado toqueteando—. «Es San Benito, tío. Mi abuelita solía llevar uno colgado del cuello. Dios bendiga a mi difunta abuelita, qué mujer...», aseguró algo bebido.

Y con esa pregunta creí haber zanjado el asunto del rosario.

Nuestras conversaciones, por lo general, se limitaban a los deportes, el cine y sus ligues: para mí, tres trivialidades. Intentó, cómo no, retomar el tema 'Susan', pero lo esquivé como un buen boxeador el directo de un contrincante.

En unas horas tendría una importante cita, y eso me hacía estar feliz. Mis últimas visitas a la panadería fueron de lo más divertidas. Ella me atendía y yo, bromista, no dejaba de recordarle nuestro futuro encuentro. Por desgracia, en ninguna de dichas ocasiones conseguimos estar a solas, así que me limité a guiñarle el ojo y susurrar: «El viernes nos vemos. No lo olvides». Susan asentía mientras se aguantaba la risa —buena señal, supongo—. En fin..., que aquel parecía un día predestinado a acabar bien.



Llevaba «siglos» sin sentir ese cosquilleo en el estómago.

«*Parezco un quinceañero* —pensé sobre mi Ranger, aparcado ante la panadería».

Eché un ojo a mi reloj de pulsera: 8:25.

«*Está a punto de salir*».

Me miré en el espejo interior y me peiné con la mano.

«*Recién duchado y afeitado... Estás hecho un donjuán total.* —Al

pensar aquello, me vinieron a la cabeza los recopilatorios de música dance Máquina Total—. *Joder, al menos llegaron a las once ediciones... Por aquel entonces sí que estaba hecho un pimpollo*».

Entre pensamientos, escuché cómo se abría la puerta de la panadería.

—Estás estupendo —dijo Susan en voz alta, sonriente.

«*Mierda: tenía que salir justo cuando me miraba en el espejo como un pardillo. Empezamos bien*».

Estaba preciosa. Llevaba unos tejanos que se ceñían a sus piernas como si fueran de látex, y una blusa de lentejuelas que me llevó a conjeturar sobre su talla de sujetador —fuera cual fuere, el tamaño de sus pechos me parecía inmejorable—. El remate final eran unos zapatos de tacón altos y negros.

«*Tejanos y tacones: me encanta*».

Al verla pasar frente al vehículo, sentí estar en uno de mis sueños. Aunque en esa ocasión —por suerte— no llevaba puesto un traje de superhéroe. «*Parece mentira que esto esté sucediendo*».

Subió al coche, se colocó el cinturón y me dedicó una desinhibida sonrisa.

—¿Vamos? —preguntó retórica.

—Vamos.

La llevé a un restaurante bonito, pero «normal». No quería fingir ser lo que no era, y de haberla llevado a un sitio elegante podría haberse hecho ideas erróneas. Si le gustaba la cita y quería repetir, que fuera porque disfrutaba con mi compañía. No quería en mi vida a una de esas que se fijan más en la cuenta bancaria que en el «interior».

Nos sentamos en una mesa tranquila, apartada de la puerta y de la gran cristalera que adornaba la fachada del restaurante; yo mismo especifiqué que fuera así al reservarla. Había estado allí en una cena de empresa y me gustó el trato y la comida.

Susan, una vez acomodada en su silla, me habló risueña:

—Bueno, y cuéntame, ¿trabajas de albañil, no?

Y a partir de esa pregunta surgió una de las conversaciones más fluidas que he tenido en mi vida; nos contamos la vida, como suele decirse. Estuvimos sentados en aquella mesa más de dos horas que parecieron un puñado de minutos. El vino acrecentó las risas y las bromas. Me mostré como era; dicha «técnica», hasta el momento, no me había dado malos resultados con las chicas. Desde el divorcio no había vuelto a salir con nadie, y de aquello hacía mucho, pero con ella me sentía un hombre rejuvenecido, uno venido a más. Con ella, los problemas parecían relegarse al lado más oscuro de mi mente, al rincón de los castigados.

Por un instante perdí el hilo de la charla, quedándome absorto en sus movimientos; parecían haber pasado a otro plano en el tiempo. La observé a cámara lenta: cómo se llevaba el pan a la boca, lo masticaba; cómo reía al tiempo que se le achinaban los ojos; cómo movía sus esponjosos labios al hablar; cómo me miraba...

—He de confesarte algo —dije de pronto, cortando lo que fuera que estuviera diciendo—. No he escuchado nada de lo que has dicho.

—¿Cómo?

—Me embelesas. Llámame cursi, pero mis sentidos se ven incapaces de hacer otra cosa que mirarte, disfrutar de ti.

»Ay madre —dije cambiando el tono—: me parece que he bebido demasiado...

—Jajajaja... No, tonto, ha sido muy bonito.

—Menos mal... En fin —musité mientras me terminaba el postre—. ¿Y qué peli te gustaría ver? ¿Alguna en concreto?

—No sé... Una romántica, ¿no?

—Me parece lo adecuado, sí.

Le guiñé el ojo.

A lo lejos, vi al camarero. Alcé el brazo. Advirtió mi gesto.

—La cuenta —le susurré, moviendo ampliamente los labios para que pudiera leérmelos.



Al salir, no quise coger el coche: había bebido y jamás conducía tras ingerir alcohol.

—Dejo el coche aquí —le informé a Susan. Iremos al cine paseando, si no te importa—. Mañana ya pasaré a buscarlo.

—Buena decisión.

Tras decir esto, se acercó a la luna de mi Ranger y cogió un papelito enganchado en el limpiaparabrisas que yo había pasado por alto. A simple vista, no parecía una octavilla publicitaria, más bien una simple hoja en blanco.

—Qué extraño... —reflexionó en voz alta una vez la hubo inspeccionado. Me acerqué, «quitándosela» de las manos.

—Déjame ver...

En mayúsculas, podía leerse: «No es nada personal. Solo quiero que deje de atormentarme».

—Se habrán equivocado —dijo Susan al tiempo que me arrancaba la hoja de las manos y la rompía en tres pedazos—. Algún imbécil quería gastarle una broma a alguien y se ha equivocado de coche.

Entonces le vi. Sentí cómo alguien me observaba, provocando que girara el cuello. Dentro de una furgoneta azul, al otro lado de la calle, un hombre me miraba como si en la acera no hubiera nadie más. Recio, de abundante y desaliñada barba, de cabeza rapada, asemejaba no haberse duchado en mucho tiempo. Me mantuvo la mirada al amparo de la oscuridad; aparcó justo bajo una farola que no funcionaba. Sus ojos, que parecían brillar entre el negror, no transmitían nada. Incluso me volví, creyendo que miraba a alguien que pasaba

tras de mí. Pero no: me examinaba minuciosamente, petrificado tras la ventanilla. Susan se mantuvo en silencio mientras aquel hombre misterioso no se inmutaba, clavaba su mirada en la mía sin miramientos.

Y mi mala leche —con razón— salió a relucir.

—¡Eh, gilipollas! —le grité mientras me acercaba a la furgoneta—. ¿Me has dejado tú el mensaje?

Apenas me dio tiempo a avanzar dos metros. Aceleró, quemando rueda ante mis ojos.

—Será hijo de... —mascullé entre dientes—. ¿Qué diantres le pasa a la gente de esta ciudad?

—Tranquilo, Maylan —susurró Susan al tiempo que me agarraba del brazo, tirando de mí—. Será algún tarado. Olvidémoslo y vayamos al cine.

—Sí, claro. Y discúlpame: no debía haberme puesto como un obelisco.

—No importa. Todos tenemos nuestro lado oscuro, ¿no?

—Supongo que sí...

Nos sonreímos e, inmediatamente, emprendimos el camino que nos llevaría a la sala de cine.

La peli estuvo bastante bien: *Call me by your name*: una historia de amor homosexual que se me hizo corta. Aunque, a decir verdad, pasé más tiempo mirando a Susan de soslayo que a la pantalla.

Tras la peli, la acompañé a su casa, que no se encontraba lejos.

Y ahí acabó mi primera cita con la mujer más hermosa de Bridgeport. No hubo sexo, ni siquiera un apasionado beso de despedida ante la puerta. No hubo final de película. Pero sí aconteció durante toda la noche lo más importante: un *feeling* de aúpa. Ah: y antes de meterse en casa, me dejó una frase para el recuerdo: «Mañana, en la panadería, me volverás a pedir salir, ¿no?». «Si tú quieres, podemos quedar para toda la vida», contesté.

Sonrió y desapareció tras la puerta.

Yo estuve tentado de dar el típico saltito de lado juntando los pies —el

que hacía Charles Chaplin—, pero me contuve.

A propósito: vivía en una bonita casa adosada.

«Por lo visto, soy el único que no puede permitirse una vivienda unifamiliar».

Volví a mi piso. Me quedaba por delante una larga caminata. Al día siguiente no tenía que madrugar y, además, pasaría el día con Nicholas. Eso, unido a la reciente y exitosa cita, hizo que la vuelta a casa pareciera un paseo por las nubes. Eran más de las dos de la madrugada, pero me sentía con ganas de correr y saltar.

Fue mientras cruzaba un paso de peatones.

El sobresalto me pilló recapitulando. Absorto en sus líneas blancas, atendí a unos faros a mi izquierda; se encendieron de pronto a apenas diez metros de distancia. Reconocí el morro del vehículo: la furgoneta desde la que me observaron al salir del restaurante.

«Mierda».

Poco más pude pensar.

Me embistió.

Las ruedas chirriaron.

La angustia asomó.

Corrí al refugio de la acera, aunque allí tampoco podía salvarme; un acto de puro instinto, de pura supervivencia.

Salté cuando sentí cerca el metal.

Tuve suerte.

El demente colisionó contra un vehículo pegado al paso de cebra, desviándose su trayectoria; lo suficiente como para no atropellarme.

Caí rodando sobre la acera al más puro estilo hollywoodiense, levantándome a tiempo para ver cómo se alejaba la furgoneta y huía tras su

infructuoso intento. No pude «cogerle» la matrícula.

«Debería haberla apuntado cuando lo vi en el restaurante».

—¡Cobarde de mierda! —desgañité mientras sentía un pinchazo en la espalda—. ¡Vuelve a pie si tienes cojones!

El corazón me latía a mil por hora.

«Menuda voltereta he dado —pensé orgulloso mientras observaba el estropicio en el coche que me había ahorrado una visita al hospital—. Al dueño acaban de amargarle el día».

Agradecí que, en principio, nadie hubiera presenciado lo ocurrido. Pero sabía que el impacto haría que muchos vecinos se asomaran por las ventanas.

«Aún me tocara pagar los desperfectos...».

Me largué de allí con la mosca detrás de la oreja.

El resto del camino lo pasé en guardia, alarmándome cada vez que las luces de un vehículo se acercaban, resguardándome tras los coches aparcados, mirando seis veces antes de cruzar la calle.

«No es nada personal. Solo quiero que deje de atormentarme».

«¿Será el mismo tipo?».

Creía que sí, pero no podía demostrarlo. Y, ante todo, no creía en las casualidades: una extraña nota enganchada en el limpiaparabrisas de mi coche, un tenebroso hombre observándome sin reparos desde la ventanilla de una furgoneta azul y, como colofón, un intento de atropello; y todo, en menos de cuatro horas. Ni el más imbécil de Bridgeport creería que los hechos no estaban conectados.

Llegué al piso sano y salvo. Estaba tan agotado que caí en un profundo sueño. Pero antes de rendirme al cansancio, puse el despertador a las nueve en punto de la mañana. Tenía que desayunar, pasar a por la Ranger e ir a buscar a Nicholas.



«Ring..., ring..., ring...».

Me despertó el sonido del teléfono fijo.

Miré el despertador: las 03:03.

«¿Quién cojones llamará a estas horas?».

Tardé en reaccionar. Cuando hice ademán de levantarme, deduje que era tarde para llegar a tiempo, desistiendo en mi intento.

«*Si es importante, insistirán* —cavilé adormilado—. *Pero... supongo que será una equivocación*».

Esperé a que el teléfono dejara de sonar, me abracé a la almohada e intenté —no me resultaría costoso— conciliar otra vez el sueño. No había bostezado dos veces, cuando atendí de nuevo al molesto soniquete.

—¡La madre que me parió!

Me alcé malhumorado.

Llegué justo a tiempo para descolgar; incluso pensé que no lo conseguiría.

—¿Sí?

«*Como quieran venderme algo, se van a cagar*».

Al otro lado del aparato escuché una respiración entrecortada.

—¿Sí? —insistí.

—Dice que eres diferente.

—¿Nicholas?

—Dice que le gustan los desafíos.

—¿Dónde está tu madre?

—Dice que no necesita tomarte.

—¡Nicholas, por Dios, qué diantres...! ¡Pásame con tu madre!

—Dice que se alegra de haberte encontrado.

«Pi-pi-pi-pi-pi-pi...».

—¿Nicholas?

«Pi-pi-pi-pi-pi-pi...».

Sostuve el aparato mientras me frotaba el mentón con la boca abierta, jadeante y asustado, meditabundo.

Marqué el número fijo de mi exmujer, el mismo desde el que me había llamado Nicholas: comunicaba. Lo volví a intentar con su móvil: «El teléfono está apagado o fuera de cobertura».

—¡Mierda, joder!

Volví a la habitación y me vestí apresurado, saliendo del piso a paso ligero. Una vez en la calle, corrí hacia el lugar donde había aparcado la Ranger la noche anterior.

«Está más cerca. De allí a casa de Clarisa hay un suspiro».

«Ni un mísero taxi. Aunque es cierto que por esta zona no suelen encontrarse».

Corrí tanto como me permitió el corazón.

«Estoy seguro de que era la voz de Nicholas —cavilé mientras cambiaba de acera—. Además, la llamada venía de su casa. Algo le está ocurriendo».

Sin dejar de avanzar, volví a llamar a Clarisa: «El teléfono está apagado o fuera de cobertura».

—¿Para qué cojones tiene un móvil si cuando hay problemas lo tiene apagado? —murmuré con el flato asomando por mi costado derecho.

Tarde veinte minutos en llegar al restaurante. Exhausto, a punto de sacar la cena por la boca, subí al coche y conduje mucho más rápido de lo habitual, de lo permitido.

Acercándome a mi destino, un vehículo se colocó pegado a mi culo;

llevaba puestas las luces largas. El ajetreo de la llamada había borrado de mis recuerdos —temporalmente— el percance de la noche previa.

Miré por el espejo retrovisor: no distinguía si la chapa de aquel vehículo era azul o negra, pero por la altura de los faros sin duda era una furgoneta.

Aceleró de pronto. Aparentó querer adelantarme, pero no llegó a rebasarme del todo: se quedó en paralelo a mi vehículo.

Fue entonces cuando pude ver nítidamente la furgoneta y quién la conducía.

«Puto loco de los cojones...».

Me embistió lateralmente sin que pudiera hacer nada por evitarlo. El volante vibró. Lo sujeté con fuerza, intentando mantenerme dentro de la carretera, frenar...

—¡Joder!

Acometió por segunda vez.

Lo último que recuerdo es una farola acercándose peligrosamente al morro de mi Ranger.

No, no es cierto: sirenas.

Lo último que recuerdo son sirenas.



Abrí los ojos y un pinchazo recorrió mi frente de sien a sien. Me costó averiguar dónde estaba: en la habitación de un hospital. Me sentía relajado. Podría decirse, que no me dolía nada aparte de la cabeza.

A mi lado, recostada en una butaca con Nicholas entre los brazos, dormía Clarisa.

«Menuda postura. Va a acabar molida».

—Eh —susurré para no asustarles—. Eh, hijo, Clarisa, he vuelto al mundo de los conscientes.

Abrieron los ojos poco a poco.

—¡Papa! —exclamó Nicholas bajándose de las faldas de su madre.

—Shhhh... —Clarisa le recriminó el tono—. No grites, hijo, que vas a despertar a todo el mundo.

Se acercó a la cama.

—Nos hemos asustado mucho, papá.

—¿Qué ha pasado? Solo recuerdo a un tipo increpándome con su furgoneta.

—Nos ha llamado la policía sobre las cuatro de la mañana —explicó Clarisa—. Por lo visto, te han sacado de la carretera premeditadamente. Por suerte, un coche patrulla lo ha visto todo. Han acudido en tu ayuda, han avisado a una ambulancia y a sus compañeros para ver si podían detener al infractor; parece que no ha habido suerte.

—Le he visto perfectamente y en más de una ocasión. Podría describir su apariencia sin problemas.

—¿En más de una ocasión?

—Sí. Ese tipo estuvo siguiéndome aquella misma noche, e incluso intentó atropellarme, pero no tengo ni idea del motivo.

—¿Y por qué diantres no llamaste a la policía?

—No lo sé, joder —dije en un tono que rozaba lo inadecuado.

Sentía la ansiedad filtrándoseme por cada poro de la piel. Los pensamientos se aturullaban en mi aún convaleciente sesera.

—Vale, lo siento —se excusó mi exmujer—. No es momento de regañinas. La policía pasará a tomarte declaración; podrás describirles a ese desalmado. Es probable que estén esperando a que les avise el doctor. Se les veía muy interesados en hablar contigo.

»Por lo visto, perdiste el conocimiento debido a la fuerte sacudida. Te sedaron nada más entrar en la ambulancia. Puede que cuando se te pase el

efecto del sedante sientas el cuerpo dolorido. Pero por fortuna, no sufres lesiones graves. Y hablando de lesiones..., voy a avisar al médico.

—Vale.

Me quedé a solas con Nicholas: algo que llevaba deseando desde que recobré la consciencia.

—Acércate, hijo.

Se pegó a la cama. Apenas nos separaban cincuenta centímetros.

—¿Qué pasa, papá?

—¿Por qué me llamaste en plena noche?

En un segundo, su rostro mutó de la dicha a la solemnidad.

—¿Esta noche?

—Sí: sobre las tres de la madrugada.

—Pero... Lo soñé, papá.

«¿Lo hizo sonámbulo?».

—¿Qué soñaste?

—Me desperté porque me dolía la tripa —susurró circunspecto—. Cuando abrí los ojos, le vi sobre mi pecho.

—¿El qué?

—A un demonio.

—¿Un demonio? ¿Seguro?

Por un instante, mi corazón dejó de latir.

—Sí. Lo tenía encima. No podía moverme. Una criatura pequeña, de orejas puntiagudas, patas de cabra y rabo, pálida... Sentada sobre mi pecho. No me dejaba levantar. Sacó un puñal. —Le escuchaba y, lo más preocupante, creía cada una de sus palabras. Nicholas no sabía mentir, y en sus ojos vi la verdad absoluta—. Empezó a cortarme el estómago. ¿Entiendes, papá?: como si realizara una operación de esas que se ven en las películas. —Asentí extasiado—. Podía sentir el cuchillo, el dolor, su peso en mis costillas... Me miró fijamente a los ojos. Sonriente, me dijo que el sufrimiento cesaría si

andaba hasta el teléfono, marcaba tu número y te decía lo que me susurrara al oído. Y lo hice porque sabía que estaba dormido, que todo aquello no era más que una pesadilla. Él intentaba convencerme de que era un ángel, pero yo podía ver su auténtica apariencia, su cara de demonio. Porque fue una pesadilla, ¿no, papá?

Tragué saliva.

—Sí, hijo: fue un desagradable sueño.

—Entonces, ¿por qué has preguntado si te llamé?

Nunca antes lo había percibido tan serio. Sus gestos y palabras denotaban algo más, algo que me puso la piel de gallina: una inusitada y repentina madurez.

Justo en ese instante, acompañado por Clarisa y dos agentes de policía — las placas que colgaban de sus cinturones los delataban—, entró el médico.

—Hola, Maylan —saludó vistiendo su típica bata blanca. También lo hicieron los agentes—. Por mi parte, comunicarte que no tienes daños de consideración; algunas magulladuras y poco más. Los agentes que te socorrieron aseguraron que tu cabeza no sufrió ningún golpe. Te desmayaste a causa del brusco latigazo que sufrió tu cuello. Aparte del ajeteo —una suerte que llevaras el cinturón puesto—, estás bien. Eso sí: te dolerá. Si el dolor persiste o se vuelve insoportable, vuelves y te pondremos un collarín. Pero de momento no creo que sea necesario. A las doce del mediodía te daremos el alta. Hasta entonces, límitate a descansar.

—Gracias, doctor.

—Y a contestar a nuestras preguntas —dijo bromista uno de los agentes.

El médico me miró y alzó las cejas, retirándose para proseguir con sus tareas.

—¿Pueden dejarnos a solas? —le solicitó uno de los policías —el de color— a Clarisa.

Mi exmujer e hijo salieron al pasillo hasta nueva orden.

—Detectives Harris y Williams.

Los agentes sacaron sus blocs de notas al pie de la cama. Los dos vestían de traje oscuro, impecables.

Harris era blanco; tanto, que no parecía haber tomado el sol en su vida. Williams, negro; tanto, que más bien parecía azul. En mi mente asomó otro recopilatorio de música dance de los años ochenta: «Blanco y negro mix». *«No he pensado en esos discos en años y en un par de días dos veces. Curioso».*

Se pusieron manos a la obra, a hacerme preguntas como unos posesos. Empezaron con las, supongo, habituales en esos casos: «¿Conocía al tipo que le ha atacado?». «¿Ha visto la matrícula?». «¿Sería capaz de identificar la marca de la furgoneta?». Sin darme tiempo a contestar, añadieron: «Dos agentes que patrullaban lo han visto todo de lejos. Y, obviamente, decidieron comprobar que estuviera usted bien antes de perseguir al infractor. No observaron nada aparte de que fue con una furgoneta azul».

Respondí a las preguntas de los agentes lo mejor que supe; incluso les describí al tarado con pelos y señales, además de contarles su anterior intento de «liquidación». Por supuesto, me recriminaron el no haber acudido a la policía. Yo aludí a dolores estomacales —lo primero que se me ocurrió—, asegurándoles que pretendía denunciarlo nada más despertar.

Estuvimos de «cháchara» al menos media hora. Por supuesto, eludí todo fenómeno parapsicológico. Sabía que de no hacerlo me tratarían por loco; uno incluso mayor que el que había intentado borrar me del mapa.

—Gracias por los datos, Maylan —dijo Harris, el de la piel nívea—. Daremos con él. —Me entregó su tarjeta—. Cualquier cosa, nos llamas. Le mantendremos informado del transcurrir de la investigación.

—Gracias a ustedes por buscar a ese desgraciado.

Una vez se marcharon, mi exmujer e hijo volvieron a entrar en la habitación. Me dirigí a Clarisa:

—¿Dónde está mi móvil?

—En el bolsillo de tu chaqueta.

Observé alrededor: la localicé sobre un reposapiés.

—¿Me la alcanzas, por favor?

—Claro.

—Podéis iros a descansar. Pero tendrás que traerme a Nicholas sobre las doce. Daremos un largo paseo hasta el piso. No hay mejor terapia para un cuerpo malogrado que moverse. Y gracias por la visita.

Les sonreí.

—¿Seguro?

—Un tarado no va a fastidiarme el día. Esto va a quedarse en una corta visita al hospital. Además, Nicholas nunca es una molestia. Es un poco pesado, sí, pero nada más.

Le guiñé el ojo. Él me devolvió una sonrisa a todas luces forzada: seguía cariacontecido.

—De acuerdo, como quieras —musitó Clarisa al tiempo que me entregaba la chaqueta.

Inmediatamente, saqué el móvil de uno de sus bolsillos, lanzándola luego sobre una de las sillas.

—Hasta luego, papá.

«Luego hablamos, hijo. No pretendía asustarte».

—Hasta dentro de un rato.

Cuando al fin estuve a solas, busqué «San Benito» en el buscador de Google. Tras los últimos acontecimientos —aunque me costara admitirlo—, lo paranormal había tomado fuerza como un posible motivo para el despropósito en el que se había convertido mi vida.

«No debiste escarbar donde no debías, tonto del culo».

En realidad, no conseguía encontrarle otra interpretación a aquel sinsentido; y el «sueño» narrado por Nicholas no ayudó a esfumar mis turbias conjeturas.

«La virgen dibujada en el suelo, la caja y su extraño envoltorio, la

fuerza que me empujó al tocar el rosario, la siniestra voz...: «Por qué...», la sombra, el frigorífico abriéndose solo, Nicholas llamándome en sueños, el demonio sobre su pecho, el loco que me ha mandado al hospital... «No es nada personal. Solo quiero que deje de atormentarme...». Demasiados hechos que, de alguna manera que aún no conseguía entender, estaban conectados.

No creía en Dios.

Por lo tanto, tampoco en el Diablo.

Pero sí creía en lo que contemplaban mis ojos; y estos parecían empeñados en contradecir a mis creencias.

En internet hallé más o menos lo esperado. Las primeras frases de un blog especializado fueron más que suficientes:

«Desde hace siglos, muchos cristianos han usado la medalla y la cruz de San Benito, el santo abad y patrono de Europa, para luchar contra las fuerzas del mal».

Resoplé.

«Nota mental: la próxima vez que veas signos religiosos pintados en el suelo, o en la pared, o donde sea, estate quieto —pensé entretanto una intensa ansiedad saturaba todo mi cuerpo—. He de visitar a un cura o a un experto en parapsicología. Nicholas puede estar en peligro. Y la policía no va a poder hacer nada si se confirman mis peores presagios. No creo que pongan en busca y captura a un demonio con patas de cabra. Que ellos atrapen al desgraciado que ha intentado matarme; yo indagaré donde nadie más lo hará».

«Vaya tela: ¿cómo diantres me he metido en este embrollo? Y yo, pensando que la mala suerte era cosa del pasado».

LA GOTA QUE COLMÓ EL VASO

A las diez de la mañana sonó mi móvil: Susan. No pude evitar sonreír al ver su nombre en la pantalla.

—No has venido a por tu barra de pan, ni a pedirme que saliéramos de nuevo —dijo nada más descolgar.

—Y no sabes cuánto lo siento. Pero tengo una buena excusa: estoy en el hospital.

—¿Qué ha pasado?!

—Pues que un chalado me ha investido con su coche esta madrugada y me ha lanzado contra una farola.

—¿De madrugada?

—Es una larga historia. Pero si quieres, puedo contártela más tarde.

—Voy ahora mismo a verte al hospital.

—No. Estoy bien, en serio. Además, en breve me darán el alta. Había pensado que quizá te apetezca ver mi piso. ¿Te hace una merienda en mi dulce morada?

—Claro.

—¿Quedamos sobre las seis?

—Perfecto.

Le di mi dirección.

Nos despedimos.

La mañana transcurrió como había planeado: me dieron el alta, Clarisa me trajo a Nicholas y anduvimos un largo rato hasta casa, parando incluso en una cafetería a tomar café. Nicholas se decantó por un vaso de leche y un croissant.

—¿Ha vuelto a sucederte algo extraño? —pregunté mientras le arrancaba un «cuerno» al croissant.

Hablé de la forma más distendida que pude, como quien habla del tiempo.

—No recuerdo haber soñado nada más, papá.

Mintió.

«¿Por qué un demonio querría hacerme daño? En el supuesto de haberle liberado, el muy cabrón debería estarme agradecido, ¿no?».

No quise insistir. No ganaba nada haciéndolo; solo perturbarle. Y por suerte, había vuelto a recuperar su mirada despreocupada y risueña.

Tras el refrigerio, proseguimos con el paseo. Diez minutos más y estaríamos en casa.

La temperatura resultaba idónea: ni frío ni calor. Además, durante el paseo no surgieron imprevistos: ni furgonetas al acecho ni miradas siniestras.

«Puede que todo se quede en algo que contar, en uno de esos sucesos que narras a los colegas entre risas y copas».



Metí la llave en la cerradura; el piso no estaba cerrado.

«¿No pasé la llave? Bueno, tampoco es de extrañar: salí a toda prisa».

Abrí la puerta lentamente, con cautela. No observé nada extraño.

«He de subir las ventanas —cavilé ante la evidente falta de luz».

Anduve hasta el pasillo que daba a la cocina. Hice ademán de encender las luces, pero no llegué a pulsar el interruptor. Al fondo, un hombre me apuntaba con una pistola.

—Muévete un milímetro y aprieto el gatillo.

No podía ver más que su silueta. En cambio, el brazo y el arma los distinguía perfectamente.

Regresó el frío y el hedor a azufre; el fugaz recuerdo del rosario, el sótano, el San Benito...

Miré a Nicholas que, como siempre, se disponía a tumbarse en el sofá. Giró el rostro en mi dirección al sentir que le miraba fijamente. Lo hice con avidez; tanto, que se quedó unos segundos sin pestañear.

—¡Corre, hijo, el demonio está aquí! —Pensé que decir aquello era el mejor modo de ahuyentarlo—. ¡Escóndete donde no pueda verte!

Tuve suerte: me creyó, tomándose el ruego al pie de la letra.

Volví a estar cara a cara con el que había intentado matarme, el conductor de la furgoneta azul.

—No te das por vencido, ¿eh? —pregunté muerto de miedo, intentando aparentar calma.

—No sé de qué me hablas, Maylan. No tengo nada en contra tuyo, pero me he visto obligado a actuar. —De pronto empezó a gimotear como un niño que se ha pelado las rodillas—. Es tan real, tan auténtico..., que no me ha quedado más remedio que ceder. Ha prometido dejarme dormir, dejar de rasgar mi estómago.

Dio un paso al frente, colocándose en la zona esclarecida por la tenue luz que entraba por las ventanas. Ante mi sorpresa, se iluminó un hombre que no había visto en mi vida. De pelo negro y grasiento, con dos pendientes en cada oreja y extremadamente delgado, me observaba taciturno, aparentando padecer un cansancio extremo. Vestía una cazadora de cuero y unos pantalones ajustados. Lo primero que se me pasó por la cabeza fue que estaba ante un yonqui con un mono tremendo.

A su lado, apoyado en la pared, vi un bate de beisbol.

—Escucha... Puedes llevarte lo que quieras. —Me saqué la cartera y se la tiré a los pies. Ni siquiera la miró—. Hay más de cincuenta dólares. Y en mi habitación tengo más. Te lo daré todo. Nadie ha de morir hoy aquí.

—No lo entiendes, ¿verdad? No he venido a robarte, sino a darte una paliza y un mensaje: «Nadie se resiste a mi poder, Maylan. Conseguiré mi propósito y ni siquiera tendré que poseerte. Desearás la muerte, y entonces venceré».

Se colocó la pistola dentro del pantalón.

Cogió el bate.

—Lo siento. No es personal.

«Este tío es gilipollas».

Corrí en su dirección y salté con los pies por delante. Su pecho recibió el impacto de las suelas de mis zapatos; un golpe feroz que di con todo mi nervio.

El bate voló por los aires al igual que aquel enclenque, que acabó golpeándose contra la pared. Rebotó como un cuerpo inerte, cayendo de culo, «sentándose» a mis pies. Me levanté desatado y le alcé agarrándolo del cuello. Le propiné tres directos en la cara que le dejaron los dientes temblando y la boca sangrante. Sentí cómo las piernas se le aflojaban, manteniéndose erguido gracias al empuje de mi brazo.

Dejé de sujetarle.

«Has visto, imbécil: ahora ya puedes dormir en paz».

Se derrumbó como un castillo de naipes.

—Mal día para tocarme los cojones, capullo. Y da gracias que llevo mucho sin subirme a un ring.

De inmediato, subió la temperatura y se esfumó el desagradable olor.

Le agarré por las axilas y lo arrastré hasta la cocina, sentándolo en una silla. Cogí un rollo de precinto y lo inmovilicé a conciencia, además de amordazarlo. Una vez lo tuve bien amarrado, me fui en busca de Nicholas.

—¡Hijo!

«¿Habrá salido al pasillo? No. No creo. Estará escondido en algún armario».

—¡Sal, hijo! ¡Falsa alarma!

No sabía cómo ahorrarle el mal trago.

Apareció por la puerta del comedor, llorando a moco tendido.

—Lo siento, hijo. —Me disculpé al tiempo que le abrazaba—. Vi una sombra y me puse nervioso. ¿Me perdonas?

Se sorbió los mocos al tiempo que asentía.

—Pero he escuchado golpes y la voz de un hombre.

—Eso será porque he encendido la tele.

Me miró poco convencido. Era joven, no imbécil. Aun con todo, empezó a tranquilizarse.

—Oye, he de salir un momento y no puedes venir conmigo. ¿Quieres quedarte un rato con la señora Winston?

La señora en cuestión era una vecina mayor, amable y bondadosa. A veces se pasaba a pedirme azúcar o sal, y, a veces, era yo quien le pedía un pellizco de aquello o lo otro. Nicholas la conocía de saludarla en el rellano, de hablar con ella de vez en cuando.

—Quiero ir contigo.

—Lo sé. Pero esta vez no es posible. Solo será un ratito, ¿vale?

Asintió enfurruñado.

Salimos al rellano y caminamos hasta la puerta de la susodicha. Llamé al timbre. Abrió enseguida.

—Hola, Maylan y Nicholas.

Llevaba el pelo recogido en una coleta. Blanco y largo, parecía brillarle sobre su cara arrugada y ojos claros.

—Necesito un favor, señora Winston —dije sin preámbulos.

—Pues dime cuál y veré qué puedo hacer.

—¿Podría encargarse de mi hijo un ratito? He de hacer unos recados y no puedo llevármelo.

—Sí, claro. Prepararemos galletas, ¿eh, Nicholas?

Nicholas, de nuevo, asintió con cara de pocos amigos.

—Muchas gracias, señora Winston. Vuelvo enseguida.

—No tengas prisa. Estaremos bien.

Le di un beso a Nicholas en la frente y me marché. Sentí algo de culpabilidad a pesar de dejarlo a buen recaudo. Pero no podía estar en el piso mientras interrogaba al yonqui.



Coloqué una silla ante el asaltante, que seguía inconsciente. Sin levantarme, abrí la puerta del frigorífico —lo tenía a medio metro— y saqué una botella de agua. Se la dejé caer por la nuca. Se despertó de sopetón, sobresaltándome incluso. Abrió los ojos y miró alrededor. Intentó decir algo; la mordaza propició que solo le escuchara balbuceos.

Se agitó sobre el asiento, balanceándose de forma alarmante.

—¡Estate quieto, joder, que vas a caerte! Y no quiero que vuelvas a darte otro golpe en la cabeza.

Estiré la mano y cogí un trapo de la encimera. Limpié la sangre que descendía por las comisuras de sus labios.

—¿Ves?: no quiero hacerte daño. Antes estaba defendiéndome, ¿lo entiendes?

No pude evitar sentirme como un mafioso de tres al cuarto. Pero a decir verdad, disfrutaba con el momento.

Recordé las palabras de Susan: «*Todos tenemos nuestro lado oscuro, ¿no?*».

—A ver, colega —formulé en un tono desafiante y socarrón—. Ahora, en voz baja y clara, vas a contarme por qué has intentado —sin demasiado éxito, todo sea dicho—, darme una paliza. Asiente si estás dispuesto a colaborar.

Se serenó, autorizándome con un movimiento exagerado de cabeza.

—Bien.

Le arranqué la mordaza de un tirón.

Se quejó.

—Ahora, habla.

Me miró y sonrió burlesco, retador. Sus ojos cambiaron de color, mutando del marrón al negro. Y otra vez apareció la peste, otra vez bajó la temperatura.

Retrocedí arrastrando la silla hasta toparme con la pared. Me sentí atrapado, sin escape, petrificado por el miedo. La cocina asemejó menguar, contraerse por todos lados. Los grifos se giraron al tiempo que la puerta del frigorífico se abría y cerraba con violencia, y un viscoso líquido marrón empezaba a filtrarse por el techo, a descender poco a poco hacia mi cuerpo.

—No lo entiendes, ¿verdad? —manifestó con una sonrisa de oreja a oreja. Su voz resultaba absolutamente aterradora—. ¡Ellos no saben nada! ¡Ellos son mis marionetas! ¡Lanzaré a hordas de sometidos contra ti, les haré partícipes de mi decepción! ¡Los usaré para acabar contigo, para redimirme! ¡Pero no seré yo quien ahogue tu vida, Maylan!

Mi cocina se había convertido en un hervidero de fenómenos paranormales. Mirara donde mirara, veía los signos de una posesión infernal.

Y anquilosado por el pánico, no pude hacer más que morirme de miedo.

La silla, con el poseído amarrado a ella, se elevó e inclinó colocándolo de cara al suelo. Y como si se tratara de una bala de punta peluda, salió disparada en mi dirección.



—¡Ah...! —grité mientras me protegía el rostro con los brazos.

Mantuve la posición unos segundos. «Degusté» mi respiración acelerada, el latir angustiado de mi corazón, el sudor frío en mi frente. Y fue entonces cuando lo advertí: la temperatura resultaba agradable y el olor era el normal de una cocina.

Aparté los brazos y observé alrededor: una silla vacía y cuatro pedazos de precinto en el suelo, los grifos cerrados al igual que la puerta del frigorífico... Alce la vista: el techo no chorreaba ningún líquido; ni siquiera parecía haberlo hecho nunca. Por un momento dudé, pensé que estaba volviéndome loco, que todo había sido fruto de mi imaginación. Pero sentí el dolor en mi espalda, en mis nudillos, y volví a contemplar aquella silla vacía, los trozos de precinto... Y recordé las palabras de Nicholas: «Pero he escuchado golpes y la voz de un hombre».

«*Nicholas*».

Me alcé dolorido y salí al rellano. Anduve renqueante hasta la puerta del piso de la señora Winston. No tardó en abrir. Ambos lo hicieron. Nicholas llevaba los dedos impregnados de chocolate.

—Vaya —dije en voz alta, intentando aparentar frescura—. Parece ser que os he pillado con las manos en la masa, ¿eh?

—¿Ya? —La anciana parecía feliz—. Ni siquiera nos ha dado tiempo a preparar los moldes...

—Bueno, yo estaré en el piso. Si queréis acabar las galletas...

«*Ni siquiera hemos comido. Esperaremos a Susan. Nadie se ha muerto por comer un día a las cinco de la tarde...*».

—Por mí vale —dijo convencida—. ¿Quieres quedarte un ratito más, Nicholas?

—Vale. Cuando terminemos, voy al piso, ¿de acuerdo, papá?

—Allí estaré.

Me despedí, agradeciéndole a la anciana haberme echado una mano.

Me senté en el sofá y empecé a pensar. Mi cabeza parecía una coctelera de preguntas.

«Debería llamar a la policía, pero... La cerradura no está forzada, en el piso no falta nada, no hay desperfectos... ¿Qué diantres les digo? No. No voy a contárselo a nadie. He de acudir a un profesional. ¡Lo he visto con mis propios ojos y lo he sentido en mis propias carnes, joder! Esperaré a que venga Susan, pasaremos una bonita tarde los tres juntos —fingiré estar de puta madre, claro—, y mañana visitaré a un cura o un experto en lo paranormal, o... —De pronto, una luz se encendió en mi cerebro—. He de empezar a investigar ahora mismo».

Cogí el portátil y me lo coloqué sobre los muslos. Busqué en Google todo lo referente a demonios que «atacan» en pesadillas, que cortan tripas, posesiones infernales, exorcismos, todo tipo de protección contra el mal...

Por lo general, encontré lo que la mayoría conocemos gracias al cine y la literatura. Pero también hallé información que, además de interesante, desconocía por completo:

*«Hay cinco causas principales por las que se producen las posesiones demoníacas: primera: por participar en ritos satánicos; segunda: la consagración de un niño al Demonio por parte de sus padres mediante prácticas satánicas; tercera: el pacto con el diablo para rendirle culto a cambio de algo; cuarta: los maleficios; quinta: prácticas de llamamiento de espíritus tipo *ouija* u otros medios de adivinación».*

«Falta una sexta, ¿no? —cavilé absorto en lo que podía leerse en la pantalla—: ser gilipollas y taladrar el sótano de una vieja rectoría».

También encontré varias entrevistas al —por lo visto— más célebre exorcista de la historia: el sacerdote Gabriele Amorth, con una carrera de más de treinta años luchando contra el diablo y, según él, más de setenta mil

exorcismos. El hombre acababa de fallecer en Roma a los noventa y un años de edad.

«¿Setenta mil exorcismos? Pues puede estar contento de haber superado los noventa... De no haber muerto, habría movido cielo y tierra para contactar con él. Pero de momento, tendré que conformarme con un cura «del montón»».

Algunas de sus afirmaciones:

«En términos generales, Satanás está siempre activo. Es el tentador desde el principio. Hace de todo para que el hombre peque y cada vez que se realiza el mal él está detrás, dejando en claro que es el hombre quien decide libremente sus actos. Pero también existe una acción extraordinaria del maligno: y ésta es la posesión diabólica».

«El mayor intercesor es la Virgen, sobre todo cuando la invocas como María. Una vez le pregunté a Satanás: «¿Pero por qué te asustas más cuando invoco a Nuestra Señora que cuando invoco a Jesucristo?». Contestó: «Porque me humilla más ser derrotado por una criatura humana que por Él»».

«El dibujo en el suelo del sótano... —cavilé angustiado—. Todo empieza a cuadrar».

«Pero no puedo creerlo, o, más bien, no debo. O quizá sí. Quizá abrir la mente sea lo único que pueda arrancarme de esta pesadilla, de esta auténtica y disparatada locura. Lo imposible se está volviendo más que probable; mis creencias se desmoronan».

Y la guinda del pastel fue lo que hallé en una web especializada en lo esotérico y lo paranormal:

«A principios de 1980, los medios de comunicación en Chicago y Los Ángeles se hicieron eco de una extraña epidemia que se había apoderado de la población en el sudeste asiático. Jóvenes perfectamente sanos y saludables informaron de pesadillas horribles negándose a dormir durante días. Convencidos de que sus sueños estaban siendo atacados por un demonio, los hombres asustados se volvían adictos al café y otros estimulantes en un esfuerzo desesperado por mantenerse despiertos».

Y lo más preocupante: los afectados describían a un demonio sobre su pecho, que, coincidiendo con la narración de Nicholas, sacaba un puñal y realizaba un corte en sus pieles.

«Blanco y en botella...».

Sonó el timbre de la puerta. Di un respingo que por poco lanzó el portátil al suelo.

Resoplé al tiempo que miraba la hora: las 15:13.

«Dos horas y llegará Susan. Mal día para recibir visitas. En fin... Hoy intentaré sobrellevarlo con una sonrisa en la cara. Mañana ya veré a quién acudo en busca de ayuda».

Abrí.

Como presentí, era Nicholas.

—¿Has comido muchas galletas?

—Diez.

—¡Diez! Vaya. Supongo que entonces no tendrás hambre, ¿no?

—No. Y te he traído cinco.

—Muchas gracias. Hoy comeré galletas, entonces. Luego vendrá una amiga a merendar y prepararé un tentempié, ¿vale?

—¿Una amiga?

—Sí: una amiga.

—Vale.

Se fue directo al sofá y puso Netflix.

«Bendito canal: el mejor «silenciador-amansador» de «fieras»».

Me senté a su lado. Sin darme cuenta, me quedé dormido.

Me desperté al escuchar el sonido y la vibración del móvil sobre la mesa del comedor. Me costó reaccionar. Por suerte, Nicholas se levantó ágilmente para acercármelo.

—Toma, papá.

—Gracias. Baja un poco la tele, anda.

No conocía el número.

—¿Sí?

—¿Maylan Young?

—El mismo.

—Le habla el detective Scott Baker desde New Haven. —Hizo un largo silencio—. Tengo malas noticias, hijo. «*Mamá*». Su madre ha fallecido.

Me quedé sin habla. Padebí su pérdida de forma superlativa; tanto, que me costó horrores formular la inevitable y lógica pregunta:

—¿Cómo ha sido?

—Han entrado a robarle en su vivienda. Todo indica a que hubo un forcejeo y el asaltante le disparó.

—Quizá le parezca una pregunta extraña, agente, pero... ¿se han llevado algo?

—Precisamente es lo más curioso del caso: a simple vista no parece faltar nada.

—¿Han hablado con mi hermana?

—Aún no.

—Si no es mucho pedir, les agradecería que se lo comunicaran ustedes. Ahora mismo no tengo fuerzas para nada.

—Claro. Lo entiendo. Siento mucho su pérdida, Maylan.

—Gracias. Espero que atrapen a quien lo hizo.

—Tiene mi palabra. Le mantendré al tanto de la investigación.

—Gracias.

Colgué.

Sin demora, marqué el número de Clarisa. Descolgó al tercer tono.

—Dime, Maylan.

—Ven a buscar a Nicholas —susurré para que nadie más pudiera oírme
—. Han asesinado a mi madre y...

Me eché a llorar mientras él me miraba asustado.

—¿Qué te pasa, papá?

—Nada, hijo. Tranquilo, se me pasa enseguida.

Clarisa seguía hablando, pero yo ya no tenía el móvil pegado a la oreja.
Alcé el brazo sin apenas fuerza con la intención de zanjar la conversación.

—¿Puedes venir? —pregunté gimoteando.

—Claro. Voy enseguida.

*«Esto es demasiado. Voy a meterme en la primera iglesia que encuentre.
Ahora mismo no se me ocurre nada más».*

SÁBADO DE EUCARISTÍA

—¿Qué ha pasado?

Tras abrazarme, fue lo primero que dijo.

—Han entrado a robarle y la cosa ha acabado mal —le expliqué en el recibidor.

—Lo siento mucho, Maylan. Tu madre era una mujer excepcional.

—Lo sé. No merecía acabar así.

—¿Se lo has dicho a Nicholas?

—Me ha faltado valor. Pero ahora mismo se lo di...

—No, déjalo. Al llegar a casa, tranquilamente, se lo edulcoro tanto como pueda. Con que sepa que su abuela ha muerto es más que suficiente.

—Gracias.

—Le he contado una pantomima. Le he dicho que ha surgido un trabajo urgente y..., en fin: una mentira como una catedral. Escucha. —Debía avisarla de algún modo, prevenirla del mal que acechaba a mi familia—. ¿Confías en mí? ¿Me crees un tío cuerdo y sensato?

—La mayor parte del tiempo sí.

Me sonrió.

—Me vale. Necesito que mantengas a Nicholas en casa hasta nueva orden. El tipo de la furgoneta anda suelto y temo que actúe de nuevo. ¿Entiendes?

—¿Crees que podría atacar a nuestro hijo?

—No lo sé. ¿Tú lo sabes? Hasta que la policía no atrape a ese chalado creo que lo mejor es tenerlo a buen recaudo.

—Entiendo. Vale, lo haré. Su seguridad es lo más importante.

—Gracias.

—¡Nicholas! ¡Nos vamos!

—¡Voy!



Llevaba años sin llorar de pena.

No era un hombre de lágrima fácil. Y no porque me diera vergüenza llorar, ni mucho menos; simplemente, me costaba traducir el dolor en gotas. Pero muchas veces las personas lloramos por dentro. Y así, llorando por dentro, entre pensamientos y una atroz desazón, pasó el tiempo. El reloj marcaba las cinco de la tarde. Y aunque corrió veloz, la espera se hizo dolorosa; cada segundo cruzado de brazos me hacía sentir más cerca de la debacle.

«He de actuar. He de confirmar mis sospechas de una vez por todas. He de detener esta desesperante correlación de sucesos. He de proteger a los míos».

«Ring...».

«Puntual».

Cogí el telefonillo.

—¿Sí?

—Susan.

Tardó menos de un minuto en llamar a la puerta.

—Buenas tardes —saludó alegre.

—Hola, Susan.

—Te veo triste. ¿Has llorado?

—Ven. —La cogí de la mano—. Sentémonos en el sofá.

—¿Ha pasado algo?

—Han pasado tantas cosas que no sé ni por dónde empezar.

—Por el principio.

Me sonrió cariacontecida.

—De acuerdo.

Lo hice: recapitulé mentalmente hasta el día que pisé el sótano de la vieja rectoría.

Le narré los sucesos con pelos y señales, intentándole transmitir cada sensación, cada detalle. Me escuchaba atenta, ensimismada, clavando su mirada en mis ojos cristalinos. Y en ningún momento le vi una mueca de desapruebo o burla.

Me abismé en mi propio relato, como si estuviera inmerso en una película de terror.

Reviví.

Recordé.

No podía dejar de hablar.

Necesitaba desahogarme y en ese momento solo tenía a Susan. Y por algún motivo, supe que era en su hombro donde debía apoyarme.

Acabada la parte, digamos, «infernál», le hablé de mi madre, de nuestras tradicionales comidas el tercer sábado de cada mes, de mi infancia, de mi hermana Hellen y su marido, de mis sobrinos, de la muerte de mi padre cuando era un chiquillo... Y lo hice antes de contarle lo ocurrido aquella misma tarde, la llamada del detective Scott Baker.

—Mi madre ha sido asesinada hoy mismo. —Sus ojos parecían dos lunas llenas. Empezaron a enrojecérsese progresivamente —. Como entenderás,

tengo serias dudas sobre el motivo de su muerte. ¿Un tipo, por azares del destino, decidió entrar a robar en su casa? Puede. Pero, sinceramente, lo dudo bastante. Sé que todo esto suena muy extraño. Y... Entenderé que quieras marcharte.

—Mira, Maylan. —Me cogió con cariño de las manos—. Estás asustado. Si quisieras tomarme el pelo o estuvieras mal de la cabeza, no actuarías de esta forma. Creo que, aun con todo lo que has vivido estos últimos días, te cuesta creer que se deban a un acto del Diablo. Pero los sucesos están ahí; incluso yo misma he sido testigo del «momento furgoneta azul». Y dicho esto, ¿cómo crees que deberíamos proceder?

—¿Deberíamos? ¿Ambos?

—Claro. No voy a dejarte solo cuando más me necesitas, ¿no?

Sonreí. «*Al fin un soplo de aire fresco*».

—Había pensado en hablar con un cura. Se supone que son entendidos en la materia. Quizá pueda informarnos sobre cómo evitar o ahuyentar los ataques.

—Creo que es lo más sensato, sí.

Al subirme a su coche —un Mustang último modelo—, me vino una idea a la cabeza.

—Creo que deberíamos buscar una iglesia cercana a la rectoría. Con un poco de suerte, el cura conocerá al párroco que residió allí o a alguien cercano. Sé que murió hará cinco años de un ataque al corazón y que al menos vivió veinte en la rectoría. Por lo tanto, es muy probable que fuera él quien ocultara el maldito rosario.

Tras decir esto, me vibró el móvil en el bolsillo: la inevitable llamada de mi hermana.

—Hola, Hellen.

—Hola, hermano. —Escuché su voz como un murmullo lejano, sumamente débil—. El entierro es mañana a las cuatro de la tarde.

—Nos vemos allí, entonces. No puedo acudir antes, lo siento. Sé fuerte, ¿vale? Dale un beso a los niños y un abrazo a Michael. Mañana hablamos. Te quiero, hermana.

—Te quiero, Maylan.

—Si no te importa —dijo Susan cuando colgué, decidida—, me gustaría acompañarte.

—¿Al entierro?

Por lo visto, tenía muy buen oído.

—Sí.

—Vaya... Te tengo en el bote, ¿eh? —dije intentando distender el ambiente. Pero no pude evitar mostrar tristeza.

Sonrió visiblemente apesadumbrada.

«En menudo lío la he metido. Es especial: otra hubiera salido espantada».

—Dame la dirección de la rectoría, anda. —Se la di al tiempo que sacaba su móvil del bolso—. Voy a buscar en internet la iglesia más cercana.



Desde afuera no parecía demasiado grande; o al menos, no era la típica edificación alta y puntiaguda. Ubicada en la misma Clinton Ave, se encontraba a menos de trescientos metros de la rectoría. Al verla desde la lejanía pensé que quizá habíamos dado con el lugar donde impartió misa quien colgó un San Benito de la puerta del sótano.

Aparcamos a unos diez metros de la entrada, ante la puerta que precedía a una decena de escaleras de cemento. La envolvían árboles de formas y tamaños variopintos, y setos que no pretendían otra cosa que delimitar al tiempo que adornaban.

Podían apreciarse bastantes feligreses entrando.

«¿Habremos llegado a tiempo para tomar la eucaristía? —cavilé con cierto aire descarado—. *Estás a punto de pisar tierra hostil, Maylan*».

No me atreví a decir aquello en voz alta, por muy gracioso que me pareciera. En algún momento podría necesitar una ayudita divina, y uno no critica a un posible futuro benefactor. Pero, como todo el mundo —supongo— me sentía seguro y «en privado» cuando pensaba.

«*Pero Él lo escucha todo. Mierda, ya he metido la pata otra vez. De todos modos, a un ser supremo no deberían preocuparle los pensamientos de un ser insignificante como yo, ¿no?*».

Me costaba tomarme en serio la idea de que un ente todopoderoso creara el mundo en seis días y que al séptimo hubiera descansado, lo rigiera a su extraña manera y que, además, gozara de nuestros rezos y adulaciones —comiéndonos una hostia, por ejemplo—. «*Yo me he comido muchas hostias practicando kick boxing y no notaba la gracia de Dios. Dolor de cabeza, en todo caso*». Además: ¿un dios necesita descansar?, ¿en serio?

No pude evitar sonreír de medio lado. Pero en el fondo, por muchas reticencias que tuviera, me sentía acojonado y con ganas de «creer» en algo que tranquilizara mi espíritu.

La fachada principal era en sí misma un vitral. Combinaba vidrios de tamaños y colores varios, predominando el rojo, el azul y el ocre. Una iglesia bonita y, sin duda, singular.

—Creo que va a celebrarse una misa —auguró Susan cuando estábamos a punto de entrar en aquel templo sagrado.

—Me temo que sí.

La concurrencia no dejaba lugar a dudas.

Aun así, una vez dentro se esfumaron las que pudiéramos tener: los feligreses se acomodaban en los primeros bancos y, el párroco, vistiendo la típica camisa negra con alzacuellos y pantalón a juego, se disponía en el altar. Antes de entrar, le imaginé con algún tipo de túnica blanca y un pequeño gorro de tela morado. En cambio, aquel hombre vestía prácticamente de «calle».

«Mejor. Con un poco de suerte, daremos con un cura «moderno»».

El interior también resultaba elegante. Vidrieras policromadas a izquierda y a derecha; columnas de madera oscura que se elevaban hasta arquearse en el techo; bancos a juego con los pilares, precediendo un altar al que se accedía subiendo ocho escalones...

Nos acomodamos en uno de los últimos bancos. Muchos de los congregados nos miraron; supuse que allí siempre veían las mismas caras.

Observé a Susan de soslayo sentada a mi lado, y no pude evitar inclinarme hacia ella y besarla en la mejilla. Sonrió.

—¿Y eso?

Llevé mi boca a su oído:

—Por ser como eres. Por haberme acompañado hasta aquí. Por creermelo y confiar en mí. No sé... ¿Por existir? Sí, eso: por el simple hecho de existir. No sabes lo importante que es tenerte a mi lado en estos momentos.

Me sentía tan a gusto a un milímetro de su piel...

Giró el rostro y deslizó sus labios por mi mejilla; más que un beso, fue una ferviente caricia, un regalo antes de que empezara la ceremonia.

El cura acercó su hocico al micrófono, que emitió una molesta y aguda estridencia. Y a partir de aquel desacople se inició la misa.

En mi vida había bostezado tanto, y eso que apenas atendí al párroco, un hombre al que calculé más de sesenta años. Pasé la escasa hora que duró aquel soberano aburrimiento cavilando en los «cómo», los «por qué» y los «porqués», que no eran pocos. Susan, asimismo, parecía ausente, enfrascada en pensamientos.

Sentados, esperamos a que se dispersaran los creyentes. En pocos minutos estuvimos a solas con el cura, el párroco, el sacerdote o como diantres hubiera que llamarle —nunca supe diferenciar entre dichos cargos—, que nos observaba en la distancia mientras recogía los enseres utilizados en la

misa. Aparte de nosotros, ya no quedaba un alma en la iglesia.

—Vamos —le dije a Susan, que se levantó como un resorte.

En realidad, el sacerdote daba la impresión de estar haciendo tiempo, de esperar con disimulo a que nos acercáramos. No dejaba de mirarnos sin reparos, frunciendo el ceño mientras nos examinaba de arriba a abajo. Su comportamiento me hizo dudar del éxito de nuestra improvisada asistencia a misa.

«¿Molestamos? ¿No le gusta ver caras nuevas en su iglesia?».

Fuera lo que fuere, no iba a detenerme a esas alturas.

«Me escuchará. Al menos, oirá lo que tengo que decir. Luego, que reúse ayudarme si quiere».

Anduvimos uno al lado del otro por el pasillo que bifurcaba las dos largas hileras de bancos. Al advertir nuestro inminente acercamiento, el padre se colocó de pie ante el altar con las manos entrelazadas a la altura del abdomen.

Llevaba el pelo hacia atrás, cano aunque abundante. Lucía las arrugas correspondientes a su edad, y unos ojos que se apreciaban claros en la distancia. Cuando le tuve delante, descubrí que eran azules.

—Da gusto ver caras nuevas en la iglesia —dijo alegre cuando subíamos los escalones que conducían al altillo.

«Menos mal».

Con la mano, nos indicó que le siguiéramos.

—Estaremos mejor en la sacristía.

Caminó sosegado hacia una puerta a su izquierda. Susan me miró sorprendida. Mi cara reflejaba, como mínimo, su mismo asombro.

«Es como si nos hubiera estado esperando».

Nos condujo al cuarto donde guardaba los instrumentos litúrgicos: el Cáliz, libros, cuencos dorados, velas, trapos, jarras... No conocía la función de casi ninguno de aquellos objetos. También encontramos una diminuta capilla y un fregadero. Supuse que nos encontrábamos en una especie de

almacén que, a su vez, le servía para asearse antes y después de las ceremonias.

Colocó tres sillas en el centro de la estancia, invitándonos a tomar asiento.

Lo hicimos.

—Bien. Soy todo oídos. Decidme qué os ha traído a esta iglesia. Y no me digáis que vuestra devoción a Dios, porque no voy a creerlos.

—¿Cómo sabe que no estamos aquí por el amor que le profesamos al Altísimo? —cuestionó Susan. Si hubiera tardado un segundo más en hacer dicha pregunta, la hubiera hecho yo.

—A ver... Sé observar, y aunque aún no nos hayamos presentado, también conozco tu nombre y por qué estás aquí. —Clavó sus pupilas azules en las mías al tiempo que me señalaba con el dedo índice—. A pesar de no creer has venido aquí a pedir ayuda, ¿cierto?

—Cierto.

—Y Dios no va a negártela, Maylan.

AYUDA DIVINA

—¿Cómo sabe usted mi nombre? ¿También se ha metido en sus sueños?

—Padre Joseph, por favor. —Nos dimos la mano. Susan también se presentó—. Y no, hijo, en mis sueños no: en los de uno de mis feligreses. Llamó a mi puerta ayer mismo a las tres de la madrugada. Necesitaba contarme lo ocurrido, conocer mi opinión y que le diera consejo.

—Déjeme adivinar: ¿un demonio se metió en sus sueños y le «incitó» a hacerme daño?

—Más o menos. Quien vino a verme padece graves problemas mentales: esquizofrenia paranoide, para ser más exactos. Ni siquiera debió salir de casa sin compañía, pero se asustó y se presentó tal cual, en pijama. Por suerte, vive a menos de medio kilómetro de aquí. Su enfermedad no es síntoma de violencia por sí sola, pero con los estímulos adecuados —y nadie como el Diablo para manifestar el mal—, puede ser muy peligrosa. Él, si hay elección, siempre optará por el más débil, el más propenso.

»Dichas dolencias, en el mayor de los casos, hubieran provocado incredulidad en cualquiera; en cambio, a mí me demostraron que no mentía. Por otra parte, tampoco ganaba nada haciéndolo. Así actúan los demonios: se apoderan de las mentes más débiles. Carcomerá cerebros en sueños y poseerá, ¿entiendes?: una combinación terrible. Así que, quizá un día te ataque un hombre enfermo que solo intenta escapar de un tormento, y, al día siguiente, lo haga un «poseído». Se mueve como el aire, como una brisa infernal; se cuela en sus víctimas cuando respiran.

»No creo en las casualidades; si eligió a mi feligrés es por algo: el

demonio predijo que estarías hoy aquí. No es la primera vez que se adelantan, que «ven» más allá, ¿entiendes?

»Pero cuéntame tu historia, Maylan; cuéntamela desde que el mal entró en tu vida.

Rememoré los sucesos que me habían conducido a la sacristía en la que estábamos. Se los narré como a Susan un par de horas antes: sin obviar detalles.

El cura me escuchó atento, ensimismado por mi increíble relato; uno que ni yo mismo hubiera creído en boca de otro. Frunció el ceño en algunos pasajes; en otros, sonrió cariacontecido; en muchos, se quedó absorto mirando el suelo, sus manos, mis ojos...

Una vez terminé con un «y aquí estamos», Joseph quedó pensativo. Se frotó el mentón como si en vez de cavilar le acabara de picar un mosquito. En la estancia, durante un largo instante, no hubo más que silencio, expectación.

—Sin duda es una historia turbadora —aseguró tras aquella prolongada reflexión—. El rosario y cómo estaba protegido... Despertaste a un demonio, Maylan. Y ese «por qué...» que escuchaste. Pensadlo. Si os gustaran con locura los dulces de una pastelería y os prohibieran entrar en ella, ¿qué es lo primero que haríais si os levantaran la restricción? —Señaló a Susan con el mentón.

—Lógicamente, comprar esos dulces que tanto me gustan.

—Exacto. Y eso es precisamente lo que ocurrió en la rectoría: liberaste a un mal silenciado durante cuatro décadas, y este, tras un doloroso letargo, ansió atormentar de nuevo. Y en la intimidad del sótano, solo te encontró a ti. Pero ante su sorpresa e impotencia, no pudo poseerte.

—¿Y cómo sabe usted que estuvo cuatro décadas encerrado?

—Luego os contaré esa parte de la historia. No seáis impacientes.

—Y ahora intenta acabar con Maylan por mediación de otras personas, ¿no? —preguntó Susan.

—Sí. Si bien, tendrá otros medios para castigar. Aunque particular, no deja de ser un demonio más, y de los «endebles». En el cielo y el infierno,

como en el mundo, existen jerarquías; y el ser al que nos enfrentamos no frecuenta las altas esferas demoníacas.

»Él, a las órdenes de Satanás, el ángel caído, penetra en los sueños de personas enfermas, violentas o malvadas, pues así le resulta más fácil, más rápido. Y por lo que me cuentas, esto acaba de empezar. —Al escuchar aquello me bajó la tensión hasta los tobillos, incluso sentí un leve mareo—. Con el tiempo logrará su propósito. Y me temo que no es matarte, sino que anheles la muerte.

—Sí. —Me costó reunir las fuerzas necesarias para hablar—. El tipo que entró en mi piso dijo que debía darme una paliza. Y el de la furgoneta pudo echar marcha atrás cuando intentó atropellarme. También el que me echó de la carretera pudo parar y «rematarme» antes de que llegara la policía. Está claro que pretende martirizarme hasta que desee la muerte.

—El objetivo principal de los demonios es hacer caer al hombre en el pecado y llevarlo al infierno. Así que, mientras te arrastra al suicidio, también empuja a otros al averno. Usa a los demás para lograr su fin, pero es a ti a quien desea.

»Y no se detendrá. Nunca se dará por vencido. Cuando un demonio fija sus miras en un hombre o una mujer, solo Jesucristo puede salvarle.

—La cuestión es: ¿Jesucristo va a ayudarme? y, ¿cómo?

—Sí: como hace cuarenta años. Por aquel entonces encontraron la «fórmula», que, por otra parte, desconozco. Un exorcista, en nombre de Jesucristo, lo encerró en el rosario y solo otro puede repetir dicha proeza. —Me miró y sonrió—. A propósito: ¿sabes quién es Jesucristo?

No me dio tiempo a contestar. Se alzó. Nosotros, confusos, imitamos su gesto. No entendía muy bien lo que acababa de ocurrir. ¿Iba a ayudarnos o no?

—Cenad conmigo. Vivo en la parte trasera de la iglesia. Mientras os preparo mis famosas judías al horno os hablaré del padre Anthony.

—¿El padre Anthony?

Susan, al igual que yo, necesitaba respuestas; ante todo, el cómo vencer al demonio que la había tomado conmigo.

—El mismo, sí. Un buen amigo, por cierto; quien apresó al demonio en el rosario hace cuarenta años.



Salió por la puerta principal de la iglesia y nos condujo a su parte trasera por los jardines que la circundaban.

—Llevo cinco años viviendo aquí y la verdad es que resulta de lo más práctico —musitó mientras abría una puerta marrón. Ni siquiera estaba cerrada con llave—. Pasad.

El interior resultaba austero, pero gozaba de lo necesario para vivir de forma cómoda. A la derecha encontramos una cocina: nevera, microondas, horno, fregadero...; a la izquierda, un tanto alejado, un sofá y una mesa de centro; detrás del asiento, pegada —casi podía tocar los libros estirando el brazo—, una estantería repleta de curiosos volúmenes. El suelo era de parqué y el techo de vigas color cerezo, dotando a la estancia de un aura cálida. Pude apreciar también unas escaleras que conducían a un altillo, supuse que a sus aposentos. No tenía televisión, al menos a simple vista.

«Se pasará el día leyendo y rezando».

Nada más entrar, encendió una estufa eléctrica situada en una esquina.

—Vamos a necesitar calor. A mí, hablar del Demonio me hiela la sangre.

Sonrió. Si intentaba distender el ambiente, no lo consiguió. No tenía el cuerpo para bromas y Susan no parecía irme a la zaga.

—No estéis tan serios. Lo bueno es que hay solución.

—Explíquese, padre —rogué de pie, ante la puerta y pegado a Susan.

—Pasad, por Dios. Sentaos. ¿Os apetece un poco de vino? —Asentimos—. Mientras preparo la cena os iré hablando del padre Anthony y de los peligros que acechan. —Nos dio la espalda, iniciando los preparativos—.

Hay que averiguar cómo lo hizo y repetirlo: así de simple y así de complicado.

Dejó dos vasos y una botella de vino en la mesa de centro, ante nuestros ojos.

—Servíos.

Me llené la copa; Susan se echó dos dedos.

—Antes ha dicho que el padre Anthony fue su amigo. ¿No le contó nada sobre cómo lo hizo?

«Fue sin querer, sí... Pero todo es por mi culpa».

Como si me succionaran la cabeza y mis sesos se adentraran en una espiral delirante: así me sentía al lado de Susan. Mi madre: su sonrisa, sus abrazos, su dulzura..., no dejaban de aparecérseme en pensamientos, intercalándose entre esas dudas, esas preocupaciones y miedos que me atestaban la mente; ni siquiera pude llorarla como era debido. Las fuerzas me fallaban: tanto las físicas como las emocionales. Pero con o sin ellas, estaba dispuesto a obedecer al cura con los ojos cerrados. Aquel hombre transmitía seguridad, convicción, bondad... Presentía que no nos dejaría en la estacada, que nos ayudaría hasta las últimas consecuencias; pues había dedicado y dedicaba su vida a hacerlo: a salvar almas.

—El padre Anthony era un hombre muy reservado —explicó mientras troceaba verduras sobre una tabla de madera—. Pero tras volver de aquel convento se tornó aún más taciturno: no volvió a ser el mismo. Un día, mientras jugábamos una partida de ajedrez, se sinceró conmigo. Ví en sus ojos que necesitaba redimirse, pero no tuvo el valor de pedir una confesión. Se lamentaba de haber antepuesto la victoria en pos de la salud de sor Patricia, de haber sucumbido a los engaños de aquel demonio. Me explicó que el ente confundía a sus víctimas, que se metía en sus sueños, que incitaba a pecar. «Pero logré apresararlo en un rosario. Aunque el precio que pagué fue demasiado alto», se lamentaba. Por ello, cuando uno de mis feligreses habló de un extraño e insidioso sueño, de un demonio que inducía a castigar, lo relacioné de inmediato. Incluso le dijo tu nombre y dónde encontrarte, Maylan. Y así, cuarenta años después, descubrí que mi amigo Terence Anthony

«enterró» el rosario en la vieja rectoría, donde, precisamente, acabó nuestra partida con un jaque mate a mi rey.

Sorbí el vino, que estaba delicioso. «¿Será el mismo que usará en la sacristía? Lo dudo». Lo bebí hasta dejar la copa vacía. La llené de nuevo.

—Beber no va a solucionar tus problemas —me susurró Susan mientras posaba su mano sobre la mía.

«Cierto».

Decidí que aquella noche no probaría una gota más.

—Pero... —dije intranquilo—. Si no le explicó cómo lograrlo...

—Durante el exorcismo efectuado en el convento de clausura, hubo alguien que no se separó de su lado en ningún momento: la madre superiora por aquel entonces. Ahora tendrá unos noventa años, pero me consta que aún sigue viva. Ayer, tras la inesperada visita, hice algunas llamadas. Sabía que no tardaríamos en encontrarnos, que tarde o temprano atarías cabos.

—Lo lógico era presentarse en la iglesia más próxima a la rectoría. Y veo que hemos dado en el clavo.

—Dios te ha guiado, Maylan. Por eso no he intercedido aun sabiendo dónde vivías. Él debía traerte hasta aquí.

No me gustó aquel fervoroso comentario, pero tampoco lo repliqué; me limité a obviarlo.

—Entonces, solo hemos de hablar con ella, ¿no?

—Ni mucho menos. En el caso de que acceda a recibirnos —olvidaos de contactar por teléfono—, a su edad... Tengo entendido que apenas sale de la cama. Y si nos diera lo que queremos, necesitaríamos los servicios de un exorcista. Y a mí no me miréis. —Alzó los brazos en un gesto pacificador—. No tengo la formación necesaria.

»Además, ya es tarde para acudir al Vaticano. Para que ellos autoricen un exorcismo, se requieren unos pasos y, ante todo, demostrar que la persona a exorcizar está poseída. Y aun consiguiendo las pruebas pertinentes, el obispo de la diócesis correspondiente debe autorizar el exorcismo previa

recomendación de un tribunal eclesiástico competente. Un largo proceso, como veis. Y nuestro «amigo» se dedica a saltar de cuerpo en cuerpo, así que..., sería complicado demostrar nada. Por otra parte, eres ateo y estás divorciado... Tampoco ayuda, la verdad.

Intenté contenerme, cerrar el pico. No pude.

—Yo creía que los principios del cristianismo eran los de ayudar al prójimo, perdonar, que todos somos iguales ante el Señor; que si pon la otra mejilla por aquí, que si ser bueno te manda al cielo y malo al infierno..., bla, bla, bla: paparruchas.

Una vez dicha la última palabra, me arrepentía de cada una de ellas.

—Muy cierto, hijo. —Su respuesta me sorprendió. Susan se reclinó hacia delante, como quien está a punto de escuchar algo de vital importancia—. Pero que algunos no cumplan no significa que no existan esos principios, ¿no crees? Yo os estoy ayudando. —Asentimos como dos escolares a los que están abroncando en el despacho del director—. Quedaos con eso.



Acercó una silla al sofá y se sentó.

—Hay que esperar —dijo mientras señalaba el horno con el mentón—. Preguntad lo que queráis. Os contestaré lo mejor que sepa.

—Susan alzó la mano como si estuviera en la escuela.

El padre Joseph soltó una estridente carcajada que me hizo reír sin ganas.

—Dime, joven.

—¿Cómo vamos a proceder? ¿Hay algo que pueda protegernos del demonio?

—Para empezar, iréis al convento a hablar con sor María, la que era madre superiora cuando se efectuó el exorcismo. El lugar está cerca de

Filadelfia, a unas tres horas en coche.

»Y sobre la protección... Sería como pretender evitar la investida de un rinoceronte lanzándole dardos. No hay talismán ni remedio para el mal cuando este ha decidido actuar. Repelerlo cuando aún no ha fijado sus miras, quizá; pero una vez te ha apuntado en su agenda, la única solución es Jesucristo.

—¿Usted no va a acompañarnos?

—Solo accederé a ayudaros si demostráis que, al menos, aceptáis la posibilidad de Jesucristo, abris la mente y dejáis a un lado el escepticismo.

»Y os acompañaría gustoso, pero no serviría de nada. Seré de más utilidad aquí, en mi iglesia. Lo que necesitáis es un buen exorcista. Es él quien debe escuchar a sor María, conocer la manera y hacer las preguntas. Antes de ir, os daré el teléfono de uno que ha sido apartado del «gremio» por exorcizar sin permiso del Vaticano. Pero ahora, mientras se hornean las judías, me gustaría saber vuestros conocimientos sobre el Dios al que pedís socorro.

»¿No te parece sorprendente, Maylan, incluso maravilloso?: no crees en Dios, pero en cambio crees que pueda ayudarte. Un sinsentido, ¿no? O puede que solo necesitaras ver. A veces necesitamos un pequeño empujón; el ateísmo puede llegar a ser el mejor camino hacia la auténtica fe.

—No negaré que ahora creo en cosas que no creía. Pero de ahí a admitir a un Dios todopoderoso hay un mundo. Mis reticencias son hacia la iglesia como institución, sin ánimo de ofender. Puedo aceptar la presencia de fuerzas sobrenaturales, que exista el mal y alguien que nos protege de él; a decir verdad, siempre lo he creído. El equilibrio, supongo. —Me froté las sienes y rebufé agotado—. Estoy divagando. Ni que estuviera leyendo una sinopsis de Dan Brown...

—Solo empiezas a dudar, Maylan.

«Pero jamás me uniré a la cristiandad. Una cosa es creer en Dios y otra en la Iglesia».



Las judías le quedaron de rechupete. Las ingerimos mientras debatíamos sobre el bien y el mal, la religión, la ética, los ángeles y los diablos.

Ya en la puerta nos dio su teléfono y el del exorcista, un tal padre Mills, además de su dirección y la del convento. Aunque esta última más bien era una ubicación «aproximada»: una cruz en un mapa. «Está por aquí», aseguró tocando la marca con el dedo índice. «El padre Anthony me comentó que se hallaba en lo alto de una ladera, cerca de un camino de tierra».

Mills era de la misma Filadelfia, así que no tendría que desplazarse demasiado.

—Haga lo que haga, insistidle, y no olvidéis que en su día fue uno de los mejores exorcistas del mundo. Decidle que os envió yo. Si sigue negándose, ofrezcédle dinero.

«Pero a quién cojones nos envía este hombre de fe, ¿al padre Latin King? —pensé ya en la calle, a la fresca—. Pero aunque así fuera, no puedo más que agradecerle lo que está haciendo. No creo que los exorcistas se anuncien en las páginas amarillas».

Le abracé sin pedirle permiso.

—Vaya. Gracias, hijo.

Le presioné contra mi pecho durante más de un minuto.

—Gracias a usted, padre. Nunca olvidaré lo que está haciendo.

—Dale las gracias a Jesucristo, Maylan: actúo en su nombre.

—No insista, padre —dije bromista—. Ah, y sobre quién es o fue Jesucristo...: un predicador judío crucificado en Jerusalén en torno al año treinta, bajo el gobierno de Poncio Pilatos. Es el supuesto hijo de Dios al tiempo que su encarnación. Se supone que fue enviado a la Tierra para que sus

enseñanzas, muerte y posterior resurrección nos redimieran o algo así. Y he de admitir, que Jesús, en su vertiente humana, me parece uno de los hombres más extraordinarios que han pisado este planeta. Pero a la vista está que no consiguió salvarnos.

»Soy ateo, padre, no inculto —finalicé mirándole con cariño.

Joseph me sonrió, dándome de inmediato la espalda.

—Mantenedme al tanto en todo momento —solicitó antes de entrar en su hogar. Cerró la puerta y lo perdimos de vista. Antes, le escuché decir algo; un murmullo apenas audible, que parecía ir destinado a sí mismo: «Jesús es mucho más».

A punto estuve de soltar una lágrima; la emoción embargaba cada recoveco de mi cuerpo.

—Oye —musitó Susan mientras caminábamos hacia su coche—. Yo también quiero un abrazo, ¿sabes?

Sin perder un segundo, se lo di. Y bajo una de las farolas que iluminaba la acera, inducido quizá por el extraño momento que vivía, la besé sin miedo al rechazo. Lo hice cuando nuestros cuerpos pretendían desunirse, volviéndolos a juntar.

Un beso largo.

Sin prisa.

Uno que ambos necesitábamos.

REVELACIONES

—Bueno, pues ya hemos llegado —dije cuando en la puerta del bloque tiró del freno de mano—. ¿Hasta otra?

No sabía muy bien qué decir. No podía obligarla a seguir con aquella locura, aunque deseara que me acompañara.

—¿Hasta otra? —dijo airada—. Ni hablar. No voy a dejarte solo cuando más me necesitas. Para empezar, voy a dormir en tu piso y mañana te acompañaré al entierro de tu madre, ¿te parece?

Intenté ser fuerte, no venirme abajo, y en parte lo conseguí. Mirando al frente, la calle a través de la luna de su Mustang, dos lágrimas se me escaparon. Aunque a decir verdad, las dejé ir; dentro acumulaba ya demasiadas.

—Subamos —susurró Susan, melosa—. Tomemos una copa y hablemos con el padre Mills. Cuanto antes zanjemos el tema, mejor. Si accede a ayudarnos, tendremos mucho ganado.

Encendí la luz con Susan a mi espalda. Debía andar con pies de plomo. A simple vista, todo permanecía como lo había dejado.

—Tengo pis —dijo nada más pisar el interior.

—La segunda a la derecha —le indiqué señalando el pasillo—. Voy a preparar un cubata, ¿te apetece?

—Sí: ron con cola —dejó caer mientras andaba en dirección al baño.

Escuché un grito seco.

«Mierda».

Corrí.

La encontré ante el espejo con el rostro desencajado. Miré donde ella miraba: a su reflejo. Ante él, escrito con lo que parecía sangre, leí: «Soy omnipresente; en ella, en ellos: en todas partes».

Abrí la mampara y miré dentro de la ducha: nada. Anduve presuroso hasta la cocina con Susan tras mi estela; su rostro manifestaba el reciente sobresalto. Cogí el cuchillo más grande que encontré. Busqué dentro de cada armario, debajo de cada cama, en cada rincón oscuro: ni rastro de quien había dejado el mensaje.

Arrastré una silla y, a modo de cuña, la coloqué bloqueando la puerta. Tras esto, cogí mi móvil y llamé a Clarisa. Tardó en contestar.

—Maylan, es tarde. ¿Va todo bien?

—Sí. ¿Cómo estáis?

—Bien, ¿por?

—Por nada, tranquila. Solo quería cerciorarme. Y recuerda lo que hemos hablado: no salgáis de casa hasta que os lo diga, por favor. Es muy importante. Confía en mí, ¿vale? Sabes que no haría nada que os perjudicara. Y ni se te ocurra ir al entierro de mi madre. Les diré que Nicholas estaba constipado y has tenido que quedarte con él, ¿de acuerdo? Además, aún no tiene edad para ciertas cosas...

—Sí, pero..., que sepas que me has asustado.

—Tranquila. Hablamos en otro momento.

Colgué.

—Esto va a acabar conmigo —deploré mientras me sentaba en el sofá, dejándome caer de espaldas.

—Es lo que pretende, Maylan. Por eso no puedes darle el placer. En los malos momentos es cuando uno ha de demostrar fortaleza. Además, yo lucharé contigo, y cuando me buscan las cosquillas gasto muy mala leche. Voy a

quedarme a tu lado, ¿sabes? Es una locura, lo sé, pero siento que he de hacerlo. Llámale instinto femenino.

—¿Y podrías quedarte toda mi vida? —pregunté con un gesto que mezclaba la guasa y la pesadumbre.

—De momento, me quedaré esta noche.



—Aunque es algo tarde —comentó Susan—, creo que deberíamos llamar al exorcista, ese tal padre Mills. Cuanto antes mejor, ¿no crees? El tiempo pasa y el peligro aumenta.

—Cierto.

Marqué su número.

—¿Sí?

Su voz sonó rasgada y grave.

—¿Padre Mills?

—El mismo. ¿Quién eres y cómo has conseguido mi número de teléfono?

—Me lo ha dado el padre Joseph.

—Ese hombre es un auténtico quebradero de cabeza... —No parecía estar bromeando; su tono se atendía sincero, firme—. En fin... ¿Qué quieres?

—Que me acompañe a un convento cercano a Filadelfia para encontrar el modo de acabar con un demonio que la ha tomado conmigo.

—¿Y el padre Joseph te ha dicho que contactarás conmigo?

—Exacto.

—A ese cura se le ha subido el vino de la sacristía a la cabeza.

—No le hubiera llamado si no estuviera desesperado, padre. Hay vidas

en peligro y estoy dispuesto a suplicar si es necesario. Mañana mismo entierro a mi madre, ¿entiende?

—Que el Vaticano te envíe a un exorcista.

—Es tarde. Usted mejor que nadie sabe que el proceso es largo y que la posesión ha de demostrarse. Y este demonio salta de cuerpo en cuerpo, metiéndose en los sueños, «obligando» a que me hagan daño. Mi madre ya ha muerto por su culpa. Además, yo no soy precisamente un modelo a seguir para los del Vaticano...

—¿Ateo?

—Digamos que no creo en la Iglesia como institución.

Creí que la sinceridad me llevaría a buen puerto; según Joseph, aquel hombre había tenido «discordancias» con la Iglesia.

—Entiendo. Pero sintiéndolo mucho, no va a poder ser. Llevo demasiado sin luchar contra Satán y, ¿sabes?: no lo echo nada de menos. Buenas noches.

—¡Espere! ¡Le daré seis mil dólares!

Se hizo el silencio, aunque sabía que continuaba al otro lado; su profunda respiración no dejó lugar a dudas.

—¿Cuándo entierran a tu madre y dónde?

—A las cuatro de la tarde, en New Haven.

—Bien. Venid sobre las nueve de la noche. Buscad un hotel donde dormir. Hablaremos y, al día siguiente, iremos a ese jodido convento. Ya sabéis mi dirección. Y si no, que os la dé el metomentodo de Joseph. Y no olvides el dinero.

—De acuerdo.

«Al final, voy a romper mi racha de días sin faltar al trabajo».

Colgó.

—Bueno. —Suspiré aliviado—. Los servicios del exorcista van a salirme por un pico, pero si conseguimos detener al demonio se habrá ganado cada dólar.

Le expliqué el *planning*.

—Dejaré a Teresa a cargo de la panadería —dijo convencida—. Y lo haré los días que haga falta. Para eso le pago, ¿no?

—¿Estás segura?

—Completamente.

—De algún modo voy a compensarte por lo que estás haciendo.

—Igual esto te suena cursi, pero llevaba mucho tiempo buscándote. Has venido cada mañana a mi panadería y ahora sé que no era a por el pan. Un demonio no va a evitar que estemos juntos, Maylan. Una voz dentro de mi cabeza, paradójicamente, me dice que estoy a salvo contigo.

Me temblaron las canillas. Sus palabras casi me hicieron llorar. Aunque, como ya os he explicado, yo era más de llorar por dentro.

«*Es tan sincera...*».

—Si el demonio que me hace la vida imposible pudiera meterse en mis sueños, solo te vería a ti.

Durmió en la cama de invitados. Hubiera preferido tenerla bajo mis sábanas, pero no lo vi adecuado. Tampoco ella parecía tener prisa. Habría tiempo para retozar, para besarnos y abrazarnos..., para hacer el amor. Entre la angustia que soportaba pensé que quizá mi desafortunado incidente le aportaría algo positivo a mi existencia. Que, como dicen muchos, todo sucede por algo.

Dos horas y media en coche nos separaban de Filadelfia. Iríamos al entierro de mi madre y, una vez inhumada, a visitar al padre Mills. Pero antes debíamos pasar por el banco para sacar el pago del exorcista.



Le di a Susan el sobre que contenía los seis mil dólares.

—Guárdalo tú que llevas bolsillos con cremallera.

—De acuerdo. Oye —dijo señalando una tienda de ropa al otro lado de la calle—. ¿Te importa si pasamos un momento? Tengo un cheque regalo y... Serán solo cinco minutos.

—Claro. Vamos bien de tiempo.

Dentro no había demasiados clientes. Sin contar las dependientas, solo seis o siete mujeres que, bien repartidas a lo largo de la tienda, miraban en estanterías, mesas y mostradores. Yo, como buen acompañante —tenía ya práctica—, la seguí entre la marabunta de ropa y complementos.

Procedió de la forma habitual: primero, con una inspección general, seguida de una detallada y una «ultradetallada»; esta última, de las prendas que más le habían gustado. La imaginé en plan *Terminator*, escaneando cada atuendo. Luego, procedió con una prueba preliminar, colocándose la ropa por encima, imaginando cómo le quedaría puesto. Ahí fue cuando se me aceleró el pulso: sus pechos, su cintura, su vientre plano... Finalmente, con cinco piezas sobre el brazo, se dispuso a efectuar la verificación final. La tienda disponía de seis probadores; Susan se metió en el segundo por la izquierda. Yo, mientras tanto, le eché una ojeada a las estanterías, siempre cerca del probador.

Mi cabeza estaba en otra parte. Me resultaba todo tan extraño, inverosímil y surrealista, que por momentos creía estar en un sueño, que despertaría de pronto un lunes cualquiera.

En la pared vi un gran reloj digital: marcaba las diez y media. «*No hay prisa. Vamos bien de tiempo*».

—Huele extraño, ¿no? —escuché a mi espalda de boca de una de las

dependientas—. ¿Se está quemando algo?

Fijé la vista en el reloj como si algo me llamara a hacerlo. Lo miré sin pestañear mientras la temperatura se venía abajo. Un «pum» resonó en mi cabeza cuando los dígitos cambiaron. «Pum...». Como si todo se ralentizara; como si una onda de calor recorriera la tienda. El 10:31 dio paso a una numeración que aceleró mi ritmo cardíaco. Las pupilas se me clavaron en aquella hora imposible: las 6:66.

«Mierda».

Me agaché. La cortina del probador no llegaba hasta el suelo; hecho que me permitió ver cuatro piernas donde solo debía haber dos.

Corrí, tirando lo que se interpuso en mi camino.

—¡Eh! —gritó una de las dependientas—. ¿¡Estás loco!?

Descorrí la tela anaranjada y la vi con los ojos en blanco, al borde de la muerte. El tarado de la furgoneta la agarraba del cuello con saña y ambas manos, ignorando mi presencia. Desde atrás, le aticé un puñetazo en la oreja que hubiera tumbado a un mulo. Pero «él» siguió estrangulándola con una sonrisa antinatural, con las comisuras de los labios alargándosele hasta las orejas.

Cerré el puño hasta escucharlo crujir, propinándole un gancho en las costillas. Aflojó. Repetí el golpe, al que acompañé con un grito de rabia: «¡Suéltala, hijo de puta!». Lanzó a Susan contra el suelo, que parecía haberse desmayado. Se giró aún sonriente. Me miró con los ojos inmersos en oscuridad. Le arreé en la mandíbula. Ni siquiera hizo ademán de defenderse. Se tambaleó. Le agarré del pecho y lancé fuera del vestidor.

Las dependientas gritaban; dos ya corrían hacia la calle. «¡Policía!», vociferaban a la carrera.

El agresor cayó de espaldas tras rebotar en un mostrador. Rabioso, clavé mis rodillas en su pecho. «De», dije mientras le propinaba un puñetazo en los dientes, «ja», repetí dándole en la boca, «me», en la nariz, «en», en la mandíbula, «paz», en el ojo derecho, «¡cabrón!».

Me dejé caer boca arriba, a su lado, cansado y con los nudillos al rojo

vivo. Le brotaba sangre de la boca; sus dientes amarillentos parecían pintados de granate.

«Susan».

«Llevo demasiado sin un mísero segundo de paz».

Me alcé cuando un policía entraba por la puerta.

—¡Enséñame las manos!

Obedecí mientras ella reaccionaba dentro del probador. «*Se recupera*». Tosía y se palpaba el cuello dolorida, pero respiraba. Su gaxate mostraba un enrojecimiento considerable: las marcas obra del que «dormía» en el suelo.

«*No puedo más* —pensé mientras el agente me esposaba—. *Conseguirá hundirme en un puto infierno*».

—Ha sido en defensa propia —dije al tiempo que señalaba a Susan con el mentón, que a duras penas se mantenía en pie—. Ha intentado estrangularla. Todos lo han visto. Pregunte a las dependientas en vez de esposarme como a un criminal. Le acabo de salvar la vida a una persona, joder.



Poco a poco todo fue aclarándose. Se llevaron al «loco» esposado a comisaría y a mí me las quitaron. Nos tomaron —como corresponde— declaración. Las dependientas corroboraron mi historia y la de Susan. Además, mis «colegas» los detectives Harris y Williams —*Blanco y negro Mix*—, aparecieron para zanjar el asunto. La furgoneta permanecía aparcada afuera y tenían una descripción previa del sujeto que, cómo no, sufría de un trastorno mental. Vamos, que no hacía falta ser Sherlock Holmes.

Aun con mi insistencia, Susan se negó a acudir a un hospital. «Estoy bien, en serio. Si empeoro, ya iré a Urgencias», les dijo a los A.T.S.

Me miraba y sonreía mientras la interrogaban. Pero no engañaba a nadie:

estaba, al igual que yo, muerta de miedo. Intentaba menguar mis preocupaciones, quitarle hierro al asunto, fingir un bienestar del que no disfrutaba.

Ante todo, temía por ella y Nicholas. En poco tiempo había pasado de ser un anhelo a una realidad, y si aquel demonio quería hacerme daño, mi «chica» y mi hijo eran su mejor baza.

«He de marcharme, agentes. Como ya sabrán, tengo un entierro», dije antes de abandonar la tienda.

En realidad, no había incumplido ninguna ley. Al contrario: con total seguridad, le había salvado la vida a Susan, así que no podían retenerme.

—Vamos a llegar un poco justos —le dije a Susan, que seguía palpándose el cuello de vez en cuando.

—Tendremos que saltarnos la comida.

—Posponerla, más bien; algo encontraremos por ahí.



—¿Cómo va ese cuello? —le pregunté mientras trasteaba en su móvil.

Bien acomodada en el asiento del copiloto, parecía estar mejor.

—No dice nada sobre las personas inmunes a la posesión, los demonios o la magia oscura —explicó obviando mi cuestión—. Es curioso, ¿verdad?

La miré y sentí el irrefrenable deseo de abrazarla.

«Ahí está, a mi lado cuando soy un imán para el mal».

—El cuello, digo, que si te duele.

—Ah, no, muy poco. —Habló sin desviar la mirada de la pantalla—. Fíjate en lo que dice esta web.

—Un momento, espera. Antes tengo que hacerte una pregunta: ¿somos novios? —Soltó una risotada que me dejó perplejo—. No, en serio. En un rato tendré que presentarte a mi familia y no sé cómo hacerlo.

—Eres tan mono... —Me hizo ruborizar—. Has logrado que vuelva a sentirme como una niña, cuando los chicos me pedían que fuera su novia en el patio del colegio. «¿Quieres ser mi novia?», ¿recuerdas?, seguro que tú se lo preguntaste a más de una. —Asentí sonriente—. ¿Me lo pides?

—¿Que seas mi chica?

—*Yes*.

—¿Quieres ser mi novia, Susan?

—Y tanto que sí.

Se inclinó y me dio un largo beso en la mejilla.

Y recordé a mi madre. «La besucona», solía llamarla. La imaginé a manos del desalmado que la asesinó y que aún seguía libre. Me pregunté si su desgraciada muerte estaba relacionada con mi desafortunado hallazgo o se trataba de una mera coincidencia. «*Cuando encuentren a su asesino, lo sabré*». Aunque en el fondo de mi alma conocía la verdad. Y de nuevo lloré por dentro.

—¿Qué era eso que querías mostrarme?

Intentaba escapar de mis propias y lacerantes elucubraciones. Escucharla, aunque fuera hablando del Diablo, me evadía del mundo.

—Espera, que lo busco. Lo he dejado en ‘favoritos’... Aquí está. Escucha:

«Según el Catecismo de la Iglesia Católica:

Cuando la Iglesia pide públicamente y con autoridad, en nombre de Jesucristo, que una persona o un objeto sea protegido contra las asechanzas del maligno y sustraída a su dominio, se habla de exorcismo. Jesús lo practicó. De Él tiene la Iglesia el poder y el oficio de exorcizar. En forma simple, el exorcismo tiene lugar en la celebración del Bautismo. El exorcismo solemne sólo puede ser practicado por un obispo o un sacerdote con el permiso del

obispo. En estos casos es preciso proceder con prudencia, observando estrictamente las reglas establecidas por la Iglesia. El exorcismo intenta expulsar a los demonios o liberar del dominio demoníaco gracias a la autoridad espiritual que Jesús ha confiado a su Iglesia. Muy distinto es el caso de las enfermedades, sobre todo psíquicas, cuyo cuidado pertenece a la ciencia médica. Por tanto, es importante asegurarse, antes de celebrar el exorcismo, de que se trata de una presencia del Maligno y no de una enfermedad».

Tras leer, me miró con el ceño fruncido.

—¿No has percibido nada extraño?

—No. ¿Tú sí?

—Sí. Justo en este extracto: «El exorcismo solemne sólo puede ser practicado por un obispo o un sacerdote con el permiso del obispo». Recuerda que el padre Mills no ejerce como exorcista desde hace mucho. Y me temo que carecerá de «permisos»... Es más: accedió a ayudarnos cuando le ofrecimos dinero. No me parece a mí un cura demasiado ortodoxo, la verdad.

—Sí, bueno. Pero dice solemne, y nosotros no necesitamos la solemnidad por ninguna parte. Si quiere exorcizar en chanclas, me va a parecer bien siempre y cuando le dé una patada en el culo a ese demonio del..., ¿diablo?

No puede evitar sonreír ante mi propio comentario. En cambio, Susan rio como si tuviera cinco años.

Una vez se hubo desternillado a gusto, habló mientras su gesto cambiaba a uno más adusto:

—Es curioso. Lo hemos visto en decenas de películas: el bien contra el mal, Lucifer contra Jesucristo, el poseído y el exorcista... Y resulta que no es ficción. No sé tú, pero yo me siento como en un sueño, como si fuera la protagonista de un film de terror.

—Sé muy bien a qué te refieres, Susan. Por eso te agradezco que no salieras corriendo cuando te conté lo ocurrido en la rectoría.

Suspiró y continuó indagando. La observé de soslayo sobre el asiento, asemejando estar casi recuperada del estrangulamiento.

Y entonces lo vi claro: un demonio me separaba de una vida mejor, de una vida a su lado.

LLORANDO POR FUERA

Tras el incidente en la tienda no tuvimos más remedio que ir directamente al tanatorio. *«Es mi madre y voy a llegar el último, joder —pensé mientras bajábamos del coche—. Aunque a ella no le hubiera importado. Sabe, sabía, que su hijo la amaba. «Los halagos hay que darlos en vida», solía decir. «Luego: el muerto al hoyo y el vivo al bollo»».*

Mis pensamientos no estaban en un entierro, sino en un convento, en un rosario maldito, en un peculiar exorcista.

Desde afuera, a través de la cristalera, vi a conocidos y a parientes.

No me apetecía hablar con nadie, pero me tocaría hacerlo con todos; filtrar pésames y condolencias como lo hice cuando feneció mi padre: mero trámite que deseaba finiquitar antes de empezarlo.

Previo a abrir la puerta, Susan me agarró del brazo. Lo hizo con temple, transmitiéndome su incondicional apoyo. Aquel gesto me dio las fuerzas necesarias para emprender el duro momento.

Entré. Las miradas viraron hacia mí. Sonreí compungido a los presentes. La sala estaba abarrotada.

«Supongo que es lo que sucede cuando uno es bueno en vida: que a tu muerte todos quieren despedirse de ti».

«Lo siento, Maylan», me dijo el primero que se acercó, mi primo Ryan. Y así, sucesivamente, fueron pasando uno a uno ante mis ojos y los de Susan, que asentía claramente desubicada.

—Tu hermana está dentro. —Escuché la voz de Michael a mi espalda. Me

di la vuelta. Sus ojos se mostraban enrojecidos.

Nos abrazamos. Tras el achuchón, miré a Susan.

—Vamos a verla.

Asintió.

Entré en la pequeña sala contigua donde reposaba el cadáver. Nada más hacerlo, al fondo y ante la cristalera tras la que permanecía el ataúd, la vi. Me detuve a unos metros mientras familiares, conocidos y amigos, runruneaban a mi alrededor. Pegada al vidrio, lloraba sin desviar la mirada de su progenitora, ausente de todo. De soslayo atendí cómo a Susan se le escapaba una lágrima. Las contemplé a las dos tan hermosas, tan frágiles, tan fuertes..., que me invadió un sentimiento de amor inmenso. Justo entonces me vio entre la gente. Los sollozos de mi hermana aumentaron hasta alcanzar un intenso llanto. Mi acompañante dejó de agarrarme el brazo, sabedora del inminente encuentro. Y allí, mirándola a los ojos, fui incapaz de llorar solo por dentro.

La abracé, apretándola con fuerza contra mi pecho.

Y con mi madre de testigo permanecimos así un largo instante.



Susan, Michael y Hellen hablaban sentados en un sofá. Yo, de pie, apoyado de costado en la pared, sorbiendo un humeante café, observaba el ataúd donde mi madre se pudriría bajo tierra. *«Es bonito. Hellen ha tenido buen gusto».*

«Pero dentro de la madera, en realidad, no hay nada. Somos energía; la carne y los huesos son un simple recubrimiento».

Con las manos sobre el pecho, vestida con un traje azul marino que nunca le había visto, sus restos descansaban a un escaso metro y medio de distancia. De no haberse interpuesto un cristal, podría haberla tocado sin desplazarme demasiado.

Pensativo, inmerso en tiempos remotos, en esa vida que compartimos juntos, vi cómo se abría su camisa. De súbito, los botones saltaron hasta caer al suelo, dejando el estómago de mi madre al descubierto. Atónito, eché un vistazo a la sala: en un tono bajo, los unos hablaban con los otros, ignorantes del extraño suceso. Susan, Michael y Hellen parecían haber congeniado.

En la piel de mi progenitora se dibujó una raya roja; línea iniciada en su esternón que rasgaba carne muerta. No pude desviar la mirada de aquel líquido oscuro que resbalaba por sus costillas y estómago. No fui capaz de mover un dedo. Su tronco acabó como un libro abierto. Pero en su interior no había nada: solo oscuridad; negrura que parecía engullirme.

Las luces se apagaron, quedando iluminado el ataúd, mi madre, el agujero... Fue entonces cuando apareció. Sentado sobre su pecho sujetaba un cuchillo de grandes dimensiones. Aun estando bajo una potente luz, sus ojos contrastaban, brillando como faros en la noche. Tenía el cuerpo recubierto de pelo castaño y erizado. Permanecía estático, mirándome. Pies de cabra y cola de gorrino; orejas grandes y puntiagudas que se alargaban más allá de su cónica cabeza; boca inmensa que ocupaba su mandíbula por completo; nariz de primate, aplastada y de orificios grandes.

Sonrió con sus dilatados labios y lamió el filo ensangrentado con una lengua de al menos treinta centímetros.

—¡Tu vida, Maylan! —gritó con una voz desgarradora; tanto, que agrietó el cristal—. ¡Ha muerto por tu culpa!

La taza se me escurrió, haciéndose pedazos contra el gres. Y sin darme tiempo a reaccionar saltó con la boca abierta, pretendiendo morder mi cara.

Me incorporé sobresaltado, jadeante.

—Maylan, tranquilo —susurró Susan agarrándome con cariño del hombro. Te has quedado traspuesto. Ni siquiera me he dado cuenta. Estaba hablando con tu hermana y...

Permanecía sentado en un sofá, con Susan, Hellen y Michael acompañándome. Tuve que esforzarme para recordar cómo había llegado allí. Me encontraba tan cansado...

—He tenido una pesadilla, solo es eso.

Justo en ese instante, un hombre trajeado se acercó a mi hermana. Ella ni siquiera se incorporó; él, inclinado, le habló al oído, quizá por estar tratando temas que, para algunos, podrían resultar «incómodos». Tras conversar durante un par de minutos, dirigió sus palabras a los que compartíamos asiento con ella:

—Es la hora.



—Ha sido un entierro precioso —dijo Susan ya en la carretera, camino de Filadelfia—. Es una pena que no haya podido conocerla en vida.

—Sí..., la verdad es que... —Mi móvil sonó, propiciando que dejara la frase a medias—. Cógelo tú, por favor, quizá sea el padre Mills.

Tras el sepelio insistí en conducir; necesitaba mantenerme ocupado con lo que fuera.

Descolgó.

—No, soy su novia. —contestó. Escuchar aquello me provocó un reconfortante escalofrío—. Ahora mismo está al volante. Sí, se lo digo. De acuerdo. Adiós.

—¿Quién era?

—El detective que investiga la muerte de tu madre. Por lo visto, han detenido al culpable. Quiere que le llames cuanto antes.

—Al fin una buena noticia. Entre comillas, claro. Pararé en la próxima estación de servicio. Así, de paso, aprovechamos y comemos algo.

Llené el depósito y aparqué cerca de la puerta del restaurante. Tras el inevitable paso por los servicios, nos sentamos en una mesa alejada de la

barra, tranquila. Yo pedí un plato combinado: pechuga, ensalada y patatas; ella, huevos con beicon.

Mi reloj de pulsera estaba a punto de marcar las siete y media. Mills nos citó a las nueve y nos quedaba media hora de camino hasta Filadelfia; íbamos bien de tiempo.

Mientras nos preparaban la cena, aproveché para devolverle la llamada a Scott Baker.

—Hola, Maylan —contestó de inmediato—. Supongo que tu chica te ha dado la noticia.

—Sí. Buen trabajo. Gracias por detener a ese mal nacido.

—Solo cumplo con mi obligación. —Hubo un largo silencio. Por un momento, pensé que se había cortado la conexión—. A ver cómo te lo explico... Resulta, que el detenido ha confesado el crimen, pero alega que le obligó a cometerlo un...

—¿Un qué?

No quise acabar su frase. De haber pronunciado la palabra «demonio», probablemente me hubiera cosido a preguntas que no quería contestar, además de considerarme un loco a la altura del asesino.

—Demonio —soltó al fin—. Nos ha contado que se metía en sus sueños, que lo martirizaba cada vez que conseguía dormirse, y que mató a tu madre para que lo dejara en paz. ¿Toda esta sinrazón te dice algo?

—Para nada. Está claro que es un chalado.

—Eso parece. Obviamente, el Demonio no va por ahí incitando al asesinato.

—Claro que no.

«Si hubieras visto lo que yo, cambiarías el discurso».

—Se llama Samuel Scott. Exconvicto. Una pieza, vamos.

—¿Y ahora qué?

—Un juicio. Pero estate tranquilo: tenemos su confesión firmada.

—Bien.

—Te aviso cuando haya novedades.

—Gracias de nuevo, detective.

Colgué. Susan me miró expectante.

—¿Y?

Suspiré. Padecí uno de los sentimientos más negativos que había sentido nunca, y que difícilmente volvería a sentir: culpabilidad en estado puro.

«*Lo siento, mamá. Lo siento mucho*».

—Que soy el culpable de la muerte de mi madre. ¿Crees que debería haber avisado a Hellen?

—Y qué podrías haberle dicho. No pueden escapar de ese demonio. La única solución es mandarlo de nuevo a las profundidades, y que esta vez sea para siempre. Y en eso estamos, ¿no? No te culpes, Maylan. Estás siendo muy valiente.

—Tú también. —De pronto, entré en la cuenta de algo que había olvidado por completo—. Mierda. No he avisado en el trabajo de que faltaré un par de días.

Inmediatamente marqué el número de Dalmacio.

—¿Qué pasa, Maylan?

Con voz enfermiza, contesté:

—Mañana no podré ir a trabajar. Estoy en cama. El médico dice que es un virus...

—Vaya. Pues me paso a hacerte una visita, hombre. ¿Tienes cervezas?

—No. Es contagioso. Con uno menos ya os va a resultar jodido; dos sería una tragedia. Y no queremos que le dé un ataque al corazón al jefe, ¿verdad?

—Mejor que no. De su bolsillo sale mi sueldo. —Rio—. En fin, que te mejores, tío. Ah, y por cierto, si quieres aviso al jefe para que esté al tanto.

—Sería un *detallazo* por tu parte.

—Cuenta con ello. Descansa y no tengas prisa en volver: me encargo de

todo.

—Te llamo cuando esté mejor.

—Sí, hablamos.

Colgué.

—Dios nos pille confesados —dije mirando a Susan—. Si no asolan la rectoría, me doy por satisfecho.

—Exagerado... —musitó sonriente—. Aunque muy bien con lo del «virus» contagioso; símil de lo más adecuado.



Susan intentaba consolarme. Cambió de tema de forma repentina, casi ridícula; habló de cine, libros, series..., pero yo no hacía más que pensar en lo explicado por el detective.

Me besó y sonrió muchas veces. Y se lo agradecí, aunque sus arrumacos no surtieran el efecto deseado. Si bien, y pese a que entonces no lo aprecié, de algún modo sí menguaron mi desánimo. Pero la mayor parte del trayecto transcurrió entre silencios y oscuridad; entre esa negrura que invadía nuestras almas.

De noche, Philadelphia se mostraba como cualquier otra ciudad: iluminada por una inmensa red eléctrica.

Seguimos las indicaciones del GPS hasta alcanzar Shawnee Street. Situada a las afueras, cada casa tenía su pequeña parcela y su porche. Las había grandes, con jardines amplios y piscina, y más modestas, con jardines que apenas se extendían unos metros más allá de las puertas. Pero fueran del tamaño que fueran, más viejas o menos, todas destilaban familiaridad.

Transitamos por la calle hasta que el navegador nos anunció que la

vivienda del padre Mills se encontraba a nuestra derecha. «Ha llegado a su destino», finalizó con voz robótica.

Las farolas esclarecían aceras, arcenes y árboles, que se alargaban a ambos costados de la vía. Pero la casa del padre Mills permanecía bajo una tenue penumbra; la farola que debía esclarecerla no funcionaba. Tampoco se veía luz al otro lado de las ventanas.

—¿Seguro que es aquí? —le pregunté a Susan mientras nos acercábamos.

—Según las indicaciones del padre Joseph, sí.

Apenas sesenta centímetros separaban la casa de las viviendas a sus costados; dos pasillos por los que un hombre andaría con dificultad. Le hacía de entrada un porche pintado de un amarillo claro, donde un estático balancín aparentaba no haber oscilado en mucho tiempo. Antes, encontramos un minúsculo jardín, cercado por una valla metálica de baja altura, anticuada; las altas hierbas que protegía le daban un aire de dejadez a todo el conjunto. Anduvimos hacia la penumbra que el porche intensificaba. Llamamos al timbre en silencio, expectantes.

«*Ding, dong*».

Llegábamos con veinte minutos de antelación.

Se escucharon pasos; un andar tranquilo, sosegado. El sonido de la cerradura precedió al padre Mills: un hombre de unos sesenta años, pelirrojo, con barba de una semana y unas ojeras hasta el suelo. Vestía una bata azul, camiseta interior, pantalón de chándal y zapatillas de ir por casa.

—¿Padre Mills?

Necesitaba confirmar que estaba ante el hombre correcto.

—El mismo.

—Susan.

Se dieron la mano. El cura se movía pesaroso, como si perviviera bajo una constante parsimonia.

—Y tú debes de ser Maylan, ¿no?, el «endemoniado». —Asentí, aunque en realidad no tenía a nadie-nada dentro—. Pasad. Prepararé café.

La luz brillaba por su ausencia tanto como en la entrada. Nos condujo por un pasillo hasta el comedor, donde nos invitó a sentarnos en un sofá de dos plazas. La decoración estaba pasada de moda, pero al contrario que el aspecto de su propietario, la vivienda se hallaba ordenada y limpia.

Acomodados en el sofá, habló de pie.

—Traéis el dinero, supongo.

«*Directo al grano*».

—Sí —dijo Susan, la portadora del sobre.

El cura extendió la mano.

Ella negó con la cabeza.

—De eso nada, monada. En mi pueblo, se paga tras el trabajo. Si quiere un adelanto, explíquenos al menos qué vamos a hacer, cómo va a deshacernos del demonio, sus credenciales, exorcismos previos..., denos algo que nos dé esperanza, por Dios. ¿Se ha visto? ¡Si parece que no ha dormido en semanas!

Tuve dos repentinas sensaciones: orgullo al ver cómo se desenvolvía no dejándose intimidar por aquel hombre desaliñado, y miedo. Si se negaba a ayudarnos, si nos echaba de allí, estábamos bien jodidos. Pero, obviamente, siempre es mejor dejar las cosas claras, aunque se corra un riesgo.

—¿Mis credenciales, dices? —Sonrió ampliamente—. Claro. Dadme un momento para que prepare el café. Y ante todo, no os dejéis engañar por mis apariencias. Vivo solo y no he de dar cuentas a nadie, así que no voy por casa vestido con traje y alzacuello, sino cómodo, y no: duermo de pena; la visita de dos jóvenes no va a cambiar mis hábitos. Si no os gusta mi aspecto ya sabéis dónde está la puerta. —No dijimos nada: un silencio que otorgó—. Bien. Tras degustar los cafés hablaremos de lo que soy, y, sobre todo, de lo que fui: lo que al fin y al cabo os ha llevado a estar ahí sentados.

PIEL NEGRA

Tras unos instantes a solas en los que debatimos la dudosa fiabilidad del exorcista, este regresó con tres tazas humeantes. Se sentó en una butaca al otro lado de la mesa de centro situada ante el sofá, depositando en ella las bebidas. La suya se apreciaba más clara. *«Le ha echado whisky, seguro»*. Tras la sospecha recordé las palabras del padre Joseph: *«Haga lo que haga, insistidle, y no olvidéis que en su día fue uno de los mejores exorcistas del mundo»*.

—¿Qué queréis saber? —dijo tras sorber el «aderezado» café.

—¿Por qué nos mandó aquí el padre Joseph? —cuestionó Susan, que parecía haber tomado las riendas del «interrogatorio».

—Básicamente, porque es un idealista y un entrometido. Además, sabe que soy el único idiota que practicaría un exorcismo sin el consentimiento del Vaticano. También cree que le debo algo, pues en su día intercedió a mi favor cuando el Papa quiso excomulgarme. Hubo un tiempo en el que fuimos buenos amigos...

—¿Y por qué dejaron de serlo? —pregunté adelantándome al ímpetu de Susan, que ya se disponía a hablar de nuevo.

—Él no entendió lo que yo hice.

—¿Y qué hizo?

—Ir en contra de la Iglesia. Pero no os equivoquéis: Dios es mi guía aunque yo no sea el mejor de sus apóstoles. Es la institución la que no actuó como esperaba de ella, negándole el exorcismo a un niño que estaba siendo

atacado por fuerzas malignas.

»Mis ojos se abrieron tras la muerte del joven Alan. Les mostré pruebas fehacientes de su posesión demoníaca, pero las altas esferas le declinaron el ritual de exorcismo. Yo, ingenuo, obedecí, creyendo ciegamente en su buen criterio; una semana más tarde el niño murió desangrado por el esfínter. Nadie encontró una explicación lógica a aquella desgracia, ni siquiera el médico forense.

»Meses más tarde, su madre acudió a mi iglesia. Entre lágrimas me dijo: «Usted pudo salvarle. Pues es a Él a quien debe escuchar y no a unos simples hombres que han olvidado la palabra de Dios». Fue entonces cuando empecé a ejercer a espaldas del Vaticano, pero a la cara del Señor. Y Él no me abandonó en ningún momento. Practiqué más de cien exorcismos «clandestinos» a su lado hasta que la Iglesia se enteró de mi proceder; pues ella se percata de todo tarde o temprano.

—Así que, por lo visto —musitó Susan—, es usted un buen hombre venido a menos.

—¿Buen hombre? Quizá lo fui algún día, joven. Pero llevo demasiado tiempo sin ser quien quisiera.

Sus ojos exteriorizaban un gran pesar.

«Quiso ayudar sin el beneplácito de la Iglesia, y esta, tras enterarse, lo apartó de sus funciones. Ahora, quizá interprete nuestro «encargo» como una oportunidad de redimirse de la muerte del joven Alan».

—¿Y de qué vive, padre? Si puede saberse...

—Sigo siendo cura. Ayudo aquí y allá. Doy misa donde se me indica, principalmente, sustituyendo a párrocos enfermos. En su momento se me ofreció una vida tranquila a cambio de silencio. No somos demasiados los exorcistas designados por el Vaticano; aquí en Estados Unidos podríais contarlos con los dedos de las manos. Sé demasiado, ¿entendéis? Y no puedo contaros más.

«La de cosas que habrá visto este hombre...».

—Ahora —prosiguió más enérgico— necesito que me expliques los

detalles de esa extraña posesión.

Por... ¿tercera vez en dos días? —había perdido ya la cuenta—, le conté lo ocurrido en el sótano de la rectoría y los sucesos posteriores, además de la charla con el padre Joseph.

Asintió mientras escuchaba. En algunos momentos lanzó palabras al aire como «normal», «sí, así actúan», o, «curioso», acompañadas de medias sonrisas o ceños fruncidos. Incluso parecía estar echando la vista atrás en algún momento, retrocediendo a los tiempos en los que fue exorcista.

—Es curioso —dijo tras escuchar mi relato—: cuando uno cree haberlo visto todo, llegas tú y me hablas de un demonio que salta de sueño en sueño, de cuerpo en cuerpo, con la intención de provocar una muerte, que, por lo que he escuchado, anhela que sea por suicidio. Aunque esto último no es extraño, sino que lo busque a través de otros. Para Satán, la privación voluntaria de la vida representa un triunfo absoluto, alcanzar el máximo pecado; la Iglesia, como ya sabréis, rechaza dicha «práctica» fervientemente.

»Todo lo dicho se podría resumir en un frase: no me pides que exorcice a alguien en concreto, sino que atrape a un escurridizo siervo de satán. ¿Y sabéis? —preguntó retórico, asemejando perderse en un mar de recuerdos—. Satanás está en todas partes. Lees tumbado en la cama y él lee contigo. Se fija en todos y a todos coacciona. La inquisición y su caza de brujas o la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto, son dos buenos ejemplos de maldades perpetradas desde el infierno.

»Por otra parte, nunca entendí su forma de elegir. Selecciona a los más débiles y propensos, pero no sigue un patrón. Aparece y desaparece cuando se le antoja. Aunque por todos es sabido que su mayor logro es hacernos creer que no existe, propiciando así sus ataques sombríos. Suponemos estar a salvo en la soledad, apartados del pecado, pero nunca estamos solos. —Se mantuvo absorto en la taza que a punto estaba de llevarse a la boca—. No conocí al padre Anthony, pero he oído hablar mucho de él. Una eminencia en su campo, sin duda.

»Y ahora, me pedís que repita su hazaña.

—Sí —contestamos al unísono.

—Dadme ese sobre y os prometo que lo intentaré. Y tened algo presente: no lo hago por dinero; mi pago será donado íntegramente a un reformatorio al que suelo acudir, donde encauzan a los jóvenes a base de cariño y disciplina. A muchos, desde la niñez, se les orienta a delinquir, y allí les redirigen, les muestran que hay otros caminos.

—Dale el sobre —le pedí a Susan.

«Está cansado de luchar contra el sistema, pero no veo un ápice de maldad en él».

No se opuso. Al contrario: se lo entregó con una sonrisa.

—Mañana, a las ocho, partiremos hacia el convento. Os advierto de que es de clausura; puede que no os dejen entrar. Supongo que a mí no me negarán una visita de «cortesía».

»Tenéis la localización del convento, supongo. Sinceramente, no conocía de la existencia de ninguno por aquí cerca.

Me eché la mano al bolsillo.

—Tenemos esto.

Le entregué el mapa.

—¿Esa es la ubicación, una cruz en una zona boscosa? Empiezo a arrepentirme de haber aceptado vuestro dinero.



Nos despedimos. Circulé hasta un hotel cercano que Susan había localizado por internet. Al llegar nos indicaron que les quedaba únicamente una habitación con cama de matrimonio. «Perfecto», le dijo a la recepcionista.

«El Universo me lo está poniendo a huevo».

Me sentía sin fuerzas, triste y compungido, pero al mismo tiempo veía luz al final del túnel; hecho que conseguía mantenerme esperanzado. Deseaba con todas mis fuerzas que lo mío con Susan siguiera adelante. Necesitaba aferrarme al positivismo, no lamentarme por lo que ya no tenía remedio.

La habitación era espaciosa. De paredes blancas y mobiliario oscuro, combinaba el color rojo de colchas, cojines y cortinas, con la escasa aunque elegante decoración.

—Necesito una ducha —dijo Susan nada más entrar.

—Y yo. Pasa tú primero y luego me meto yo.

Y así lo hizo: dejó el bolso sobre la cama y se metió en el cuarto de baño.

Esperé hasta escuchar el agua.

Me acerqué a la puerta. No estaba echado el cerrojo.

La empujé con sigilo.

Tras la mampara escuché su voz.

—¿Qué haces? —dijo en un tono cálido, sin mostrar un excesivo sobresalto.

—Pues lo que te he dicho: «Luego me meto yo».

—Ah...

Podía ver su silueta, sus curvas tras el cristal opaco.

Me desnudé mientras ella seguía duchándose, despacio, deslizando sus manos sobre esa piel que no podía otear con nitidez, pero que imaginaba al detalle; y, obviamente, ella lo sabía.

Corrí la mampara y entré, quedándonos el uno ante el otro, desnudos, sonrientes. La contemplé de arriba abajo: su pelo mojado; sus brillantes y carnosos labios, ojos transparentes; sus pechos jóvenes y tersos, con sus dos pezones erectos; su piel lisa y sonrosada; el vello sobre su monte de Venus... Aquel vistazo me provocó una erección.

—Vaya... —musitó mirando hacia abajo.

Alcé las cejas y la besé mientras el agua empapaba nuestros cuerpos. La empujé contra la pared con sumo cuidado. La penetré. Acabamos sobre el plato de ducha.



«¡Pi, piii...!».

—Vas a despertar a todo el vecindario, mujer —dijo bromista cuando dejó de tocar el claxon.

—A quien madruga, Dios le ayuda, ¿no?

—No sé yo... Llevo mucho haciéndolo y mírame: esperando a alguien que ha de librarnos de un demonio.

—Puede que a partir de ahora sea cuando te ayude...

Terminada su frase, se me fue la vista a la puerta; bajo el porche, Mills cerraba con llave.

«Esta vez sí va vestido para la ocasión».

Le faltaba el sombrero para ser un clon del padre Damien Karras. Portaba un largo abrigo negro, con pantalón, camisa y maletín a juego; solo el alzacuello aportaba claridad a su estampa.

—Buenos días —dijo mientras se acomodaba en la parte trasera del Mustang.

Ambos le devolvimos el saludo.

—He conseguido trazar una ruta aproximada en el GPS —le explicó Susan—. No va a llevarnos hasta el convento, pero nos dejará cerca.

—Excelente.

Susan arrancó e inició nuestro camino siguiendo las indicaciones del navegador.

Durante el trayecto no recuerdo haber escuchado una sola palabra del padre Mills. Nosotros, retraídos ante su presencia, tampoco hablamos demasiado. Susan conducía y yo pensaba, dándole vueltas a todo; él miraba taciturno a través de las ventanillas.

Tras circular durante media hora por carreteras nacionales, empezamos a hacerlo por secundarias, donde aparecieron los bosques y los caminos de tierra; los árboles podían tocarse sacando la mano por la ventana.

Un frenazo me hizo mirar al frente.

—¡Joder, qué susto! —vociferó Susan.

A lo lejos, un caballo cruzaba la angosta vía. Un corcel brillante, alto y negro.

—Ha debido escaparse de alguna granja —musitó Mills.

El animal anduvo con la mirada al frente, sin fijarse demasiado en nosotros. Cuando estaba a punto de perderse en la arboleda, se detuvo. Solo podíamos ver su cola bruna y sus cuartos traseros. Se quedó ahí, parado, sin mover un músculo. Al fondo, el sol se distanciaba del horizonte. Los pinos casi tapaban el cielo, pero pude apreciar nubes grises junto al astro rey. Entonces, ante nuestra estupefacción, retrocedió como un caballo de juguete en manos de un niño, sin doblar el lomo. Las patas parecían desplazársele como en una filmación antigua; espasmo a espasmo, golpe a golpe, hasta detenerse en el centro del camino.

—¡Retrocede! —gritó Mills.

La estrechez del camino no daba opciones.

Susan rascó la marcha. Nerviosa, no atinaba a seguir las instrucciones del padre. Yo no podía dejar de mirar al caballo, que, ya de frente, acechaba con unos ojos negros como las tinieblas. Golpeó los cascos contra la tierra, nervioso, levantando una pequeña polvareda. La crin sobre su cuello ondulaba como un fuego lóbrego, como las mismísimas llamas del infierno. Arrancó. Se lanzó contra nosotros cuando Susan ya aceleraba marcha atrás. Pero el animal fue más rápido que la máquina. «*La quiere a ella* —pensé en una fracción de

segundo». No tuve tiempo de sopesar la situación. Giré el volante cuando el corcel saltaba, cuando sus patas se aproximaban a la luna del coche, a ella.

Golpeó el cristal, quedándose encajado entre nuestros cuerpos. El padre apretó el suyo contra los asientos. Con la cabeza del animal adentro, el coche aún avanzó unos metros hasta chocar contra un pino, quedándose ligeramente vencido hacia atrás.

Relinchaba, agitándose malherido con la testa y parte del pecho dentro del vehículo; el resto se retorció sobre el capó.

Susan gritaba mientras las babas del caballo nos mojaban y su voz me helaba la sangre.

Nos golpeó en varias ocasiones.

Eché mano a la manija de la puerta.

«¡Joder!», grité entre el descontrol.

No pude abrir: un tronco la bloqueaba. El vehículo tenía las ruedas traseras en la cuneta.

Al volverme, vi cómo Mills y Susan me miraban desde el camino; ella gritaba como una histérica. Estaba solo, bloqueado por pinos y una cabeza de caballo.

El padre intentó acercarse al animal, tirar de sus patas, pero sus violentas coces resultaban mortales de necesidad.

Contra la puerta, presencié cómo el animal conseguía liberarse poco a poco, cayendo finalmente sobre el camino.

Salí por la puerta del conductor, resoplando, al borde de un ataque de nervios. Susan se lanzó a mis brazos.

—¿Estás bien?

—Sí, tranquila. —Miré a Mills, que no dejaba de observar al animal—. ¿Y usted, padre?

—Sí, bien. Pero este animal está padeciendo lo indecible.

Ahora el caballo permanecía calmado, respirando profundo sobre la tierra. Las fuerzas le abandonaban tras el intenso esfuerzo. El Mustang echaba

humo por su abollado capó.

«Ambos están para el arrastre —pensé mientras contemplaba al caballo echado y escuchaba su aletargada respiración. Por el costado, rasgando su piel, le asomaba una costilla. Sangraba, aunque no de forma abundante—. El primero no creo que arranque; el segundo no sobrevivirá».

El padre se acercó al animal, acuclillándose a su lado. Le acarició la nuca. Su piel, sudada, brillaba como una escultura de porcelana negra.

—No te vamos a abandonar, precioso —le susurró—. No es culpa tuya.

Mills se alzó afligido.

—Hemos de hacer algo.

—Llamemos a alguien —dijo Susan temblorosa, con el rostro pálido.

—Demasiado lío para alcanzar el mismo fin —dije antes de que el cura contestara—. Además: ¿alguien va a creerse que el animal nos envistió?

Asintió poco convencida.

—¿Y qué hacemos? —pregunté mirando al padre Mills.

—Busca una piedra; la más grande que podamos levantar entre los tres.

AULLIDOS Y SOLUCIONES

No dejaba de rememorar los ojos del caballo: justo antes de recibir el impacto mortal, sus pupilas se tornaron rojas. Todos lo vimos.

—No quiere que dudemos —explicó Mills—. Desea que sepamos quién ha lanzado al pobre animal.

—No sabía que pudieran poseer animales.

—¿Ah, no? ¿Creías que podían meterse en un rosario y no en un caballo? Me sentí como un idiota.

Susan intentó llamar a una grúa, pero le fue imposible; estábamos en una zona montañosa y, por desgracia, ninguno teníamos cobertura.

Si el GPS no mentía —aun sin conexión—, nos encontrábamos cerca del convento, a unos dos kilómetros. Siguiendo el estrecho y terroso camino —en teoría— llegaríamos a nuestro destino.

—El convento ha de tener algún acceso, ¿no? —preguntó Susan al iniciar la marcha. A su espalda —a la de todos—, el caballo yacía muerto a un lado del camino. Nos costó horrores arrastrarlo, dejar «limpia» la vía.

—Ha de tenerlo, sí —dije destemplado por el desagradable y reciente mal trago—. El padre Anthony llegó en coche, así que, presuntamente, solo nos queda andar un rato.

—Pues andemos —alentó Mills con voz decidida, sujetando con vigor su maletín—. Desde el convento, una vez sepamos cómo lo hizo, pediremos un

taxi y una grúa. Estamos en una zona boscosa, pero no demasiado lejos de varios pueblos de montaña. Ayer, antes de acostarme, le eché un vistazo al terreno con el Google Maps. —Se quedó un instante pensativo—. Es curioso que no encontrara rastro del convento... Pero tendrán teléfono, seguro. Son monjas de clausura, no cavernícolas.

—No todo es visible en el Google Maps —explicó Susan a mi lado, andando como todos a paso ligero—. Menos, si hay árboles tan altos como aquí.

Mills asintió.

Anduvimos un largo trecho. A cada paso el cielo se volvía más oscuro. Las nubes que a primera hora del día se mostraban de un gris claro, ahora se acumulaban negras sobre nuestras cabezas.

Caminábamos por el centro del camino. No vimos una sola alma a la que preguntarle por la ubicación del convento. A nuestros costados, árboles, hierba, musgo, setas..., y animales que no se dejaban ver.

Escuché un aullido lejano.

—Creo que es la primera vez que oigo a un lobo —dije un segundo antes de que empezara a chispear.

—Lo que faltaba —se lamentó Susan mirando al cielo.

—Aceleremos —azuzó Mills—. El convento no puede estar lejos. Si se ubica sobre una colina, debería verse desde el camino.

La lluvia fue a más, hasta volverse una tromba. Además, el agua descendía fría. A mí no me molestaba mojarme; siempre me gustó andar bajo la lluvia. Pero aquel gélido líquido calaba hasta los huesos. El padre y Susan, que se agarraba a mi brazo, no parecían estar tampoco a gusto.

Bajo el aguacero percibí otro aullido, esta vez mucho más cercano.

Susan susurró algo que me perturbó:

—¿Y si envía a los lobos?

Aceleramos hasta alcanzar un ritmo semejante al de la marcha atlética.

Otro aullido.

Dos, casi al unísono.

Tres, separados por apenas medio segundo.

Una aterradora y *ululante* sinfonía que dispensaba desasosiego a raudales.

«*Mierda*».

Nadie dijo una palabra. No fue necesario. Los sonidos hablaban por sí solos.

Los lobos aullaban alrededor, por todas partes. Sus alaridos parecían provenir incluso del cielo, de los nubarrones que regaban nuestros cuerpos.

Empezamos a correr. Seguimos el camino con la esperanza de encontrar refugio, fuese cual fuese. Susan avanzaba en silencio, empapada de los pies a la cabeza. Yo intentaba centrar la vista al frente, buscar un lugar donde cobijarnos de la lluvia y del acoso de los cánidos, pero el agua enturbiaba mi visión. Empecé a sentir el cuerpo extremadamente entumecido.

«*Va a pillar una pulmonía, joder* —cavilé mientras observaba a Susan muerta de frío».

Pero no podía hacer nada. Nuestra única opción era avanzar y rezar; esto último lo dejé en manos del padre Mills.

Me sentí impotente. Árboles a izquierda y a derecha; tierra adelante y atrás. Y dentro del bosque, un peligro latente.

Un grito del padre, que se mezcló con los aullidos cada vez más audibles, me hizo agudizar los sentidos.

—¡Allí, mirad, justo enfrente! —Vi una luz tras la arboleda—. ¡Ha de ser el convento!

Agarré a Susan de la mano y aligeré la marcha. Empezaba a sentir flato.

—Vamos —le dije sonriente, pretendiendo subirle los ánimos. Llevaba tiempo callada, lúgubre. Aunque a decir verdad, la situación no llevaba al optimismo—. Queda poco. Mira, ahí delante: el convento. —Señalé la lejana luz que se filtraba entre los árboles.

Corrimos hacia un destino al fin visible.



«Si no es el convento, nos cobijamos de la lluvia y proseguimos cuando cese. Y lo más importante: los residentes podrán decirnos dónde está el lugar que buscamos».

Entre pensamientos e incesantes aullidos, con el agua golpeándome la cara, vi por primera vez a los lobos. Aunque en realidad, solo observé sus ojos zigzagueando entre los troncos; puntos rojos que observaban desde la espesura.

Perdí de vista la claridad que, como un faro, me hacía de guía.

Los círculos del color de las amapolas no dejaban de acecharnos por los flancos. Susan apretaba los dientes mientras Mills agarraba con fuerza su empapado maletín, corría con todas sus fuerzas.

Vi un claro y un camino que se adentraba por la derecha.

—¡Por ahí! —gritó el cura.

Viramos tan rápido como nos permitieron las piernas. Y entonces, al fin lo vimos. Al fondo de un descampado, encastrado entre el bosque, detecté una cruz en lo alto de la edificación: signo inequívoco de que seguíamos la dirección correcta.

Al llegar a la puerta, un aullido ensordecedor nos inquietó por la espalda. Nadie se giró. Nuestras miradas se fijaron en la entrada, en la salvación. Golpeamos la madera como lo que éramos: un trío asustado, acosado por lobos, por un demonio. Susan empezó a llorar. Otro alarido feroz consiguió hacerme girar; distinguí, bajo la intensa lluvia, a una manada de lobos negros. Quietos, a escasos treinta metros, acechaban con sus pupilas llameantes.

Gruñían y enseñaban los dientes. Y poco a poco, paso a paso, avanzaba con los colmillos por fuera de la boca.

La mirilla se abrió cuando ya estaban cerca. Al otro lado asomó el rostro de una monja; reflejaba desconcierto.

—¡Soy el padre Mills! ¡Abra, por favor!

Los alaridos aumentaron en tono y cadencia.

Atacaron. En formación, se abalanzaron sin clemencia.

Les di la espalda y cerré los ojos. Susan seguía aporreando desesperada la madera. «¡Ábrannos, por Dios!», gritó entre lágrimas.

«*Es el fin* —pensé mientras escuchaba cómo se abría la puerta».

Alguien tiró de mí. A punto estuve de dar de bruces contra el suelo.

Abrí los ojos.

Estábamos a salvo.

Afuera, los aullidos y la lluvia cesaron.

Dentro imperó el silencio, truncado únicamente por los sollozos de Susan, por mi acelerada respiración y la del padre Mills.



—¡Por el amor de Dios!, ¿qué hacíais andando bajo la lluvia!?

Vestida con el acostumbrado hábito religioso, de impoluto blanco y negro, la monja no daba crédito a lo que veían sus ojos. Como vomitados por el bosque, tres desconocidos acababan de meterse de forma inesperada en su casa de religiosas. Y siendo monjas de clausura, no debían estar acostumbradas a semejantes intromisiones.

—Padre Mills —se presentó el cura. Susan y yo hicimos lo mismo—. Veníamos a ver a sor María, la que fue madre superiora en los años setenta. Tengo entendido que aún vive y queríamos hablar con ella. Es un asunto de vida o muerte. Veníamos en coche, pero se ha averiado. Y como estábamos

cerca, hemos decidido continuar a pie. Luego ha empezado esta maldita tromba y aquí estamos, empapados de los pies a la cabeza.

—No solemos abrir a desconocidos —dijo más tranquila—. En realidad, no abrimos a nadie que no haya solicitado una cita previa. De no haber visto su alzacuello, probablemente aún seguirían bajo la lluvia. —Parecía molesta. Hablaba mirando al suelo. En ningún momento nos miró a la cara—. Hablaré con sor María. Pero han de saber que está muy débil. Hace mucho que no sale de la cama. No puedo prometerles nada.

—Gracias —musitó Mills.

—Les traeré toallas.

La monja se metió por una de las puertas de la derecha.

Abracé y besé a Susan.

—¿Estás bien?

—Ahora sí —dijo mostrando una tímida sonrisa.

—No deberías estar aquí, ¿sabes?

En el fondo, me hablaba a mí mismo.

—Estoy donde he de estar.

Aguardamos en un amplio recibidor de al menos cuarenta metros cuadrados. A nuestra derecha —supuestamente— dos puertas llevaban a las entrañas de la planta baja; a la izquierda, una escalera conducía a la planta superior; a nuestras cabezas, una araña iluminaba la sala; bajo nuestros pies, un suelo de piedra, muy antiguo, asemejaba los caparazones de muchas tortugas; alrededor, paredes pintadas de blanco, desconchadas en muchos puntos, donde colgaban cuadros sobre el evangelio. La humedad se palpaba. Apagados, también adornaban la entrada varios candeleros.

El cura habló:

—Si está aquí, nos atenderá como que me llamo Derek Mills.

«*Al fin conozco tu nombre*».

La monja nos trajo las toallas y se retiró de nuevo, esta vez para anunciarle de una vez por todas nuestra llegada a sor María. Nos secamos lo que pudimos, aunque nuestras ropas solo lo harían del todo con el paso del tiempo. Al poco, desde arriba, la monja de la que ni siquiera conocíamos el nombre nos indicó que subiéramos. «Ha accedido a verles. Pueden subir», dijo en voz alta.

Ascendimos.

En las escaleras nos cruzamos con dos religiosas. Al pasar por nuestro lado agacharon la cabeza y ladearon el cuerpo, separándose tanto como pudieron.

«No están acostumbradas a ver a hombres por aquí... Es curioso que alguien pueda disfrutar de esto; encerradas, aisladas de la vida civil... Aunque pensándolo mejor, el exterior no puede garantizarles una existencia mejor; más bien lo contrario. Si ellas son felices así, nadie debería objetar. Aquí dentro no hacen daño a nadie».

Nos guio hasta una puerta cerrada. Antes de abrir, susurró:

—Tiene cataratas. Apenas ve. Y su salud mental... En fin, que no la alteren demasiado. En su mesita de noche verán una campana, tóquenla si me necesitan. Yo debo seguir con mis quehaceres.

El padre Mills echó mano al picaporte y entró sin mediar palabra, como si la habitación le llamase.

Susan me cogió de la mano.

La apretó con fuerza al ver a sor María. Sobre una cama de hierro, tapada con una manta beige hasta el pecho, portaba un camisón azul celeste. Incluyó la cabeza al escuchar el sonido de la puerta abriéndose.

Dudo que aquellas níveas pupilas pudieran ver nada. Su pelo era incluso más claro que sus ojos, y su rostro reflejaba en cada arruga el paso del tiempo.

Mills arrimó una silla al lecho y la cogió de las manos con ternura, supuse que para no asustarla. La mujer no se inmutó, más bien parecía estar complacida. Nosotros permanecemos expectantes al pie de la cama.

—Hola, sor María, soy el padre Mills.

—Oh..., padre —susurró mirando en todo momento al frente. Parecía estar observándonos; algo del todo imposible—. Les he estado esperando. Lo primero que hizo fue hacérmelo saber: «He vuelto, monja», dijo sobre mi pecho. «Pero he de marcharme. Volveré cuando él haya muerto».

El padre volvió la vista hacia nosotros; la estupefacción recorría cada centímetro de su fisonomía. También de la nuestra.

—Sor María —le dijo suavemente, como quien habla con un niño—, hemos venido a pedirle ayuda. Necesitamos saber cómo el padre Anthony atrapó al demonio cuando usted era la madre superiora.

—De eso hace mucho. —Costaba entenderla. Su avanzada edad le procuraba una voz gangosa, entrecortada—. A veces creo que todo fue una pesadilla.

»Empezó una noche cualquiera.

Cuatro décadas antes

Un grito la despertó en plena noche.

Frunció el ceño semidormida.

«*Alguna hermana habrá tenido una pesadilla* —pensó con los ojos entrecerrados».

Un segundo chillido se los abrió de golpe.

Sintió olor a quemado.

Encendió el candil que descansaba en su mesita. En camisón, anduvo hasta el pasillo. Miró a izquierda y a derecha.

Una puerta chirrió. Sor Lucrecia asomó la cabeza, viéndola. Justo entonces, se escuchó un tercer alarido.

—¿Qué ha sido eso, madre superiora?

La mayor parte de las monjas eran jóvenes, de menos de treinta años.

—Métete en tu cuarto. No pasa nada.

Lucrecia cerró la puerta.

El tercer grito le concedió una ubicación aproximada de su proveniencia: las habitaciones del fondo.

«*Hace un frío exagerado* —caviló mientras observaba el vaho salir de su boca».

Caminó hacia las postreras puertas del corredor. Tuvo que espantar a dos monjas más que, como Lucrecia, le preguntaron sobre los gritos. «No es nada, hermanas. Intentad dormir», les dijo tal cual avanzaba.

Se detuvo cuando las habitaciones de sor Teresa y sor Adriana quedaban a su izquierda y su derecha. Ante ella, una pared; alrededor, oscuridad; solo la llama que portaba en su mano iluminaba el pasillo.

Esperó.

—¡Ah...!

El sonido vino de su derecha.

Abrió la alcoba de sor Adriana.

La encontró retorciéndose sobre la cama. Su cuerpo se contorsionaba recreando formas imposibles. La cabeza le tocaba los talones, sus ojos estaban vueltos, su boca expulsaba babas... La monja, petrificada ante la visión, se mantuvo de pie ante el lecho sin saber cómo proceder. No movió un músculo. El miedo la atenazó.

Sor Adriana se detuvo un instante, quedándose tensa para gritar de nuevo con la mandíbula desencajada y, de inmediato, volver a girar sobre sí misma, convulsionar, contraerse y estirarse.

A María le costó mucho reaccionar. Cuando lo hizo, a su espalda se reunían gran parte de las monjas del convento. Desde el pasillo, apelotonadas ante la puerta, contemplaban atónitas la escena.

—¡Ayudadme! ¡No os quedéis ahí mirando!

La sujetaron entre cuatro.

No les fue fácil.

Para su suerte, Adriana se tranquilizó, quedándose dormida poco a poco.

Colocaron su cabeza sobre la almohada, limpiaron la baba que mojaba su mentón y le apartaron varios mechones del rostro. La arroparon.

—Creo que es epiléptica —dijo sor María mientras la observaba dulcemente dormida. Tendremos que llamar a un médico—. Y ahora, cada mochuelo a su olivo. Ya habéis tenido bastantes emociones por esta noche.

Justo antes de cerrar la puerta, María se detuvo. La alertó un siseo a su espalda. Se volvió cuando las demás se metían en sus alcobas. Vio a sor Adriana tumbada, con la cabeza echada hacia delante. Parecía estar mirándola. Con los ojos muy abiertos no movía un músculo. Entonces, gritó; un alarido que dolió en los oídos. Los ojos de la madre superiora se clavaron en la boca de la joven monja; cavidad que se abrió asemejando una cueva de estalactitas y estalagmitas blancas.

—¡Bájate de mi pecho!

Tras la voz, Adriana se despertó sudorosa y desorientada.

Actualidad

—Así empezó nuestro particular Vía Crucis —dijo sor María ante nuestra atenta mirada—. Durante noches, saltó de hermana en hermana, metiéndose en sus sueños, alentándolas a pecar. Se hizo pasar por ángeles; luces celestiales que empujaban al sacrificio como prueba de fe. Vi cosas espeluznantes: cómo se arrancaban el pelo y se lo comían; autolesiones espantosas; rostros desencajados y articulaciones flexionándose hasta romperse... Vi más que suficiente y pedí ayuda al Vaticano.

—Y enviaron al padre Anthony, ¿cierto? —preguntó Mills, que no soltaba las manos de la impedida.

—Primero nos llamó por teléfono. Por aquí cerca construyeron una base

militar, hecho que nos facilitó línea telefónica por aquel entonces; todo un lujo por estos lares. No la usábamos, pero la archidiócesis decidió que debíamos tenerla. Y durante el «problema» fue toda una bendición.

—¿Le dijo entonces qué debían hacer? —pregunté al advertir cercana la respuesta que buscábamos.

—Sí. Escuchó lo ocurrido y me dio ciertas indicaciones. No eran demasiado complicadas...

Se quedó en silencio. Frunció el ceño como si el paso del tiempo hubiera difuminado esas sencillas directrices.

—¿Cuáles? —preguntó Susan.

—El demonio se movía de cuerpo en cuerpo —dijo al fin—, así que el padre urdió un plan para contenerlo. Me mandó buscar una sábana consistente, la cual debía impregnar con una solución compuesta de agua bendita y aceite exorcizado. Me dijo: «Cuando una monja lo lleve dentro cúbrala con la tela, no sin antes desnudarla por completo. No pueden quedar fisuras. Ha de envolverla totalmente. Luego, deben amarrarla a una cama con cuerdas resistentes. Las ataduras por encima de la sábana, ¿entiende? Ha de estar siempre contenida. Cuando hagan esto, llámenme».

Mills fruncía el ceño y asentía mientras escuchaba las palabras de la anciana. Teníamos un cómo: envolver a quien me atacara con una «sábana» preparada para la ocasión. Luego, el padre Mills se encargaría, una vez contenido el demonio dentro del «recipiente», de hacerlo desaparecer. Sencillo en apariencia, pero que en la práctica no lo sería tanto. No podía «atrapar» a una persona en plena calle como si fuera un gato, amarrarlo y meterlo en el maletero de mi coche, llevarlo a casa y exorcizarlo. Se le llama secuestro, y no está bien visto por la ley. En cambio, podría haber envuelto al imbécil que entró en mi piso. Es más: lo tuve inmovilizado en una silla.

«Por lo visto, la «suerte» tendrá un factor determinante en nuestro futuro plan».

—Y consiguió contenerlo dentro de una hermana, ¿no? —le susurró el cura, meloso.

Sor María besó el crucifijo que colgaba de su cuello.

—Así fue. Tras las indicaciones del padre Anthony, sábana en mano, empecé a montar guardia por las noches. Durante una de ellas encontré a sor Patricia deambulando por un pasillo. Iluminándome con un candelabro, la seguí. Debía cerciorarme de que no estaba andando en sueños, que no era una simple sonámbula; algunas hermanas lo eran. Subió a la buhardilla y abrió una de sus ventanas. La golpeé con el candelabro cuando se disponía a saltar. Justo antes, escuché una voz: «Salta. Los ángeles te cogerán al vuelo y te llevarán con el Señor». Fue un acto reflejo. Una vez la tuve sin sentido, procedí a desnudarla y a cubrirla con la tela. Salí corriendo a avisar a otras hermanas y, entre todas, la llevamos a su habitación, atándola al cabecero y al pie de la cama. Tuve que pedir ayuda a un par de monjas, de las más veteranas, para sosegar los ánimos. Lo hicimos como pudimos; el convento se había convertido en un hervidero de religiosas asustadas. A esas alturas todas sabían lo que sor Patricia llevaba dentro. Minutos después empezaron a explotar algunas bombillas, a moverse objetos, a escucharse voces... En cambio, ella no se movió. «Él» no se presenció hasta escuchar la voz del padre Anthony, como si hubiera estado esperándolo.

—Pero... ¿Cómo pudo el exorcista meter al demonio en un rosario? De haber abierto el envoltorio, o sea, la sábana, el mal habría huido, y más viéndose apresado.

—El padre luchó contra el maligno sin descanso —prosiguió la antigua madre superiora—. Le pidió su nombre tantas veces, que por las noches aún me retumba su voz en la cabeza: «¿Cómo te llamas, esbirro de Satanás!? ¡Dímelo! ¡Dímelo! ¡Di tu nombre!».

»El demonio le retaba y el exorcista recitaba el Ritual Romano. Oraciones largas que el cura leía de principio a fin, en alto y con determinación. Cada palabra le debilitaba y enfurecía, pero el mal se negaba a decir su nombre.

»Una noche no fue suficiente. El padre descansó lo justo y reemprendió el exorcismo al alba. Le avisé: «No podrá soportarlo. Padece un esfuerzo extremo. Lleva más de un día sin beber...», dije entre lágrimas. Pero decidí proseguir. «Si le dejamos salir ahora, nunca os dejará en paz y quizá no

volvamos a tener otra oportunidad».

»Sor Patricia murió a las tres en punto de la mañana. Nunca olvidaré al padre Anthony a los pies de la cama, mirándola a través de la sábana, contemplando esas curvas sin vida.

»Se acercó al cuerpo. «Lleva algo en la mano», dijo de pronto. Me coloqué a su lado. Arrimé una de las velas del suelo y vi un rosario entre sus dedos; objeto al que no atendí mientras la desnudaba. El exorcista la agarró con fuerza de la muñeca y liberó su cuerpo de la sábana. Solo su mano quedó forrada por la tela. Con sumo cuidado, la deslizó por la palma de su mano hasta envolver el objeto. Luego cortó el tejido, transformando aquella sábana en una pequeña bolsa; recipiente ocupado por un rosario endemoniado.

—Entiendo... Un organismo sin alma es un lugar *non grato* para un demonio. Además, el ente estaba debilitado, exhausto... Cuando no pudo usarla como fuente de nutrición energética, huyó al primer lugar que encontró. Quizá la energía psíquica residual de su antigua propietaria lo arrastró hacia el rosario. No tuvo elección: un cuerpo muerto o un objeto religioso. De todas formas, la única diferencia hubiera sido la cárcel: un rosario en una bolsa o un cuerpo en un ataúd. La clave es la sábana.

«Lo que encontré en el sótano no fue una bolsa —pensé consternado—, sino la sábana con la que «forraron» a la pobre sor Patricia, lo último que rozó su piel antes de que un demonio le arrebatara la vida».

Mills se alzó, agradeciéndole a la monja sus explicaciones.

—Muchas gracias, sor María —le dije bajo el marco de la puerta—. Nos ha sido de mucha ayuda.

Justo entonces empezó a sonar la campana que se encontraba sobre la mesita. Al principio fue un «ting» aislado, que atribuimos a un roce del padre Mills con el mueble al levantarse. Pero luego se intensificaron, hasta acabar sonando como un largo y unísono «ting».

La vieja besó de nuevo su crucifijo.

—¡Marchaos! ¡Ya viene! ¡Me lo prometió hace cuarenta años! «¡Si escapo de esta sábana, iré a por ti!».

¡Marchaos! ¡Tú te has interpuesto en su

camino! —Me señaló con el dedo índice—. ¡Por ello no ha acudido antes! ¡Se acerca! ¡Largo!

La madre superiora apareció entretanto su predecesora no dejaba de gritar entre el incesante tintineo.

RITUALES

Antes de abandonar el convento nos permitieron hacer dos llamadas: a un taxi —que nos saldría por un ojo de la cara—, y a una grúa, que, por suerte, saldría «gratis» gracias al seguro de Susan. Obviamente, previo a salir por la puerta también comprobé que afuera no nos esperaran lobos o cualquier otro animal endemoniado. Por suerte, estaba despejado.

El trayecto transcurrió en silencio. Ni siquiera el taxista abrió la boca una sola vez. Puede que nuestros rostros compungidos no le animaran a hacerlo. Lo pasé cogiendo las manos de Susan, acariciándolas sobre mis muslos, jugando con sus dedos, absorto en pensamientos. Ella sonreía; yo le devolvía el gesto. Tenía tantas ganas de que acabara aquel calvario...

Nadie comentó nada, pero los tres llegamos a la misma conclusión: el padre Anthony no consiguió exorcizar a sor Patricia; su intento acabó con la vida de esta, y, solo entonces, pudo «bloquear» al mal.

Confiaba en las dotes del padre Mills, pero no podía olvidar sus propias palabras: «No conocí al padre Anthony, pero he oído hablar mucho de él. Una eminencia en su campo, sin duda».

«Si una eminencia no pudo con el demonio, ¿por qué debería conseguirlo un hombre que lleva años sin practicar un exorcismo?».

Poco alentador.

«Puede que no haya manera de vencer».

El derrotismo se apoderaba de mí.

El recuerdo de la piedra aplastando la cabeza del caballo regresó cuando pasamos por al lado del Mustang. Allí seguía, tirado en la cuenta con los sesos derramados. Ni siquiera entonces escuchamos la voz del conductor. Su silencio resultaba, como mínimo, preocupante; tanto, que le examiné a través del espejo interior. Parecía un hombre normal, uno simplemente reservado.

El taxi se detuvo ante la casa del padre Mills. El taxímetro marcaba casi doscientos dólares. Pagué y entramos. Nuestra intención era hablar del tema e irnos, volver a Bridgeport para seguir con nuestras vidas. Yo debía volver a la rectoría y Susan a sus quehaceres en la panadería. Andar a la caza resultaba una estupidez. Él vendría a nosotros. Solo quedaba esperar.

Eran las tres de la tarde. Aún no habíamos comido. Yo, supongo que por los nervios, no tenía ni una pizca de hambre.

—¿Un café con unas tostadas y unos bollos? —preguntó Mills cuando nos sentábamos en el sofá. Ella asintió. Yo, viendo que Susan parecía tener hambre, imité su gesto.

Le di un largo beso cuando el cura desapareció por el pasillo.

—Gracias por acompañarme. No me cansaré de repetírtelo. Y también, que eres la cosa más bonita que existe.

—Gracias.

Se la veía seria, cansada.

«Ha de volver a su vida «normal», a esa monotonía que solo echamos en falta cuando se pierde».

—Esta noche dormiremos en nuestras camas —le dije meloso—. Quizá, ahora que sabemos cómo cazarle, nos deje en paz.

—Ojalá. Y he de rectificarte: esta noche dormiremos en tu cama.

—Sin duda, mucho mejor.

El padre llegó con una bandeja de plata. Sobre esta, tres tazas de café, sendas tostadas y bollería variada.

—Ummm... Menuda pinta. Gracias, padre.

A Susan parecía estar haciéndosele la boca agua.

—De nada. Con la «tontería» os voy a acabar cogiendo cariño...

Los tres reímos.

—El padre Anthony no consiguió extraer el mal de sor Patricia —dije de pronto, lanzando al aire lo que todos pensábamos—. Apresó al demonio dentro de una sábana, pero, evidentemente, también a la monja. Y al final, a ella la enterraron en un cementerio y al diablo en el sótano de una rectoría.

El silencio irrumpió como un vendaval de miedos y malos augurios.

—¿Y qué sugieres que hagamos, Maylan? —preguntó Mills mirándome fijamente a los ojos—. Lo atraparemos en un cuerpo y lo volveremos a meter en un objeto, pero esta vez no permitiremos que muera el huésped. Si le bloqueamos, tendremos mucho ganado. A partir de ahí, Jesucristo hará el resto. El plan es sencillo aunque complicado de empezar. Pero es lo único que tenemos y, probablemente, nuestra única opción.

—Seguir, sí... —Suspiré alicaído—. No nos queda otra. Supongo que estamos en manos del destino.

—No, Maylan: en manos de Dios.

»Y ahora, hay que preparar una sábana, ¿no?

—Joder, ¿podéis creerlo que lo había olvidado?

—Pues es la pieza clave y ha de estar contigo, Maylan, así que tendréis que esperar. No es algo que se haga en diez minutos. He de bendecir el agua y para ello necesito sal exorcizada. Luego debo proceder con el aceite, y, como en el caso anterior, he de realizar un ritual. Hecho esto, mezclaré los componentes y dejaremos la tela en remojo al menos un par de horas. Después solo quedará esperar que se seque de forma natural.

—Vale. —Miré resignado a Susan—. Cambio de planes.

—Eso parece. ¿Reservo una habitación en el hotel de ayer?

Asentí.

—Podéis quedaros aquí, si queréis. Solo tengo una habitación, pero yo puedo dormir en el sofá. No me supone ningún problema.

—No, padre —dije decidido—. Bastante está haciendo ya por nosotros. Esperaremos a que prepare la sábana, la dejaremos secándose y mañana a primera hora pasaremos a buscarla.

—Como queráis. —Sorbió el café y se levantó casi de un respingo—. Si no os importa, voy a preparar los rituales.



Procedió allí mismo, sobre la mesa de centro. Depositó un cuenco de sal, un barreño con agua, otro con aceite de oliva y tres sábanas blancas. Colocó una de sus manos sobre la sal, sin tocarla, mientras que con la otra sujetaba un libro de portada y contraportada negras. Leyó de rodillas: «Te exorcizo sal por el Dios vivo, por el Dios verdadero y por el Dios santo, para que te conviertas en sal exorcizada para salud de los fieles tanto en el cuerpo como en el alma y para que, en los lugares donde sea puesta esta sal bendita, se aleje todo poder del enemigo y todo espíritu maligno. Oh, Señor, imploramos tu misericordia para que te dignes a bendecir y a santificar esta sal a fin de que se convierta en sal exorcizada para bien del cuerpo y del alma de los creyentes que la consuman, y para que todo aquello que sea tocado por ella carezca de todo poder e influencia del maligno. Amén».

La echó dentro del barreño entretanto Susan y yo le observábamos embelesados.

—Agua de manantial —dijo señalando al líquido—. Esencial que no esté tratada.

Sus movimientos resultaban gráciles, hipnóticos. Dibujó sobre el agua

una cruz al tiempo que volvía a recitar: «Que esta mezcla de sal y agua se realice en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, amén».

Se alzó, colocando la palma de la mano sobre el agua ya salada.

«Dios, que para la salvación del género humano hiciste brotar de las aguas el sacramento de la nueva vida, escucha con bondad nuestra oración e infunde el poder de tu bendición sobre esta agua para que sirviendo a tus misterios asuma el efecto de la divina gracia, que espante los demonios y expulse las dolencias y así, al ser rociados, tus fieles sean liberados de todo daño; que donde sea aspergida no residan los espíritus del mal y se alejen todas las insidias del oculto enemigo; haz que tus fieles, manteniéndose firmes por la invocación de tu santo nombre, sean libres de todas las asechanzas. Te lo pedimos por Cristo nuestro Señor, amen».

Hizo la señal de la cruz.

—Bien. —Nos miró y sonrió—. Ya tenemos agua bendita. Voy a exorcizar el aceite.

Siguiendo el mismo procedimiento, con los dedos «levitando» sobre el denso fluido, pronunció: «Te exorcizo, aceite, por Dios Padre que hizo todo lo que existe. Que se aleje de este aceite toda fuerza del maligno y toda acción diabólica a fin de que todos los que lo tomen puedan recuperar la salud del cuerpo y del alma, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Oh, Dios, dignate a bendecir y a santificar este aceite con el cual mandaste ungir a los enfermos, a fin de que una vez obtenida la salud, te den las gracias. Y te pedimos que cuantos usen este aceite que hemos bendecido en tu Nombre, queden libres de toda enfermedad o de cualquier maleficio o influencia del maligno. Te lo pedimos Padre en el Nombre de Jesús, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos, amén».

Dicho esto, vertió el aceite en el agua.

Lo removi6 con una cuchara de palo.

—Ya está —dijo satisfecho—. No existe una sola fórmula para proceder con el agua, la sal y el aceite, pero..., aquí tenéis el «truco» que urdió el padre Anthony. —Cogió la sábana y la hundi6 en el líquido—. Como veis, he decidido preparar tres sábanas. Da el mismo trabajo y es mejor prevenir que

curar, ¿no?

—Por supuesto —aseguré convencido al tiempo que Susan asentía.

—Pasad mañana a buscar las vuestras.

ALA ESPERA

Sonó mi móvil al llegar al hotel: el padre Joseph.

«Me había olvidado por completo de este hombre».

—Menos mal que ibais a mantenerme al tanto, ¿eh, Maylan? —dijo risueño nada más descolgar.

—Lo siento, padre. Hemos tenido un par de días moviditos...

—Imagino. ¿Y cómo va todo?

—Bien. Ya tenemos la «fórmula» para contenerlo en un cuerpo. Es sencilla, pero la verdad es que no la hubiera imaginado nunca. Luego, una vez atrapado, el padre Mills deberá expulsarlo como hizo el padre Anthony o, en su caso, echarle de mi vida y la de mis seres queridos. Pero no será fácil; ni siquiera el padre Anthony lo logró en su momento.

—Confía en Derek.

—¿Derek?

—Mills, perdón.

«Cierto: su nombre es Derek. Lo había olvidado».

—Yo confío, pero... Para empezar no va a ser fácil «pillar» a alguien en el momento justo y en el lugar idóneo. Y viendo lo que le sucedió a sor Patricia, es probable que aun haciéndolo no sirva de nada. Además: no estoy dispuesto a sacrificar una vida como hizo su amiguito Anthony.

Me arrepentí al instante de aquellas últimas palabras. Susan me miraba sorprendida desde la cama, con las cejas alzadas.

—Lo siento, padre. Ahora mismo padezco una ansiedad terrible.

—Estás perdonado, hijo. Y te daré un consejo: deja que fluya el tiempo y confía en los designios del Señor. Él tiene un plan para cada uno de nosotros.

—Lo haré, padre.

—Bien. Y avísame si hay novedades, ¿de acuerdo?

—Lo haré. Hasta pronto, espero.

—Sí. Hasta pronto.

«Mañana pasaré a ver a Nicholas —pensé tras hacer el amor con Susan, pegado a su espalda, con mi brazo envolviendo su cintura. Dormía plácidamente; su respiración no dejaba lugar a dudas. A mí me costó horrores conciliar el sueño. No lograba hallar un instante de paz.

«Le echo de menos. No puede estar más tiempo encerrado en casa. He de encontrar a un endemoniado cuanto antes. Manda huevos, que ahora desee que «alguien» me ataque»».



«Estaré preparado», dijo Mills al entregarnos las sábanas. «Avisadme cuando tengáis al sujeto bien amarrado a una cama. Tendréis que esperar al menos tres horas, así que sujetadle bien».

Podíamos tardar un día o un mes en localizar al demonio. La incertidumbre dolía como una sesión de latigazos.

La mejor forma era la sugerida por Joseph: esperar acontecimientos. Y eso era lo que haríamos: seguir con nuestra vida hasta que se presentara el momento, que, «por desgracia», sospechaba que no tardaría. Pero aun surgiendo la ocasión, ¿sería capaz de apresar al endemoniado en la sábana e inmovilizarlo en una cama? Por muchas vueltas que le diera al asunto, solo el

tiempo me daría respuestas.

Hicimos el viaje en taxi y nada más llegar a Bridgeport alquilamos un monovolumen. Tardamos más de cinco horas en presentarnos en el chalé de mi exmujer. Durante el trayecto intentamos evitar el tema, pero resultó imposible. Acordamos volver a trabajar, compartir..., ser una pareja normal en un mundo donde los demonios y los exorcismos —aunque nosotros supiéramos la verdad — eran cosa de películas.

Llamé al portero automático.

—Tengo muchas ganas de conocerle —aseguró Susan.

—Y yo de que lo hagas. Seguro que os llevaréis de maravilla. Es como yo pero en plan Hobbit, así que...

Rio.

—¿Con las orejas puntiagudas y los pies grandes y peludos?

—Todavía es joven. Dale tiempo.

Me habían vuelto las ganas de bromear. No podía quitarme a mamá de la cabeza, al mal que acechaba en las sombras..., pero el estar a punto de abrazar a mi hijo, el tener a Susan e imaginar un futuro mejor, me devolvió las ganas de luchar.

La voz de mi exmujer se escuchó a través del telefonillo.

—¿Sí?

—Soy Maylan.

Abrió.

Entramos.

—Menuda casa... —musitó Susan entretanto observaba alrededor.

Asentí alzando las cejas.

Nicholas apareció por el camino empedrado que conducía a la entrada. Corrió y saltó a mis brazos. Me apretó con fuerza y me susurró al oído. Solo

yo pude oírle:

—No podrá con nosotros, papá.

Fruncí el ceño y miré a Susan, que arrugó el semblante; dedujo que algo extraño acababa de ocurrirme.

—¿Y ella quién es?

—Es mi novia —dije sin preámbulos, directo al grano. En según qué temas, andarse por las ramas no servía de nada.

—Ah...

Su rostro evidenció una extrañez que se esfumó al instante.

—Hola, Nicholas —le saludó Susan sonriente.

—Hola.

«*Bien. La primera impresión parece que ha sido buena*».

—Vamos dentro, papá.

—Vamos, sí.

—¡Estoy preparando café, Maylan! —escuché al entrar; la voz provenía de la cocina—. ¡Acomódate!

Nos sentamos en uno de los sofás de piel chocolate colocados en forma de ‘u’ frente al televisor, que colgaba de una de las claras paredes que formaban la amplia estancia; no ostentaba menos de sesenta pulgadas. «*Aquí se deben ver de lujo las películas de terror...*». Adornaban la habitación cinco cuadros abstractos, varias figuras y jarrones del mismo color que los asientos, muchos marcos de plata con fotografías familiares, una mesa con un bonito centro de cristal y dos estanterías llenas de libros. Aun viéndose algo «apagada» para mi gusto, se atendía limpia y elegante. Además, una chimenea bajo el televisor —aun con el fuego apagado— le otorgaba esa calidez que no le concedían los ornamentos. En definitiva: una de esas viviendas que aparecen en las revistas del corazón.

Clarisa entró con una taza humeante en cada mano. Miró a Susan y sus cejas se arquearon; no pudo evitar mostrar sorpresa.

Depositó las bebidas sobre la mesa mientras hablaba sonriente:

—Por lo visto, me he quedado corta con el café...

—Susan —se presentó extendiendo la mano, sin levantarse—: la pareja de Maylan.

—Encantada. —Se dieron un buen apretón de manos—. Y... —Clarisa se mantuvo pensativa, torciendo el semblante—. ¿Puedo hablar con vosotros en privado?

—Sí, claro.

Temí cuál sería el tema de la conversación.

Justo en ese instante, Nicholas se arrodillaba ante la mesa de centro con una hoja en blanco y varios colores.

—¿Vas a dibujar, hijo?

—Sí. Quiero hacerte un dibujo.

—Estupendo. Nosotros vamos un momento a la cocina, ¿vale?

«*No podrá con nosotros, papá*» —recordé mientras le observaba».

—Vale —contestó con los ojos clavados en el papel, trazando las primeras pinceladas de su futura «obra de arte».

—No puedo tenerle encerrado de por vida, joder. —Me sorprendió ese «joder». No era mujer de soltar tacos—. Y, para colmo, no me cuentas el motivo de su «arresto domiciliario».

Susan me miró de soslayo.

—Tiene derecho a saberlo, Maylan, conocer a qué se enfrentan. La amenaza les incumbe tanto o más que a nosotros, y el desconocimiento no va a protegerles. Además, Nicholas está al corriente. Supongo que no le habrá contado nada a su madre por miedo.

—Procede, entonces. Estoy cansado de narrar una y otra vez la misma

historia.

El temor y la incertidumbre se reflejaban en los ojos de Clarisa. Se quedó muda, esperando la explicación con la boca abierta. Y por enésima vez se relató lo sucedido en la rectoría, y lo acontecido después.



—Si es una coña no tiene ninguna gracia. Aunque para ser sincera, dudo que bromearas con la muerte de tu madre. Te conozco y sé que eres un hombre sensato. Además, Nicholas lleva días levantándose por las noches, susurrando por los pasillos. Ayer le encontré en el comedor conversando en sueños con algo o alguien. No creo en las casualidades, y sus palabras cuadran con lo que acabáis de contar.

—¿Qué dijo exactamente? —pregunté anhelante.

—«No puedes meterte dentro de mi padre ni ordenarme nada», o, «Sé que estoy soñando. Sé que mientes. Sé que no eres un ángel, que solo quieres hacerle daño».

»Cuando le pregunté, me dijo que no recordaba nada. Pero una madre sabe cuándo un hijo miente.

Aquellas palabras se colaron por mis oídos como una niebla fría. De pronto, todo atisbo de júbilo se congeló en mi interior. Le atacaba y lo hacía sin descanso. Pero a tenor de sus diálogos nocturnos, sus engaños no surtían el mismo efecto que en sor Patricia, en el loco que mató a mi madre o en el imbécil que allanó mi piso.

—Puede que... —declaró Susan cavilosa—, toda tu familia sea inmune a los poderes de ese demonio. A ti no puede poseerte y a Nicholas no es capaz de «hechizarle». Eso explicaría por qué no ha «atacado» a más de tus parientes; tu hermana, por ejemplo. Para asesinar a tu madre tuvo que valerse de una «marioneta ajena», cuando lo lógico era haber echado mano de alguien

más cercano, ¿no?

—Cierto. Pero que un demonio se meta en tus sueños día tras día, surtan o no efecto sus engaños, martiriza a cualquiera. Nicholas es mi hijo y me quiere, pero imagina que el demonio procediera de igual modo con un demente. El tiempo corre en mi contra, en la de cada uno de mis seres queridos. El peligro está ahí, al acecho, pueda o no manipular a los de mi propia sangre. Con paciencia, conseguiré que algún tarado le meta un tiro a cualquiera de mis allegados; aunque en mi caso, pretende que sea yo mismo quien apriete el gatillo. El mundo está lleno de chalados y el mal sabe dónde meterse.

Clarisa parecía haberle contagiado el susto a Susan. Las dos me miraban patidifusas, aterrorizadas de los pies a la cabeza. Mejor: necesitaba que anduvieran con pies de plomo. Si les pasaba algo a ellas o a Nicholas, nunca me lo perdonaría.

—Ahora que conoces los entresijos —articulé dirigiéndome a la madre de mi hijo—, dime que Nicholas no está más seguro aquí, en casa.



—Me voy, hijo —le comuniqué arrodillándome a su lado—. ¿Cómo va ese dibujo?

—Ya está terminado. Toma.

—Vaya... —susurré con un nudo en la garganta.

El rojo predominaba en aquella composición. Parecía haberse retratado a sí mismo sobre una cama —la suya, supuse—, durmiendo y sangrando por el pecho. Alrededor se observaban un sinfín de llamas, aparentando estar en un pequeño infierno. El mismo demonio que vi sobre el cadáver de mi madre estaba sobre mi hijo.

—No podrá con nosotros, papá —dijo convencido, sonriente—. Somos como los *protas* de *Stranger Things*.

Intenté devolverle la sonrisa; no pude.

—No, hijo —susurré tras besarle en la frente—. No podrá con nosotros.

Me acerqué a Clarisa, entregándole el siniestro regalo.

—Por si aún tienes dudas.



Al volante y en tensión, no dejaba de observarlo todo.

Un hombre me miró fijamente al cruzar un paso de peatones; una señora sonrió de forma extraña sobre la acera; un perro andaba quizá demasiado tranquilo; unos niños jugaban en un descampado moviéndose de una forma peculiar... Todo parecía sospechoso. Incluso creí ver a algunos viandantes, conductores, gatos callejeros..., con los ojos inyectados en sangre; rojos como los del pobre caballo que acabó con la cabeza abierta. Sus relinches de dolor aún se me reproducían en la mente.

Por suerte, Susan decidió pasar la noche conmigo, no dejarme solo en aquellos duros momentos. Me reconfortaba tenerla cerca. «Nos haremos compañía», matizó cuando se lo agradecí. «A mí tampoco me apetece estar sola. Mire donde mire, veo cosas raras».

«*Ya somos dos*».

—¡Allí! —gritó de pronto, sobresaltándome. Señaló a mi izquierda, a las tiendas al otro lado de la calle—. Aparca.

—¿Qué? No veo nada.

—Esa tiendecita. Hazme caso, aparca.

Estacioné. Nada más pisar la acera, me cogió de la mano, tirando de mí como si fuera un pelele. Anduvimos a paso ligero hasta el escaparate de una pequeña tienda de fachada morada. Allí entendí su vehemencia. Sobre la puerta, un rótulo rezaba: «El talismán negro: amuletos, libros de rituales,

velones para hechizos, inciensos, aceites...».

—No creo que perdamos nada intentándolo, ¿no? —Se encogió de hombros—. Hay cosas que un cura no va a «dispensar», no sé si me entiendes. Y ahora mismo, la desesperación —al menos a mí— me empuja a entrar.

—Como bien dices, no perdemos nada intentándolo. Quizá puedan darnos algo que ahuyente a ese jodido siervo de Satanás. Necesito que al menos deje de incordiar a Nicholas.

El interior no podía estar más atiborrado de «chismes». Miraras donde miraras, encontrabas algún colgante que protegía de algo, una piedra que absorbía energías negativas, inciensos que armonizaban, bolas de cristal, libros de hechizos o cartas del Tarot. Sobre aquellas estanterías se amontonaban mil colores y efectos.

Al fondo del modesto negocio, un mostrador de cristal no exponía — como debiera ser— a un dependiente que pudiera atendernos.

—¿Hola? —dije en alto mientras Susan curioseaba por los estantes.

—¡Un momento! —se escuchó tras una puerta roja situada tras el mostrador.

No tardó en abrirse, presentando a un melencólico de no más de veinticinco años. Me fijé en su cara. «¿Lleva maquillaje?». No tardé en contestarme a mí mismo. «*Este se cree Brandon Lee en El Cuervo*». Llevaba los labios ligeramente pintados de negro y los ojos perfilados del mismo color, además de una piel mortecina, sin duda empolvada. Alto y desgarbado, vestía tejanos negros y una sudadera estampada con el cartel de la película Posesión Infernal.

«*Ni que hubiera estado esperándonos. Pero igual es vidente, vete tú a saber...*». Sonreí por mis adentros.

—Hola. —Susan se acercó al mostrador—. Buscamos repelentes para demonios.

«*Ni que comprara mata mosquitos...*».

El chico la miró de arriba abajo, deteniéndose sin pudor en sus pechos. Le faltó relamerse.

«Cuidado, chaval, que te estás buscando una reprimenda».

—En realidad —dije en un tono firme, apretando los dientes—, buscamos algo que ahuyente a un demonio en particular.

—¿Cuál?

—Pues todavía no sé su nombre. La última vez que me tocó los huevos se le olvidó presentarse, ¿sabes?

Susan me agarró de la mano, apretándomela.

—Relax —susurró.

Respiré profundo.

El dependiente se echó un palmo hacia atrás. Olió la mala hostia que me corroía por dentro.

—A ver... —dije más tranquilo—: uno que se mete en los sueños.

—¿Y te corta con un puñal?

—Exacto.

La oscuridad que envolvía sus ojos se expandió por su blanca piel. Parecía un mimo haciendo de estatua en un parque cualquiera. Tras la inacción, anduvo hasta la puerta en absoluto silencio. De igual modo, Susan y yo le observamos. Agarró el cartelito de ‘abierto’ y lo giró. Luego pasó la llave, regresando al mostrador.

—Me llamo Steven y no sabéis cuánto me alegra haberos conocido. Me gustaría conocer vuestra historia, lo que os ha arrastrado a entrar aquí; ayudaros en la medida de lo posible. Soy un entusiasta del tema. —Se señaló la camiseta y sonrió—. Os transmitiré lo que he aprendido sobre ‘el ángel caído’ y sus demonios, las posesiones y cómo ahuyentar al maligno; más concretamente, al demonio que os incordia, el conocido en el mundo del ocultismo como ‘el demonio de los sueños’.

FUEGO, CUERNOS Y TRIDENTES

Nos condujo hasta un pequeño almacén. Cogió tres sillas plegables apoyadas en una de sus paredes y las colocó en el centro de la estancia en forma de triángulo; aparte de dos bicis polvorientas y varias estanterías repletas de cachivaches, allí no había más que humedad e inmundicia.

—Este negocio no es mío, sino de mi primo Joe —dijo al tiempo que nos ofrecía asiento—. Él puso el dinero y yo lo monté, para ser más exactos.

»Disculpad el desorden, pero mejor hablaremos aquí. Suele pasarse a ver si estoy trabajando y prefiero que piense que he cerrado antes de tiempo. Si asoma el hocico y no me ve, se largará maldiciéndome. Mañana le cuento cualquier milonga y arreglado. No pisará la tienda, no os preocupéis; no vayan a entrarle ganas de limpiar o, peor aún, de trabajar. A vago le ganan pocos...

»Uno no se encuentra todos los días con alguien que se está enfrentado al maligno, ¿sabéis? A decir verdad, abrimos hace cinco años y es la primera vez que me ocurre algo semejante.

»¿Cómo puedo ayudaros? ¿Qué queréis saber? ¿Técnicas para espantar demonios, o preferís que os ilustre sobre el tema en general?

Sobre mi silla, con las manos entrelazadas con las de Susan, resoplé como un búfalo cabreado. No me apetecía hacer lo que no tenía más remedio.

—Será mejor que te ponga al día, Steven.

—Joder, Maylan, lo tuyo da para una peli —declaró visiblemente impactado cuando terminé de contarle los acontecimientos de mis últimos

días.

—Pues sí: he tenido una semana movidita.

—Dadme un segundo. —Se sacó el móvil del bolsillo y trasteó en él—. Tengo varias entradas en mi blog que nos van a venir de lujo. No quiero olvidar nada, ¿okey? A ver... Aquí están. Sí.

»Bien. Pues a groso modo —dijo en su salsa, mostrando emoción en la voz—, Satán, como se le denomina en el Antiguo Testamento, que significa adversario, enemigo, opositor, fue un ángel que tras ser creado no pasó la prueba de obediencia a la que fue sometido por Dios; examen que se le efectuó cuando aún no podía verle, y que requería de fidelidad. Tras el primer fracaso, el Señor dio una segunda oportunidad a aquellos que «suspendieron fe», pero estos no quisieron aprovecharla. Los desobedientes empezaron a odiar a Dios, a verlo como a una cadena que oprimía su libertad, a tornarse rebeldes, soberbios, al tiempo que los ángeles leales iban santificándose. Lucifer, mencionado en el Antiguo Testamento como ‘el que lleva la luz’, quiso obtener la bienaventuranza sobrenatural no como un don gratuito de Dios, es decir, por su gracia, sino por sus propias fuerzas. Se reveló contra Cristo junto a un tercio de los ángeles y perdió, enviándole su creador a una prisión —lo que para nosotros es el infierno— para que no pudiera acceder ni al cielo ni a la Tierra. —Se detuvo un instante. Sonrió—. Pero obviamente encontró formas de entrar en nuestro mundo.

»He escuchado esta historia de mil maneras —explicó encogiéndose de hombros—, e incluso yo la cuento a la mía. Creo, sinceramente, que se aleja de la realidad. El Demonio de la tradición cristiana se ha convertido en algo que no corresponde en absoluto con lo que dice la Biblia, con el mito del ángel caído que desafió a Dios. El Satán reflejado en sus estratos más antiguos nada tiene que ver con ángeles caídos ni con el origen del mal. Lucifer fue un ángel a las órdenes de Yahvé encargado de ciertas tareas desagradables, que, por un motivo u otro, perdió su favor. Lo demás es pura ficción.

»La propia Iglesia considera estos temas poco agradables y no suele detenerse en ellos, así que nosotros tampoco lo haremos. Pero no está de más saber contra quién luchamos, ¿no?

Hablaba del tema con seriedad, sin titubeos, sin trabarse, y lo hacía sin descanso, sin conceder tiempo a réplica. A veces leía de la pantalla, pero la mayor parte del tiempo argumentaba de memoria. La primera impresión que tuve de él no se correspondía con la de aquel erudito en la materia. Ya no veía al *friki* del que recelé al entrar; es más: me embelesaba con sus enseñanzas.

—El cómo llegó a ser quien es tampoco es que vaya a ayudaros — prosiguió—. Solo quería ponerlos en situación, aunque supongo que ya sabíais la historia de Lucifer, ¿no? —Susan negó con la cabeza. Yo, por lo contrario, si conocía algo de aquella trama de fuego, cuernos y tridentes—. Mejor os hablo de ‘el demonio de los sueños’, de las posesiones y de las técnicas para espantar al mal, ¿sí? —Asentimos—. A ver por dónde empiezo... —Juntó las palmas de las manos, llevándose ambos dedos índice a la boca. Se mantuvo meditabundo hasta que arrancó de nuevo—. La razón para este tipo de «acople» o posesión es el deseo de la entidad negativa, en vuestro caso un demonio, de poder usar el cuerpo físico como una fuente de nutrición energética y, ante todo, conducir al sujeto a hacer el mal. El exorcista y sacerdote Gabriele Amorth, por ejemplo, aseguraba que Adolf Hitler y Josef Stalin estuvieron poseídos por el demonio.

»Creo que fue en Asia donde se dieron los primeros «ataques» confirmados, de los que, sorprendentemente, se hicieron eco algunos medios de comunicación de Chicago y Los Ángeles. Fue a principios de los ochenta cuando jóvenes sanos y en apariencia cuerdos se negaron a dormir, ingiriendo café como si no hubiera un mañana. Describían lo que me habéis contado: un demonio que se les aparecía en pesadillas, se sentaba sobre sus pechos con un puñal entre las garras y les abría con precisión quirúrgica.

Enunciaba como el presentador de un programa sobre lo oculto, enfatizando palabras como «posesión», «demonio» o «exorcista». Su voz sonaba más profunda que cuando pronunció su primera palabra, su «hola» mirando a Susan.

—Lo que más me sorprende es que no pueda poseerte. Nunca había escuchado nada igual. Quizá no seas inmune al mal, sino a ese demonio en particular, del que, sea dicho, no conozco nombre ni estatus; y yo he estudiado la demonología y las jerarquías demoníacas a fondo. Lo más probable es que

estemos hablando de un «célebre» demonio escondido tras un disfraz. Al igual que los designios del Señor son inescrutables, los del Demonio también.

—¿Jerarquías demoníacas? —preguntó Susan.

«*Si se pone a nombrar a cada demonio que mora el infierno, se nos puede hacer de noche*».

—Hay multitud de clasificaciones demoníacas, aparecidas en demonología cristiana, ocultismo e incluso en magia renacentista. Los sistemas de clasificación se basan en la naturaleza del demonio, el pecado con el que tientan a la gente, el mes en el que su poder es más fuerte, los santos que eran sus adversarios... Cabe señalar, que los autores que han confeccionado dichas listas eligen y clasifican a los demonios de formas un tanto distintas, aunque también concordantes.

»El jesuita Peter Binsfeld, por ejemplo, elaboró en 1589 una clasificación demoníaca atendiendo a los siete pecados capitales, estableciendo lo que se denomina como los Siete Príncipes del Infierno, comandados, cómo no, por Lucifer, al que se le atribuye la Soberbia como pecado, seguido por Mammón con la Avaricia, Asmodeo con la Lujuria, Satanás con la Ira, Belcebú con la Gula, Leviatán con la Envidia y Belfegor con la Pereza. Y esto es solo el principio: la jerarquía demoníaca es extensísima, habiendo una primera, una segunda y una tercera, además de los demonios denominados menores.

—¿Y ‘el demonio de los sueños’ en qué posición estaría? —cuestioné con la intención de hacerle sintetizar—. Y sobre todo, ¿cómo puedo hacer que se aleje de mis seres queridos?

—Siento irme por las ramas, Maylan. Me apasiona el tema y me cuesta echar el freno, soy consciente.

»Respecto a tu pregunta, y como ya he explicado, ‘el demonio de los sueños’ no está catalogado. Solo he escuchado hablar de él en mis reuniones con otros entusiastas del tema.

»Debéis saber, pues es importante, el motivo —creo— por el que ni el padre Joseph ni el padre Mills os han dado ningún *repeledemonios*, que los hay inmunes a casi todo. Y no olvidéis una cosa: se metió en un rosario, uno de

los objetos religiosos por antonomasia.

»Los curas se basan en la fe y actúan en nombre de Jesucristo. Y la experiencia me dice, que Él es el único capaz de destruirles. Está demostrado que los exorcistas arrancan el mal del cuerpo, que los demonios sufren al considerar a Dios, al acordarse de Él, cuando se vuelven a hacer conscientes de su miserable estado, de su separación de Cristo. Por eso, los exorcistas recitan ante los poseídos las oraciones del capítulo doce del Ritual Romano una y otra vez. Yo mismo creo en Dios gracias al Diablo; pues si uno existe, el otro es. Por ello, considero que habéis enfocado el problema de la mejor manera. Y os aseguro que habéis tenido suerte. No es fácil conseguir a un auténtico exorcista; más, sin el consentimiento del Vaticano.

Nos guiñó el ojo.

—Pero entonces, ¿hay algo que pueda hacer para alejarlo de mis seres queridos?

—Os daré mi opinión. Imaginad al mejor ladrón del mundo ante tres casas. Dos tienen alarma, rejas, perro, puerta blindada..., y la otra una seguridad mínima. Si el caco lleva prisa, elegirá la desprotegida, pero si sabe que dentro de uno de esos «bunkers» hay objetos de valor y tiene todo el tiempo del mundo, planeará el asalto, y tarde o temprano acabará entrando. Y lo mismo pasa con los demonios: si buscan una presa fácil, atacan al más débil; pero si se fijan en ti, si te pretenden, entonces solo un exorcista podrá arrancártelo de dentro. Por fortuna, muchos exorcismos acaban bien y se libera al poseído. Aunque en vuestro caso, y que conste que no pretendo ser agorero, más bien realista, los antecedentes no son nada halagüeños.

»Dicen algunos que la mejor defensa contra Satán es un corazón puro y una mirada cristalina. Sin embargo, hay demonios enviados al mundo con una tarea específica, y creo que ‘el demonio de los sueños’ es uno de ellos. Le enviaron con un propósito que no logró cumplir. Y tras su fracaso, ha vuelto con el orgullo herido.

—Si se les expulsa del cuerpo que han poseído, ¿se van y no vuelven? — consulté pensativo, si cabe aún más negativo que cuando entré en la tienda.

—Cuando se les cierra una puerta, parece ser que no pueden volver a

abrirla.

—Entiendo. ¿Entonces crees que no hay solución más allá de la sábana y el exorcismo?

—Según me has contado, no puede engañar a tu hijo. Es probable que tu linaje esconda algún secreto aún por descubrir. ¿Has leído El código Da Vinci? —Sonrió ampliamente—. En fin... Conozco muchos modos de «espantar» demonios, aunque, sinceramente, no creo que surtan efecto con ‘el demonio de los sueños’. Pero te daré algo para ella —dijo señalando a Susan con el mentón— y para tu exmujer; si quieres dárselo, claro.

Aquella gracia le hizo sonreír a Susan. He de admitir, que aunque Steven era un joven imberbe y delgaducho, me puse celoso.

—¿Tenéis alguna consulta más? Yo podría estarme hasta mañana profundizando en el tema...

—Sí —dijo Susan resuelta—. ¿De dónde vienen exactamente? Antes has hablado de una prisión, pero... ¿el infierno es un lugar?

—Buena pregunta. En el tema de las posesiones se mezcla lo puramente religioso con lo espiritual. La palabra proviene del latín *inférnum*, que viene a significar algo así como ‘lugar inferior, subterráneo’. Además, no solo existe el que predica la teología cristiana: el judaísmo tiene el Gehena, la mitología griega al Tártaro, la nórdica al Helheim, y muchas otras al Inframundo. Como ya sabéis, todos ellos son el lugar donde las almas de los pecadores son torturadas eternamente. Yo, obviamente, no creo en el infierno como ese lugar en continua combustión, donde, Satanás-Lucifer, sentado en su trono, maquina maldades. —Miró la pantalla de su móvil, deslizando la yema de su dedo índice sobre el cristal—. Menciona el libro de Urantia en su documento 77, que la mayoría de mundos habitados albergan a uno o más grupos de seres singulares, los cuales existen a un nivel de vida que media entre los mortales de los reinos y las órdenes angélicas: los Seres Intermedios. Partiendo de ahí, el infierno no sería más que un mundo paralelo, un plano distinto donde moran los demonios; en otro las almas errantes, etc. Es lo que creo: Dios no envió a Lucifer a ninguna cárcel, sino a otro tiempo y espacio.

»Como os he dicho, el tema del Diablo es complejo y de libre

interpretación. Cada religión lo trata a su manera, y todas no pueden tener razón. Resulta más fácil hablar del mal como entidad, como ese todo que nos arrastra al pecado.

«Este tío es una enciclopedia demonológica».

Se apagó la luz.

—Mierda —lamenté a ciegas.

Susan me estrujó las manos. Sentí cómo se le aceleraba el pulso.

—Serán los plomos —dijo Steven.

«O será el Diablo».

—Por aquí tengo una linterna... A ver...

No me avergüenza decir que sentí pavor de los pies a la cabeza. Ni Susan ni yo nos movimos de la silla. Escuchamos cómo él sí lo hacía: primero las patas de su asiento arrastrándose unos centímetros por el suelo del almacén; luego sus pisadas.

—No veo una mierda.

Aferrado a las manos de Susan atendí a los cautelosos pasos de aquel larguirucho que acababa de darnos una lección magistral sobre el Demonio y sus entresijos.

«Click, clak; click, clack», se escuchó.

—Pues los plomos no son...

Tras unos segundos de silencio donde solo pudimos escuchar sus torpes movimientos, su rebuscar a ciegas en las estanterías y varios golpes, se hizo la luz.

—¡Baja eso, joder! —vociferé.

—Lo siento.

La luz que emanaba de aquella linterna me hizo sentir infinitamente más seguro.

Nos levantamos.

Oímos un estruendo afuera, en la tienda, al que siguió otro, al que

siguieron muchos. Objetos impactando contra suelo, cristales rotos, el chirriar de la puerta abriéndose..., una colección de estridencias que se solapaban las unas a las otras y que percibimos petrificados, helados, mirándonos.

—Pero qué cojones... —musitó Steven—. ¿Me están robando?

Le quité la linterna de un fuerte tirón.

—¡No te están robando!

Me miró con cara de no entender nada.

«Cree en lo paranormal pero aún no lo ha experimentado. Está ciego».

Abrí la puerta del almacén y, sigilosamente, agazapado, anduve con Susan y Steven a la retaguardia. El joven pulsó varios interruptores mientras avanzábamos: nada, sin corriente.

Alumbré sin pretenderlo un reloj con forma de Buda: marcaba las 20:33.

Me detuve ante el mostrador. La puerta de la tienda estaba abierta; el fulgor que las farolas emitían en la calle entraba tenue. La acera parecía estar desierta; afuera, ni un alma. Dirigí la linterna hacia el suelo: bolas de cristal resquebrajadas que brillaron al recibir el haz luminoso; medallones, anillos, pulseras, piedras..., un desastre.

—Mi primo me va a matar —deploró Steven.

La luz volvió de pronto.

—¡Ah!

Susan lanzó un grito al aire.

Mi corazón también padeció aquel súbito cambio. Bombeaba a toda prisa. No creía que pudiera latir más rápido.

Un portazo aceleró aún más mi palpitar.

—¡Ah!

Susan chilló de nuevo. Tras el sobresalto, me abrazó con fuerza.

—Vámonos de aquí —susurró asustada.

—Sí, será lo mejor.

Steven, en silencio, se colocó ante nosotros. Miró al techo. Su rostro, si cabe, había empalidecido. Alzó la vista pausado, pretendiendo que hiciéramos lo mismo. Dirigí la mirada donde él al tiempo que Susan. Sobre nuestras cabezas, pegadas al techo, monedas dibujando la señal del anticristo.

—Son medallas de San Benito —dijo Steven—, la protección que os iba a dar.

«¿Sabes lo que va a ocurrir?».

Se desprendieron, golpeándome en la cabeza. Ni me inmuté. Susan, en cambio, se protegió instintivamente. A mí empezaba a darme todo igual.

—Nos vamos, Steven —dije sintiendo una gran ansiedad.

Eché mano de mi cartera con la intención de pagarle por los desperfectos, por habernos dedicado su tiempo, por su amabilidad. El dinero empezaba a importarme también una mierda.

Cuando sospechó de mis intenciones, me agarró de la muñeca y habló:

—No aceptaré tu dinero. Quiero ayudaros. Conozco a personas que a lo mejor saben de algún remedio, aunque solo sirva para aguantar hasta que consigamos atraparle.

—¿Consigamos?

—Me necesitáis. Hoy he vivido un auténtico *poltergeist* y no sé cómo agradecéroslo. El exorcista requerirá de toda la ayuda posible, y yo, como habéis visto, entiendo de demonios. Además, mantendré la boca cerrada. Sé guardar un secreto...

—Deja de hablar en plural —dije ante la puerta, agarrando ya su pomo—. Esto no es un juego. Ha muerto gente, ¿sabes?

—Sé que no es un juego.

—Necesitamos toda la ayuda posible, Maylan —expuso Susan en un tono bajo—. No podemos permitirnos rechazar su ofrecimiento.

Negué con la cabeza. Los problemas se amontonaban en mi sesera, no dejándome pensar con claridad.

—Si te pasas de listo, te parto la cara, ¿entiendes? Y si la palmas, no me

hago responsable. Me lavo las manos, ¿entiendes?

—Perfectamente. Pero no te dejes engañar por mis apariencias, Maylan. Llevo toda la vida aguantando críticas por vestir así, por maquillarme. Solo te pido que me dejes ayudarte y que al mismo tiempo me permitas experimentar un exorcismo. Juntos, conseguiremos expulsar al mal de tu vida.

—De acuerdo. Espero no arrepentirme. Te avisaremos cuando atrapemos al demonio. Y gracias. Ante todo, gracias.

El desgarbado asintió sonriente, aunque compungido.

—Seguiré investigando, buscando alternativas.

Dijo esto y se agachó, recogiendo una a una las nueve medallas que minutos antes dibujaban la señal del anticristo.

—No olvidéis esto.

Se las dio a Susan. Esta, tras un escueto «gracias», las metió en su bolso. Yo, antes de partir, le di mi dirección y número de teléfono.

Abrí la puerta dispuesto a marcharme a casa, cenar y, si Dios lo quería — más bien el Demonio—, descansar junto a Susan.

—¿Sabéis? —musitó el dependiente cuando mis pies ya pisaban la calle—. El mayor logro del Demonio es hacer creer al mundo que no existe.

Le observé. Permanecía taciturno en medio del estropicio con la mirada perdida en el suelo, en los cristales, en los objetos tirados aquí y allá. Parecía haberse apagado de pronto, un robot al que habían desconectado pulsándole un botón en la nuca, un hombre sumido en un piélago de lucubraciones.

—¿Qué estás pensando, Steven?

—¿Eh? Nada, nada... —dijo alzando la vista, dedicándome una tímida sonrisa—. Que indagaré a fondo, nada más. Os avisaré si encuentro algo.

Me fui con la sensación de que no tardaríamos en volver a verle.

UN ÚNICO SENTIDO

—Es un buen chico —dijo Susan de camino a casa—. Algo *friki* e ingenuo, pero legal, o al menos es la impresión que me ha dado. Y ante todo, un erudito en el tema de lo oculto, que es lo que nos interesa. Pero..., anda que ofrecerse a formar parte de un exorcismo, con lo peligroso que es... Una cosa es hacerlo, como nos va a tocar a nosotros, por obligación, y otra por gusto.

—Supongo que no difiere demasiado del alpinista que escala el Everest o el K2 —afirmé parado en un semáforo—. Cuando algo te apasiona, no ves el peligro o simplemente lo aceptas.

—Cierto.

A aquellas horas, gran parte de los habitantes de Bridgport se encontraban en casa preparando la cena, esperándola o con la panza ya llena; y se notaba en las calles.

Una mujer pasó rauda sobre el paso de peatones. Parecía llevar prisa a tenor de los tirones que le daba a su hijo pequeño. Aunque a decir verdad, el muñequito verde parpadeaba, indicando que se tornaría rojo en breve. Con la madre y el niño ya en la acera, nos tocó el turno. Pisé el acelerador. Pero hube de frenar en seco a los pocos metros: una niña cruzó cuando las ruedas del coche de alquiler ya pisaban las rayas. Susan se agitó sobre el asiento. Tras el sobresalto, alzó la vista para ver lo que yo miraba: una niña de unos diez años de cara al coche. Toqué la bocina: «Pi, piiiiiiiiiii...».

—¡Cruza, por Dios!

De pelo largo y ondulado, rubio, piel clara y ojos azules, no se movía; podía ver sus pupilas gracias a la intensa luz de los faros. Vestía un abrigo

marrón, una camisa blanca y una falda roja, medias blancas y botas negras.

Hice ademán de bajar, pero desistí: la vi moverse. Alzó la mano derecha, la echó hacia atrás y la sacudió como si nos flagelara con un látigo imaginario.

La luna se agujereó por el centro. Susan gritó al tiempo que se echaba las manos a la cara. El «obús» pasó entre nuestras cabezas a una velocidad imposible; de habernos dado, la tapicería hubiera quedado pintada de sesos. Los ojos se me fueron al espejo interior: lo que fuera que nos había lanzado rompió también la luna trasera. Al menos, no vi faros tras el coche.

La niña salió corriendo. Antes, durante una milésima de segundo, nos dejó ver sus pupilas rojas. Fue tal su velocidad, que dos estelas carmesí se perfilaron en la oscuridad de la noche.

Se metió por una calle de único sentido.

Aceleré. Me fui —nos fuimos— tras ella.

A mi derecha, Susan parecía no estar creyéndose lo que ocurría.

Miré el velocímetro.

«¿Corre a más de cincuenta kilómetros por hora?».

—Es una niña, Maylan —dijo de pronto con la espalda apretada al respaldo, con un miedo que podía husmearse.

—¿Y? Empiezo a estar harto. No vamos a hacerle daño; solo a quitarle a ese demonio de dentro y encerrarlo para siempre.

—Pero... ¡Es un secuestro, Maylan! ¡Podríamos pudrirnos en la cárcel por esto! ¡Sus padres la estarán buscando, por Dios!

—¡Siempre va a ser un secuestro! —Me costaba aclarar las ideas. Lo único que veía claro era a esa niña corriendo a toda prisa por la acera—. Desabróchate el cinturón.

—¿Qué?

—Me detendré un segundo para que te bajes. Te he estado buscando desde que nací y creo que tú has estado esperándome, ¿entiendes? No es fácil de explicar... No puedo perderte ahora que nos hemos encontrado.

—Sabes que tarde o temprano vendrá a por mí. Si no lo ha hecho ya es

porque estoy contigo. Creo que te envuelve un aura protectora. Así que cállate y hagámoslo de una vez.

Vi un cambio en sus ojos: el paso de la duda a la determinación.

—Cuando la tenga a «tiro», pararé —le indiqué sin desviar la mirada de aquella pequeña que, irremediablemente, me recordaba a un vampiro—. Tú ve directa al maletero y coge la sábana, ¿de acuerdo?

Asintió erguida sobre el asiento, aparentando haber recuperado la «coherencia».

La niña corría como un demonio —nunca mejor dicho— mientras yo me limitaba a mantener las distancias. Esperé a que hiciera algo, se detuviese, me retara...

Él estaba allí para atormentar; yo, para llevármelo a casa.

Se cruzó con varios viandantes. No pasaba desapercibida, pero tampoco asemejaba estar poseída; solo una niña que huía de algo a gran velocidad.

Un hombre hizo ademán de ayudarla. «¿Te has perdido, pequeña?», le preguntó. Pero enseguida la perdió de vista, prosiguiendo extrañado su camino.

Zigzagueaba a una distancia prudencial, se paraba y arrancaba, nos sonreía..., parecía estar jugando al ‘pilla-pilla’.

«Si quisiera dejarnos atrás, no tendría problema en hacerlo».

Giró por una calle sin salida.

Conocía el lugar; cerca de allí vivía Dalmacio.

Deceleré hasta colocar el coche de cara, «cortando» la única salida. El demonio no pretendía huir, sino arrastrarnos a aquel lugar oscuro. Pero debíamos mantenernos a solas con él, apartar a todo ser viviente de aquel punto de Bridgeport.

Al fondo, bajo la luz de una farola, a través de la luna del coche, la vi esperándonos. No podía atisbarle el rostro. Su pelo, rubio, largo y ondulado, cubría su cara. Dudé si aguardaba de frente o de espaldas; al mirar sus pies

entendí que de cara.

Arriba, escaleras de incendio y muchas ventanas, algunas emitiendo claridad, otras no, y una luna menguante que apenas iluminaba; a sus costados, bloques de pisos y varias farolas: única iluminación que permitía vislumbrarla.

—Ve a por una de las sábanas —susurré con el corazón en un puño—. Y mantente a mi espalda en todo momento. Si la cosa se pone fea, corre hasta el coche y enciérrate dentro.

Asintió, se apeó y anduvo hacia el maletero.

Aferrado al volante, cogí aire.

«No pienses. Actúa».

Por suerte, la zona estaba tranquila. En realidad, más siniestra y «parada» de lo normal; de lo normal en cualquier parte de la ciudad cualquier día del año.

«Por Dios, que no salga nadie del bloque —pensé al enfilarse la calle».

Susan me seguía sábana en mano, usándome sin reparos como un escudo *antidemonios*.

«Puede que en algún momento se canse de atormentar, de buscar mi suicidio y decida matarme directamente —pensé mientras me acercaba a la inmóvil «criatura»—. Aunque lo dudo. El mal no tiene prisa, persevera, nunca se rinde».

Cuando la tenía a menos de diez metros, se abrió la puerta de uno de los bloques.

«Mierda».

Reaccioné rápido. Me volví, abracé a Susan y la besé. Y aunque el momento no fuera el idóneo, lo aproveché para susurrarle algo que llevaba mucho sin decir: «Te amo». Estaba allí y eso lo era todo; más de lo que nadie había hecho nunca por mí.

Del edificio emergió un hombre de color. Se detuvo en el umbral para encenderse un cigarro. Una vez le dio la primera calada, anduvo, pasando por

nuestro lado sin decir nada. No atendió a la niña, pero sí murmuró al ver el coche: «La gente está fatal. Anda que aparcar ahí... Manda huevos». Le seguí con la mirada hasta verle doblar la esquina.

Solo perdí de vista a la pequeña unos segundos; suficientes para hacerme sentir una tremenda indefensión. Pero Susan la tenía de cara, la miraba por encima de mi hombro; y su mueca de pánico me sobresaltó. Dudé en girarme o salir corriendo.

—Yo la cojo y tú la cubres —le dije en el tono más tranquilizador que fui capaz—. Todo irá bien.

No pudo contestar, ni siquiera asentir. Seguía absorta en aquello que permanecía a mi espalda. Por suerte, la niña no emitió ningún sonido: inequívoca señal de que estaba quieta.

Me di la vuelta atenazado, a «cámara lenta», y la contemplé con dos agujeros en vez de ojos y una cueva en lugar de boca. Su piel, ahora amarillenta, exhibía unas venas gruesas y azuladas, casi negras. Pero no se movía. Nada. Ni siquiera parecía respirar. Aparentaba una estatua de cera, un maniquí en el escaparate de aquella siniestra noche. Su inactividad me puso los pelos de punta.

Me acerqué despacio con la mirada fija en esos tres agujeros que adornaban su ya nada angelical semblante, sintiendo el aliento de Susan en la nuca. Anduve los metros que nos separaban con la sábana bien sujeta, manteniéndola en alto como si fuera un reciarío en el centro del Anfiteatro Flavio allá por los tiempos del emperador Trajano.

Y ella seguía inmóvil, con el rostro cada vez más tostado, lleno de capilares y venas.

Un paso.

Otro.

Dos más y la tendría a tiro.

Uno, dos...

Seguía estática.

Lo hice sin pensar. Actué como un robot programado para cazar demonios.

Lancé la sábana, cubriéndola casi por completo. La endemoniada prosiguió imperturbable. La agarré por la cintura e intenté alzarla. ¿Mi intención?: que Susan anudara la tela bajo sus pies. Pero no pude; la niña parecía estar pegada al suelo. Usé todas mis fuerzas, pero no conseguí moverla un solo milímetro. «*Mierda*». Lo que sí escuché, fue su diabólica risa. Y entre ese descorazonador y siniestro sonido, la pequeña dio un formidable e inhumano brinco, escurriéndoseme literalmente de los brazos. La sábana ondeó al viento y la endemoniada voló hacia Susan, que retrocedía asustada. Antes de darme tiempo a hacer nada, el ser se posó ante ella, acortando las distancias por momentos. La expresión de Susan aceleró mi pulso; vi un rostro aterrorizado y enmudecido.

Me acerqué, pero resultó ser demasiado tarde. No pude evitar que la poseída le soltara un revés, haciéndola «planear» a ras de suelo, revotar contra el asfalto hasta quedarse tumbada y quieta. Mi novia se había convertido en un juguete para el demonio.

De otro salto, la poseída surcó el aire hasta posarse sobre su organismo.

Corrí, lanzándome contra aquel ser, apartándoselo bruscamente de encima. Los dos, ente contranatural y ser terrenal, caímos de mala manera.

Desde el suelo, carcajeándose, la pequeña escupió algo que cayó a mi lado. Ladeé el rostro para distinguir un trozo de oreja ensangrentado.

«*Dios mío*».

La niña se alzó como un rayo, me miró con la oscuridad que tenía por ojos y se fue sin más, superando el coche de un tercer y postrero salto.

Tardé en reaccionar.

Me levanté. Sentía un intenso dolor en el costado izquierdo. Renqueante, anduve hacia Susan. Mucho antes de alcanzarla pude ver sangre en su oreja izquierda.

«*No puedo más* —pensé mientras la llevaba en volandas, volvía en sí—. *Ese jodido demonio va a salirse con la suya*».

MI AMIGO EL MORENO

Pasamos por urgencias para que le curaran la herida. No revestía de gravedad, pero su oreja luciría una «muesca» de por vida.

«Debería haber cogido el pedazo —cavilé mientras la esperaba —valga la redundancia— en la sala de espera».

Me sentía sumamente agobiado y decaído, con la moral por los suelos. Deseaba escapar, alejarme de esos a los que sin pretenderlo estaba haciendo daño. Pero el distanciamiento no me aseguraba su bienestar; quizá lo contrario.

El final de la pesadilla no se intuía cercano.

Sentado entre convalecientes y acompañantes, no dudé en buscar alternativas a nuestra única vía de escape: el exorcismo. Barajé opciones, pero ninguna me pareció viable; no con un volátil demonio que pretendía mi suicidio. Incluso el exorcismo, a tenor de lo ocurrido esa misma noche, empezaba a diluirse como solución factible.

«La sábana no parecía hacerle nada. Aunque a decir verdad, apenas le ha tocado cinco segundos. Puede que solo ejerza un poder de contención, como los muros de una cárcel para un preso. Pero si estos tienen un boquete...».

«¿Por qué tuviste que escarbar donde no debías, Maylan? Aquello no fue mala suerte, fue estupidez».

Me culpaba como si el hacerlo fuera a resolver algo. No podía evitar sentirme el causante de todo. Y esa misma oscuridad, esa negatividad, el

mal..., eran quienes me incitaban a asumir dicha condena.

De pronto, advertí algo:

«Me vence con sus armas, logrando que asuma toda la responsabilidad de sus actos; y un carcelero no es culpable de los crímenes que comete un preso tras ser liberado. No maté a mi madre; no maté al caballo; no atormento a mi hijo; no le he arrancado un pedazo de la oreja de Susan... —Apreté los puños—. No, demonio. Me atormentarás, sí, y me harás desear la muerte, pero yo, bajo ese manto sombrío con el que me cubres, seguiré luchando. Luchar cuando no se ve el final del túnel, luchar por los seres que amamos cuando el camino es oscuro, luchar por la vida cuando todo indica que no vamos a vencer..., define quienes somos».

Salió de la consulta con la oreja vendada. Aun con todo, me sonrió mientras se acercaba.

«Es lo más bonito que existe».

—Vámonos a casa, Maylan —dijo con voz débil—. Estoy muy cansada.

—Sí, yo también. Pero antes necesito darle a Clarisa un par de medallas de San Benito. Puede que no sirvan para nada, pero me quedaré más tranquilo.

—Claro.

—Y le propongo algo, damisela: mañana nos quedaremos todo el día en casa. Cocinaré y te cuidaré como la reina que eres, ¿te parece? Necesitamos un respiro o nos volveremos locos.

—Una proposición difícil de rechazar, caballero. La panadería está a buen recaudo, así que... Acepto.

Aunque ambos intentamos distender el ambiente, nuestros rostros no supieron mentir: el desazón corroía cada centímetro de nuestros cuerpos.



«Cuélgale una del cuello a Nicholas y tú haz lo mismo», le rogué.

No hizo preguntas. Me miró, le echó un vistazo a las medallas, asintió y dio las gracias. Nicholas ya se había acostado, así que la visita fue un visto y no visto. Se despidió con un «llámame si hay novedades», cuando a punto estaba de subirme al coche.

Tocaban las once cuando salíamos del ascensor dirección a la puerta del piso.

—Voy a hacerte la cena y luego nos tumbamos en el sofá con una mantita a ver la tele, ¿vale? Sé que es tarde, pero necesito darte cariño, calor humano, sentir que mi vida fluye como debiera.

—Sí... Pero seguro que me quedo «tiesa» en un santiamén.

—Si no te importa —dije ya cerca de la puerta—, yo me quedo tieso primero. Y si ronco, me das una colleja. No existe otra forma de silenciarme, te lo advierto...

Sonrió al tiempo que yo advertía algo extraño en la puerta: una especie de pintada. Cuando la tuve delante, se acabaron las bromas; el buen ambiente — otra vez— duró poco.

«No nos va a dar tregua».

Encontré un escrito a modo de «grafiti». Decía: «MUÉRETE, MAYLAN».

Me alertó un sonido. Volví la vista buscando la procedencia del leve chirrido. En bata, la señora Winston nos miraba desde el interior de su piso, refugiada tras la puerta entreabierta. Parecía recelosa.

—Buenas noches, señora Winston —saludé intentando aparentar

normalidad.

No me devolvió la cortesía. Seria, me instó a que me acercara con un repetitivo gesto de su mano. Lo hice. Una vez la tuve a medio metro, susurró:

—Sé quién lo ha escrito. Ayer por la noche me levanté a orinar y oí un ruido extraño, me asomé y le vi.

—¿A quién?

—A tu amigo el moreno.

—¿Dalmacio?

—No sé cómo se llama, Maylan. Le reconocí porque le había visto antes contigo.

—Espere un momento.

La anciana asintió.

Entré en mi piso.

—¿Qué ocurre, Maylan? —preguntó Susan en el recibidor.

—Ahora te lo explico.

Anduve hacia el mueble donde reposaba el televisor. Abrí uno de sus cajones y saqué un pequeño álbum de fotos. Extraje una instantánea en la que posábamos todos los compañeros del trabajo.

De pronto, recordé al tipo que me apuntó con un arma desde el pasillo. Se me aceleró el pulso.

«Debería haber inspeccionado cada habitación antes de que entrara Susan».

—Acompáñame fuera.

—Claro.

Con Susan a mi lado, caminé al encuentro de mi vecina.

Seguía parapetada tras la puerta, temerosa; o quizá solo le daba reparo salir en bata y pantuflas.

—¿Lo ve en esta foto, señora Winston?

—Sí, claro: el segundo por la derecha.

«*Joder, Dalmacio, ¿tú también?*».



Lo primero que hice tras revisar cada habitación, fue colocar un San Benito en la puerta de entrada y otro en la de mi habitación. Luego preparé la cena mientras Susan saboreaba mi mejor vino. Puse la calefacción tan alta, que parecíamos pervivir en un infierno aún más vasto del que en realidad estábamos. Pero el calor, el poder andar escaso de ropa, descalzo, me hacía sentir cómodo, hogareño.

Cenamos, hicimos el amor y vimos la televisión. Por unas horas me olvidé del demonio, de mi madre, del padre Mills, de la sábana, de Nicholas, de Steven... Me olvidé del mal hasta quedarnos dormidos.

Irremediablemente salió el sol, y con él volvieron los malos augurios.

«*¿Cuál es su punto débil? ¿Dónde puedo hacerle daño? —pensé abrazado a Susan, notando su calor, a gusto—. ¿Por qué me ataca?*».

De pronto, recordé varias explicaciones de Steven: «Los desobedientes empezaron a odiar a Dios y a verlo como a una cadena que oprimía su libertad, a tornarse rebeldes, soberbios...». «(...) los Siete Príncipes del Infierno, comandados, cómo no, por Lucifer, al que se le atribuye la Soberbia como pecado».

Se me abrieron los ojos de par en par.

«*La Soberbia: ese es su punto débil*».

«*Al final, Steven va a resultar de más ayuda de la que imaginaba*».

—Susan, despierta —le susurré mientras la «zarandeaba» con suavidad.

—¿Qué pasa, Maylan? —balbució adormecida, guerreando por despertarse del todo. Puse mi granito de arena dándole un suave beso en la mejilla.

—Buenos días, preciosa.

—Buenos días, «despertador».

Tras varios bostezos y estiramientos, se incorporó con el pelo alborotado.

—Llevaba años sin dormir tan profundo —aseguró sonriente—. Me siento bien. ¿Preparas café?

—Enseguida. Pero antes quiero explicarte cuál será la solución a nuestros problemas. —Susan frunció el ceño—. Es como si todos los astros del Universo se hubieran alineado. Hemos ido de puerta en puerta hasta dar con el quid de la cuestión: el motivo de su obsesión por mi persona. Primero, el padre Joseph nos condujo hasta el padre Mills; luego fue la visita al convento, donde dimos con el ‘cómo’; más tarde con Steven; luego con el «grafiti» de Dalmacio... Y ahora tenemos una sábana sacra, una forma de atraerle y un recipiente donde contenerle.

—Explícate mejor. No acabo de entenderlo del todo.

—Invitaré a Dalmacio a cenar. El demonio le conoce. Si le provocamos, si conseguimos sacar a la luz su soberbia, le utilizará para atacarnos. Antes, dispondremos el comedor con las dos sábanas y varias cuerdas listas para ser atadas, colocando otras en las patas de una cama que robusteceremos de cara al exorcismo. Limpiaremos la habitación, sacaremos las mesitas, el armario, los cuadros..., la dejaremos únicamente con la cama.

»Invitaremos al demonio a una cena que no olvidará.

—Es arriesgado —dijo alzando el brazo, mostrándome su vello erizado—, pero es el mejor plan que he escuchado hasta el momento.

INCITANDO AL MAL

—¿Sí?

Su voz sonó contenida, muy alejada de su habitual tono enérgico.

—¿Qué pasa, tío?

—Aquí. Tirando.

Ni siquiera me preguntó si estaba mejor de mis —falsas— dolencias.

—Oye. Vengo del médico y me ha dicho que ya no hay peligro de contagio, y he pensado que quizá querrías pasarte a cenar esta noche, y así conoces a Susan.

—No sé... No me encuentro demasiado bien.

—No aceptaré un ‘no’ por respuesta. He comprado cervezas de las que te gustan... Si no vienes, iré a buscarte, colega.

Se quedó en silencio. Le di tiempo a pensar, a sopesar la situación.

—Pues vale, tío. Si me lo pones así... ¿Me paso sobre las ocho?

—Perfecto. Ah, y dile al jefe que mañana me reincorporo.

«Espero que con una sonrisa de oreja a oreja».

—Vale. Nos vemos.

—Hasta luego.

Colgué.

—Hecho —le dije a Susan, que se mordía las uñas de pie a mi lado.



Una atadura en cada pata de la cama; la habitación despejada; dos sábanas bajo la mesa del comedor, con sendas cuerdas dispuestas para ser atadas; los San Benito alejados, al otro extremo del piso; y tensión, mucha tensión.

El reloj estaba a punto de marcar las diez cuando sonó mi móvil: Hellen.

«*Qué oportuna, joder*».

Descolgué.

—Hola, hermana.

—Hola, Maylan. ¿Cómo estás?

El tono de su voz describía perfectamente su estado de ánimo: decaído.

—De salud, bien; de moral, no tanto. ¿Y tú?

—Igual. Pero... ¿Seguro?, ¿estás bien?

—¿Qué pasa, Hellen? Desembucha, que nos conocemos...

—Nada grave. Pero ayer tuve un sueño que me destempló.

—Cuéntamelo.

—Escuché voces, susurros. Lo extraño es que dentro del sueño sabía que estaba soñando. Nunca me había sentido así, tan consciente.

—¿Y qué decían esas voces?

Se escuchaban lejanas; un «déjame entrar» que se perdía poco a poco. Luego oí tu nombre una sola vez, y desaparecieron.

—Solo era un sueño, hermana. Estoy bien, en serio. Es más: en unos días, Susan y yo os haremos una visita. A todos nos vendrá bien un día en familia, ¿no crees?

—Por supuesto. Mi casa es la tuya, ya lo sabes.

—Sí, lo sé. Te quiero.

—Yo también te quiero, Maylan. Adiós.

Colgó.

Me incomodaban las despedidas con un «adiós»; dejaban un poso amargo en mi cuerpo. Prefería un «hasta la próxima», un «nos vemos» o un «ya hablamos». Y aquel «adiós», aquella palabra de boca de Hellen, me supo a alejamiento.

«Riiiiing...».

«*Debe de ser Dalmacio*».

Me levanté del sofá como si me empujara un muelle.

Eché un vistazo al comedor: todo estaba listo.

Observé a Susan y le sonreí; se mostraba tensa, nerviosa.

—Después de esta noche volveremos a la normalidad, estoy convencido.

Me regaló una sonrisa que, aun incompleta, me pareció preciosa.

«*Es ahora cuando necesito tu ayuda, Jesucristo* —pensé de cara al telefonillo—. *Si no es por mí, hazlo por ella, por mi hijo*».

—¿Sí?

—Dalmacio.

Le abrí, regresando de inmediato al comedor. Al entrar, di una enérgica palmada.

—Sigamos el plan y todo irá bien.



—¿Qué pasa, tío? —le dije nada más abrir.

Llevaba puesto un tejano ancho, una camiseta blanca y unas zapatillas de deporte; demasiado informal para mi gusto. En cambio, yo vestía un pantalón de pinzas negro, una camisa gris y unos zapatos de piel marrón; yo parecía estar en una boda y Dalmacio en un McDonald's. Susan llevaba puesto un vestido negro que realzaba su esbelta figura. «Pongámonos guapos», le dije. «Hoy tenemos invitados importantes: Dalmacio y, nada más y nada menos que al Demonio».

—Pues aquí estamos, con ganas de conocer a Susan —contestó risueño. Pero por mucho que asemejara el Dalmacio de siempre, yo, en sus ojos, advertí intranquilidad. Ni siquiera comentó lo del «grafiti», que, sea dicho de paso, seguía en la puerta para su disfrute.

—Sí, vamos. Espera en el salón.

Una vez estuvieron cara a cara, procedí con las presentaciones.

—Dalmacio, Susan. Susan, Dalmacio.

Se dieron dos besos.

—¿Una cerveza? ¿Un vino, Susan?

Ambos asintieron.

Anduve hacia la cocina mientras hablaban del tiempo, de trivialidades varias; lo habitual cuando dos personas acaban de conocerse.

Volví con las bebidas y un tentempié para ir abriendo boca.

Le pregunté a Dalmacio cómo avanzaban los trabajos en la rectoría. Aseguró que favorablemente, que en un par de semanas estaría lista. «Pero si estás tú, por supuesto, acabaremos antes», apuntilló guiñándome el ojo. Y así, hablando un poco de todo, llegó el momento de sentarse a la mesa; y del

interrogatorio.

Saboreando el primer plato, con la lengua más suelta de lo habitual gracias al alcohol —me mesuré, por supuesto—, le hice la primera pregunta, la que debía ser la detonante:

—No puedo creer que hayas pasado por alto la pintada que un hijo de puta ha dejado en mi puerta. —Su rostro mutó de la relajación al estrés. Empezó a transpirar —o eso me pareció— de mala manera—. En serio, ¿no lo has visto?

—Pues..., sí, pero he preferido no comentarlo para no arruinar la velada. He pensado que, si te apetecía, tú mismo sacarías el tema.

—Ya —dijo Susan tajante, en tono jocoso.

Dalmacio la miró extrañado.

—¿Sabes? —dije cada vez más altivo, chulesco—. Hay un ente que no deja de tocarme las pelotas. Por suerte, solo va por ahí metiéndose en los sueños de otros, alentándoles a que me hagan daño. Ni siquiera puede poseerme, ni engañar a Nicholas, ni a Hellen... Supongo que será uno de esos esbirros de Satán que no valen más que para inquietar, mover objetos, hacerte escuchar voces...

A Dalmacio empezaba a bajarle una gota de sudor por la patilla. No hablaba, solo escuchaba atónito.

—Lo curioso —explicó Susan tras sorber de su copa de vino— es que ese «ente» pretende hacer polvo psíquicamente a Maylan, y lo hace a través de sus seres queridos. Así que, cabronazo, te ha elegido porque él te aprecia. Y tú, en vez de decírselo, le pintas un «Muérete, Maylan» en la puerta. Con amigos como tú, no hacen falta enemigos, vaya.

Se hizo el silencio. Por un momento pensé que iba a levantarse y largarse dando un portazo.

—Solo es una pintada —susurró con la cabeza gacha, mirando su plato—, letras que no pueden hacer daño, Maylan. Pero ese demonio sí puede hacérselo a mi hermana, a mis sobrinos... Le vi sobre mi pecho y te aseguro que no estaba soñando. Me rajó. Lo hizo durante tres noches hasta que me

prometió dejar de hacerlo si pintaba el mensaje. Créeme cuando te digo que lo siento, que lo hice porque no pensé que tuviera más repercusiones que un buen susto. Me acojoné mucho, tío.

—Por suerte, amigo, como bien dices, no ha tenido repercusiones más allá de un sobresalto. —Me dio pena. Estaba a punto de echarse a llorar—. Ese demonio pretende acabar conmigo. —Reí—. Pero es un pringado. No puede ni lo podrá nunca. Es más: hoy, en todo el día, no ha tenido agallas de acercarse a mí. Dejas unos San Benito esparcidos por la casa y huye con el rabo entre las piernas; un demonio del montón, del tres al cuarto.

Dalmacio parecía encontrarse indispuerto. Me pareció que sus ojos se tornaban amarillos, que su piel empalidecía, que sus manos temblaban...

«Vamos, demonio, déjate ver».

—Lo dicho —proseguí alzando la voz—: que el padre Anthony le dio para el pelo hace cuarenta años y ahora no puede con un simple mundano.

Entonces noté cómo la agradable temperatura del comedor se volvía menos placentera. Y sin verlo venir, escuché un grito desgarrador; un alarido que hizo temblar las copas, los cubiertos, los platos...

—¡Cállate, Maylan!

El demonio acababa de picar el anzuelo.

Pero el rugido no provino de Dalmacio, sino de Susan. Sus ojos negros y su boca abierta, oscura y profunda, no dejaban lugar a dudas. En cambio, las pupilas de Dalmacio parecían haberse congelado, sin vida. Arqueó las cejas y entreabrió la boca mientras fijaba la mirada en la única mujer de la sala.

Empujé la silla donde descansaba la recién poseída hasta volcarla con ella encima. No pensé: actué. Mis extremidades parecían moverse solas, ir por su cuenta. Seguí el plan, pero con otro cuerpo.

Le quité el vestido sin ni siquiera desabrochárselo, por la cabeza, despojándola de la ropa interior, de los zapatos, pendientes, anillos..., y lo hice a una velocidad de vértigo. Me coloqué entre ella y Dalmacio para que este no la viera desnuda. Entretanto, sus ojos seguían negros. Cogí una servilleta de la mesa y se la ató a la muñeca. Luego eché mano de la sábana y

la cubrí, atándola, atrapándola. Para más seguridad, la envolví también con la tela de repuesto —de ese modo, además, su cuerpo desnudo apenas podía distinguirse dentro—. Y mientras tanto, Dalmacio me observaba patidifuso.

«Hay que intentarlo. Si no funciona, la liberamos y aquí no ha pasado nada. Pero hay que intentarlo. Estoy seguro de que ella lo hubiera querido así».

Empezó a convulsionar, a rugir como un tigre atrapado en una red; el demonio sentía el peso de la cárcel que le habíamos preparado.

—¿Lo sabes, Maylan? —escuché desde el interior de la tela; la voz de Susan distorsionada, rota—. Su muerte es la única vía. El papi Anthony dejó que la monja la palmara, pero sé que tú no eres capaz de sacrificar a tu puta.

Le ignoré.

—¡Joder, Dalmacio! ¡Lo estás escuchando, has visto sus ojos...! ¡Ayúdame a transportarla!

Hizo ademán de correr en dirección contraria, de huir, pero finalmente accedió a socorrerme, a socorrernos.

—Luego te lo explico todo —le dije mientras yo la levantaba por las manos y él por los pies.

La llevamos en volandas mientras se retorció y carcajeaba. De la forma menos ortodoxa la echamos sobre la cama, sujetándola por las muñecas y los tobillos. Me alegré de haber forrado las cuerdas con pedazos de una manta para que no produjeran roces; cuando Susan me ayudó a hacerlo, no pensamos que acabarían protegiendo sus brazos.

Una vez inmovilizada, dejó de moverse. Bajo las sábanas dibujaba una estrella. El pecho se le hinchaba y desinflaba, pausado, siniestro. Mas estaba quieta, en apariencia tranquila. Miré lo poco que podía vérselo: los contornos.

«No permitiré que te haga daño».

—Vigíla —le dije a Dalmacio, que permanecía mudo a mi espalda—. Salgo al pasillo, he de hacer un par de llamadas. Luego te cuento lo que está

pasando. Confía en mí, ¿vale?

No le di tiempo a que respondiera; salí como alma que lleva al diablo, como si el tiempo fuera a agotarse de un momento a otro.

Fuera, marqué el número de Steven.

—Dime, Maylan.

—En menos de cuatro horas se efectuará el exorcismo.

—Bien. He averiguado que...

Colgué antes de que terminara la frase; él no necesitaba más explicaciones y no era el momento de que yo escuchara las suyas.

Llamé a Mills.

Descolgó antes del tercer tono.

—¿Ya?

—La tenemos atada a una cama. De momento se mantiene tranquila. Pero sí: hemos pillado a ese maldito demonio.

—¿Es una mujer?

Suspiré justo antes de que una lágrima descendiera por mi mejilla.

—Es Susan.

—¿Susan? —Se quedó unos segundos en silencio, juraría que santiguándose—. Que Dios nos perdone.

MOMENTOS DE LUCIDEZ

—¿Recuerdas el San Benito colgado en la puerta que daba al sótano de la rectoría? —Asintió en el pasillo, ante la puerta de mi cuarto. Dentro no se escuchaba más que la profunda respiración de Susan—. Bien. Pues allí abajo encontré un rosario; uno que encarcelaba al demonio que viste en sueños. Y por azares del destino, lo liberé de un cautiverio de cuatro décadas. Al despertar, ansioso por inducir el mal, intentó poseerme, pero no pudo. No sé el motivo de dicha inmunidad, pero le llevó a usar a otros en mi contra con la mera intención de hacerme la vida imposible, conducirme al suicidio. Ha logrado matar a mi madre, y no se detendrá hasta alcanzar su auténtico propósito. Y lo que has visto en el comedor es una forma de contenerle, de evitar que escape del cuerpo de Susan.

—¿Y ahora qué?

Le agarré de los hombros y miré fijamente a esas pupilas que brillaban como un lago circular.

—Un entendido en demonología y un exorcista vendrán a ayudarnos. Expulsaremos al demonio del cuerpo de Susan y lo atraparemos en la servilleta que he atado a su muñeca.

—Es una locura, Maylan. Si no hubiera visto a ese demonio..., te juro que llamaría ahora mismo a la policía.

—Pero lo viste. Y por eso estás aquí.



«Intenta mantenerte alejado de la poseída», dijo Mills antes de colgar. «Espérame fuera de la habitación. No entres si no es imperiosamente necesario. Llegaré lo antes posible».

Tenía un *vigilabebés*. Con el trajín del divorcio acabó de forma involuntaria en una de mis maletas, y como Nicholas no lo necesitaba, me lo quedé.

Lo coloqué en la entrada de mi cuarto. Aunque careciera de cámara, nos ayudaría a controlar a Susan, o, más bien, al demonio que llevaba dentro.

Nos sentamos en el sofá.

Necesitaba que Dalmacio se quedase. Le requería como a un sustento moral, como a esa voz amiga que calma, que te hace sentir en casa. Pero tampoco podía obligarle.

Fui a la cocina a por un par de cervezas.

Se la bebió casi de un trago. Yo, en cambio, apenas le di un par de sorbos.

El *vigilabebés* distorsionó. Luego escuchamos la voz de Susan.

—Hazlo. Envíalo de vuelta al infierno.

«*Momentos de lucidez*».

Nos miramos. No dijimos nada. Solo observamos el miedo que se escondía tras nuestras miradas. Y entre aquel silencio, surgió del aparato una voz distinta, gruesa y lúgubre:

—No os va a ayudar. No hizo nada cuando acabé con sor Patricia ni cuando murió el pequeño Alan, ni cuando mandé asesinar a la zorra de tu madre. No acudirá. Lujuria, pereza, gula, ira, envidia, avaricia, soberbia...

Robo, pederastia, violación, discriminación, violencia... Guerra, genocidio, asesinato... ¿Dónde está cuando se llevan a cabo? El mal siempre vence, y así lleva siendo desde tiempos inmemoriales.

Apagué el aparato; al menos, hasta que acabara su pretenciosa locución.

—¿De quién habla? —preguntó Dalmacio con el rostro desencajado.

—De Jesucristo. El padre Mills actúa en su nombre; así que, sin Él, estamos perdidos. El Demonio solo intenta desalentarnos. Es su juego; y juega con cartas marcadas.

—Pero tú no crees en Dios.

—No creo en la Iglesia. Pero si vieras lo que yo he visto...

Sonó el telefonillo.

—Debe de ser Steven, el entendido en demonología.

Le abrí. Esperé a que subiera. No tocó el timbre: golpeó la puerta con los nudillos.

—Hola, Steven.

Esta vez vestía de impoluto negro: camiseta, tejanos y zapatillas; acorde con el momento.

—Hola, Maylan. Tengo que contarte un par de cosas muy interesantes —dijo enseguida, como si estuviera refrenando las palabras dentro de su boca.

—Claro. Vayamos adentro. Estoy con un amigo de confianza. Lo sabe todo. Puedes hablar sin reparos.

—¿Y Susan?

—Susan está amarrada a la cama.

—Mierda.

No dijo más; su semblante lo exteriorizó todo.

Una vez en el comedor, les presenté. Se estrecharon las manos. Tras ello, el experto en demonología habló:

—Es un farsante o, en todo caso, no quien pretende hacernos creer.

—Explícate —rogué al tiempo que encendía de nuevo el *vigilabebés*; esta vez, solo escuché la sonora respiración de Susan.

—El demonio que posee a Susan no es el denominado ‘demonio de los sueños’, sino uno mucho más poderoso. Pero no conozco su nombre. En realidad, podría ser cualquier esbirro de Satán. Lo que ha estado haciendo no cuadra con quien dice ser. Podría torturar psíquicamente a los poseídos, mover objetos, hacerles ver cosas terribles, provocarles daños físicos..., pero en cambio, «nuestro» demonio es sutil, paciente. Se basa en el engaño y es obcecado como pocos, orgulloso a más no poder. La soberbia no es extraña en un demonio, pero sí el temple. Tengo mi propia teoría al respecto, pero no va a gustarte.

—No creo que ninguna de tus posibilidades —dije ido, en las nubes, como viviendo un sueño—, vaya a ser de mi agrado.

—Estimo que Susan lleva más de un demonio dentro. Creo que ante la imposibilidad de poseerte, el que liberaste pidió ayuda. Por eso sus actuaciones no han seguido patrón alguno. Todos fingen ser ‘el demonio de los sueños’, pero en realidad te han estado atacando un variado número de «entes». Nos hace creer que nos enfrentamos solo a él. Pero «el demonio de los sueños» es demasiado orgulloso como para admitir que ha recurrido a otros.

La cara de Dalmacio era todo un poema; la mía, un cúmulo de sensaciones: frustración, miedo, rabia, pena, dolor...

—Agradezco tus esfuerzos, Steven —dije al borde de un ataque de ansiedad—, pero creo que estás entrando en modo «*friki satánico*». Has visto demasiadas veces El exorcista, no sé si me entiendes... Intenta hablar cuando tengas algo en claro y no conjeturas sin fundamento. Esto no es una telenovela de diablillos, joder; esto es la puta realidad.

Asintió visiblemente decepcionado. Con el tiempo me arrepentí de aquellas palabras. Pero en aquel momento, mi estado no era el propicio para filtrar apreciaciones de aquella índole.

—Entra, Steven —se escuchó a través del *vigilabebés*. La voz no era la de Susan—, y nos presentaremos uno a uno. Te diremos nuestros nombres,

aprendiz de demonólogo. Ven, no temas, no te haremos daño.

Le miré a los ojos y negué con la cabeza.

—Esperaremos al padre Mills. Nadie entrará en esa habitación mientras no peligre la vida de Susan.

El portabebés «escupió» un grito feroz. Y esta vez sí pertenecía a Susan.

—¡Ayúdame, Maylan!

Corrí hacia mi cuarto. Abrí la puerta azorado y a punto estuve de atragantarme con mi propia saliva: la cama levitaba, y no precisamente a un palmo del suelo. Aunque en realidad, era ella quien flotaba, arrastrando el lecho tras de sí. Su cuerpo —la sábana— tocaba el mismísimo techo. Mas las ataduras seguían apretadas, ciñéndola contra el colchón.

Dalmacio y Steven contemplaron incrédulos a Susan tumbada, suspendida en el aire.

Escuché una voz en mi cerebro: «Bájala, Maylan. Tira de las patas y vuelve a posarla sobre el suelo». Pero mi cuerpo no reaccionó. Me quedé estático al igual que mis dos acompañantes.

La cama descendió lentamente hasta quedarse a la altura de nuestras cabezas. Se inclinó, colocándose en vertical, mostrando la sábana bajo la que permanecía Susan, allí donde se «escondía» el mal. Las piernas de la poseída se juntaron lentamente, describiendo con su figura una cruz. Las ataduras se aflojaron mientras la sábana ondeaba aunque no existiera brisa alguna. Los contornos acentuaron la escena de la crucifixión. Las muñecas empezaron a sangrarle al igual que los pies, empapando la tela de un rojo carmesí.

—Jesús murió en la cruz para salvar al hombre —percibimos; gruñido que parecía provenir de todas partes—, pero no lo consiguió. Tú puedes triunfar donde él fracasó. Entrégame tu vida, quítatela para mí, y tu puta y el niño de tu hijo vivirán en paz el resto de sus días. Sabes que tarde o temprano acabaré matando a todo el que te importa. A ti también, mejicano maricón. Una vida: bajo precio por deshacerse de un demonio, ¿no crees, Maylan? Tu savia a cambio de muchas. Tómate tu tiempo. Piénsatelo.

Una estridente risotada retumbó entretanto la cama volvía a colocarse en

posición horizontal. Se mantuvo así unos instantes hasta descender de forma brusca. Las patas se rompieron; Susan se agitó sobre el colchón. Me acerqué titubeante: sus piernas volvían a estar abiertas, las sujeciones firmes, las muñecas y pies intactos, la tela sin una sola mancha.

Turbaba no poder verla.

La contemplé como a una sombra, un preso velado por estrechos barrotes de tela.

—No temas —dijo con una voz suave, dulce—. Estoy bien. No flaquees, cielo. Sácamelo. Desháznos de él para siempre.

—Lo siento —musité gimoteando, sin fuerza ni esperanza.

—Susan se ha ido —contestó el demonio—, y no volverá. A no ser, claro, que me des algo a cambio. Y ya sabes lo que deseo.

«Acude pronto, padre, o cuando llegues quizá sea demasiado tarde».

EL ÚLTIMO EXORCISMO

Como prometió, Susan se mantuvo en silencio; tampoco él volvió a incordiar. Cumplió con lo «acordado»: «Tómate tu tiempo. Piénsatelo». Por desgracia, cuanto más lo hacía más me aproximaba a la desesperanza.

Aguardamos al padre Mills durante más de dos horas; cada minuto se hizo eterno. Nadie pronunció una sola palabra durante aquella larga y desesperante espera.

Se escuchó el timbre.

«Por Dios, que sea él».

Me levanté enérgico. Anduve hacia el telefonillo mientras Dalmacio y Steven me observaban tan pálidos como el ambiente. Tal cual avanzó la noche, todo pareció ir destiñéndose.

—¿Sí?

—Mills.

Suspiré aliviado.

Le abrí.

—Suba, por Dios.

Entró con el maletín bien sujeto en su mano derecha, vistiendo chaquetón, camisa y pantalón negros; solo el alzacuello «desentonaba» en aquella oscura indumentaria.

—Hola, padre.

—Hola, Maylan. ¿Cómo estás? Supongo que ha sido duro...

Hizo ademán de pasar al comedor, pero le agarré del brazo y le miré a los ojos. Prefería hablar con él allí, alejados de Dalmacio y Steven.

—Hoy no podemos cometer el mismo error que el padre Anthony.

—No permitiré que muera, Maylan. Eso jamás.

Pronunció las palabras justas: las que necesitaba oír.

Asentí.

«Bienvenido, padre», se escuchó desde el cuarto de estar.

—Controlamos lo que ocurre en la habitación con un *vigilabebés* —le expliqué, adelantándome a su inevitable pregunta—. El mal le saluda.

—¿Un *vigilabebés*? Los tiempos cambian...

»Veo que el demonio se muestra cortés. Devolvámosle el recibimiento arrojándolo al infierno. ¿Has cubierto a Susan como lo hablamos?

—Sí, completamente desnuda y con una servilleta de tela donde alojar al demonio.

—Obraré para que Jesucristo exorcice a Susan. Una vez el demonio sea expulsado por la gracia de Dios, no podrá volver a poseer —al menos de inmediato— su cuerpo. Entonces se verá realmente apresado, y buscará refugio en la servilleta.

»No va a ser fácil, Maylan. Son muchos los factores que deben aunarse. Pero Dios está de nuestro lado. Le dejaremos el trabajo duro, ¿te parece?

Me guiñó el ojo, supongo que intentando calmar mis ánimos.

—No perdemos nada intentándolo. Si la cosa no va bien, buscaremos otras opciones.

»He de comunicarle algo: en el comedor esperan mi amigo Dalmacio y Steven, un entendido en demonología. El primero debía estar en el lugar de Susan, ya me entiende, y el segundo insistió en asistir. Pensé que usted y yo éramos insuficientes para llevar a cabo un exorcismo. Espero no haberme

equivocado. De todos modos, puedo pedirles que se vayan si lo ve oportuno. A propósito: según el demonólogo, Susan lleva más de un demonio dentro.

Mills se mantuvo meditabundo.

—Has hecho bien llamándoles. Hoy, toda ayuda será poca. Entremos —dijo decidido—. No hay tiempo que perder.

Enérgico, estrechó las manos de Dalmacio y Steven. De inmediato, sobre la mesa, abrió el maletín.

—Haced lo que os diga —decretó imperturbable—. No habléis con el demonio ni le miréis a los ojos, ¿entendido?

Todos asentimos entretanto él se preparaba.

—¿Entendido?!

Su grito me sobresaltó, pero al mismo tiempo fue tranquilizador; su seguridad resultaba encomiable.

—Sí —contestamos al unísono.

Ahora debo daros la absolución.

Se colocó el sobrepelliz y la estola violeta sobre los hombros. Y ante cada uno de nosotros recitó el mismo rito:

—Dios, Padre misericordioso, que reconcilió consigo al mundo por la muerte y la resurrección de su Hijo y derramó el Espíritu Santo para la remisión de los pecados, te conceda, por el ministerio de la Iglesia, el perdón y la paz. —Persignó al aire, ante nuestras cabezas—. Y yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.

Una vez absueltos sacó el libro Ritual Romano del maletín, abriéndolo por el capítulo doce: De exorcizandis Obsessis a Daemonio, una pequeña botella con agua bendita y un crucifijo con adornos de plata y ocre.

Anduvo al encuentro del demonio.

—Tras de mí —ordenó belicoso—. Luchemos contra el mal.



Abrió la puerta. Miró alrededor mientras el vaho salía vigoroso de su boca. El somier tocaba el suelo y sus cuatro patas se desperdigaban por la estancia —en su momento, el miedo evitó que las recogiéramos—, las sinuosidades de Susan se perfilaban bajo la tela...

Mills me miró de soslayo, frunciendo el ceño.

—Hemos tenido algún que otro percance —susurré.

Sin mediar palabra, señaló a Steven y a la esquina inmediata a su derecha, pegada a la puerta. Este, en silencio, se colocó donde indicaban los dedos del cura. Luego hizo lo propio con Dalmacio, asignándole el vértice contrario.

—Tú conmigo —musitó, finalizando así la distribución de los componentes del exorcismo.

Avanzó hasta colocarse al pie de la cama, a los pies de Susan, a los pies de la endemoniada.

—Padre, permitiste que muriera desangrado por el esfínter.

De la sábana emergieron las palabras de un niño, las del pequeño que murió tras negársele el exorcismo cuando Mills ejercía de exorcista para el Vaticano: la voz del joven Alan. Pero el padre conocía las tretas del demonio mejor que nadie, y no iba a dejarse engañar. Sus ojos se empañaron, sí, pero respondió al maligno con una considerable dosis de agua bendita. Roció la sábana, que expulsó vapor donde caían las gotas; humo sazonado con gritos de dolor. Tras purificar a la poseída, esparció líquido por cada esquina de la habitación. Convertía el cuarto en un lugar *non grato* para Satanás; y aquello solo fue el principio.

Susan se retorció, doblaba el cuerpo tanto como le permitían las

sujeciones, marcándosele los pechos en la tela, su sexo, la cintura... La doble capa no evitaba que se intuyera su desnudez.

Mills abrió el Ritual Romano y empezó con las letanías: «*Regna terrae, cantata Deo, psallite Cernunnos,*

Regna terrae, cantata Dea psallite Aradia.

Caeli Deus, Deus terrae,

Humiliter majestati gloriae tuae supplicamus

Ut ab omni infernalium spirituum potestate,

Laqueo, and deceptione nequitia,

Omnis fallaciae, libera nos, dominates.

Exorcizamus you omnis immundus spiritus

Omnis satanica potestas, omnis incursio,

Infernalis adversarii, omnis legio,

Omnis and congregatio secta diabolica.

Ab insidiis diaboli, libera nos, dominates,

Ut coven tuam securo tibi libertate servire facias,

Te rogamus, audi nos!

Ut inimicos sanctae circulae humiliare digneris,

Te rogamus, audi nos!

Terribilis Deus Sanctuario suo,

Cernunnos ipse truderit virtutem plebi Suae,

Aradia ipse fortitudinem plebi Suae.

Benedictus Deus, Gloria Patri,

Benedictus Dea, Matri gloria!»

Con cada palabra aumentaba la irritación del demonio, que gruñía y blasfemaba a través de Susan. El cura le ordenaba callar en nombre de

Jesucristo, pero este hacía caso omiso a sus mandatos.

—Padre, ¿a cuántos niños has violado hoy? —le preguntó entre risas—. ¿No serías tú el causante directo de la muerte de Alan, y me cargaste el muerto...?, jajaja...

Tras orar unos minutos se acercó a la poseída, agarrándola de la cabeza con una mano —aunque en realidad tocaba la tela—, mientras que con la otra mantenía el crucifijo en alto, ante sus ojos. Yo le observaba desde los pies de la cama.

El demonio reaccionó, convulsionando y apretando los dientes. La sábana empezaba a marcar el sudor de Susan, sus babas... Aunque no pudiéramos verla, los sonidos y los contornos propiciaban que imagináramos sus gestos.

—¡Jesucristo, te ruego que expulses a cualquier espíritu maligno aferrado a tu hija Susan!

De súbito, el demonio se silenció. Mills frunció el ceño sin dejar de apretar sobre su frente. Escuchamos un leve murmullo que trascendió a risa malévolas, a un *in crescendo* burlón.

—¡Dejémonos de juegos, cura! —El tono de aquella voz nos dejó petrificados; hizo que temblaran nuestros tímpanos—. Es hora de mostrar el auténtico poder de Satán.

—¡Ayudadme! —gritó Mills—. ¡Contenedla!

Tardamos en obedecer, pero finalmente Steven acabó sujetando sus piernas, Dalmacio su brazo izquierdo y yo el derecho. Mas lo hicimos por poco tiempo. Cuatro puños invisibles nos golpearon los pechos, lanzándonos contra las paredes. Desde el suelo vimos cómo la cama levitaba. Ascendió hasta quedarse suspendida sobre nuestras cabezas, volteándose despacio, dejando a Susan ante nuestros ojos. Las cuerdas se desataron como cuatro serpientes aladas, quedándose asimismo suspendidas en el aire. La que «sellaba» la sábana se desanudó también. La fina tela se deslizó por la piel de la endemoniada, mostrándonos su desnudez. El pelo le ondulaba a cámara lenta; sus ojos se mostraban negros, abismados; y su piel lucía amarilla, venosa, como la niña que le arrancó un pedazo de oreja.

—Ahora es mía —dijo el demonio. Por primera vez, le escuchábamos al tiempo que ella movía los labios—, y no pienso dejarla.

—Este no es ‘el demonio de los sueños’ —susurró Steven con la espalda ceñida a la pared, aterrorizado.

«Es el fin. La he arrastrado al infierno».

—Si me quito la vida, ¿te irás, os iréis para no volver?

—Dásela y cumplirá con su promesa —dijo el enviado del ‘demonio de los sueños’—. Nada le ata a ti. El mundo está repleto de almas que atormentar; almas débiles y propensas.

La cama volvió a posarse en el suelo. Pero esta vez, Susan permanecía desnuda sobre ella.

—Salgamos —demandó Mills.

Una vez en el pasillo, lo agarré fuertemente del brazo, arrastrándolo hasta la cocina. Antes, les pedí al resto de los integrantes del frustrado, corto y desalentador exorcismo, que esperaran afuera.

—¿Y ahora qué? —le pregunté ante el fregadero—. La he condenado.

—Solo podemos continuar. Algunas veces requiere de muchos intentos, semanas, meses...

—¿¡Está usted ciego, padre!?! —le recriminé trastornado, sintiendo cómo la vida se me iba al traste—. ¡Ha estado jugando con nosotros! ¡Se ha deshecho de la sábana como quien se quita un zapato! ¡Le resbalan sus oraciones, su crucifijo..., se la suda Jesucristo, joder! ¡Esto nos viene grande! ¡Si no es hoy será mañana, o pasado, pero usted sabe que tarde o temprano logrará que Susan, mi hijo, mi hermana, mis sobrinos, mis amigos..., incluso usted, mueran! ¡¿Y de qué me habrá servido entonces sobrevivir?! ¡Los dos conocemos cuál es la única solución!

Y LÍBRANOS DEL MAL

La mirada del padre Mills se perdía más allá del gres que forraba las paredes de la cocina. Absorto, con los ojos empapados en lágrimas, buscaba las palabras idóneas para aquel traumático momento.

Mi pecado no sería tal, y él lo sabía, pero a ojos del devoto, de «su» Iglesia, sería un acto pecaminoso; para el resto de los mundanos: el remedio de un hombre cansado.

—Dios no deja nada al azar —musitó al fin—. Sé que eres especial, y que por ello te ha abandonado. Los designios del Señor son inescrutables, hijo. ¿Y sabes qué? —Me agarró de las manos—. No voy a superar esto.

—Quédese con lo positivo, padre. Ahora entiendo muchas cosas. Sé por qué el demonio pretende hacernos creer que no existe: si como yo, todos los beatos le vieran de cerca, dejarían de serlo y creerían en Dios. Nunca aceptaré a la Iglesia, pero ahora percibo el más allá. Y aunque me apene perderos, no encuentro forma más digna de marcharme que haciéndolo por vosotros.

»Dígale a Nicholas que ha sido el hijo que todo hombre sueña. Dígale a Dalmacio que siempre seremos amigos. Dele las gracias a Steven y pídale perdón por no creerle. Explíquele a mi hermana lo ocurrido; no quiero que se sienta culpable. Y dígame a Susan que la amaré siempre, que aunque no ha podido ser en esta vida, la esperaré en la siguiente. Y a usted, padre... Qué menos que darle las gracias por intentarlo, por ser un hombre de fe y, ante todo, por profesarla al margen de la Iglesia y sus estúpidas normas.

»Y ahora, sea tan amable de darme la extremaunción.



Colocó el Santo Óleo —según sus palabras— sobre la encimera y lo revistió con el sobrepelliz y la estola morada —por suerte, llevaba el maletín preparado para cualquier imprevisto—, y me colocó la cruz ante los labios. «Bésala», requirió. Lo hice. Luego roció mi cuerpo con agua bendita, además de las esquinas de la cocina, repitiendo «Aperges me...», «Exaudi nos...».

Oró: «Señor Jesucristo, introduce en esta casa, con la entrada de tu humilde ministro, la felicidad eterna, la divina prosperidad, la serena alegría, la caridad provechosa, la salud inalterable. No tengan entrada en este lugar los demonios; vengan los ángeles de paz, y abandone esta casa toda discordia malévolas. Engrandece, Señor, sobre nosotros tu santo nombre y bendice nuestro ministerio; haz santa nuestra entrada en este lugar, Tú que eres santo y misericordioso y permaneces con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén».

Invocó al Señor durante al menos cinco minutos. Algunos rezos resultaron hermosos:

«Yo te encomiendo, carísimo hermano, al Dios Todopoderoso, y te encargo a Aquel que te crio; para que al pagar con la muerte la deuda de la humanidad, vuelvas a tu Autor que te ha formado del lodo de la tierra. Cuando tu alma salga del cuerpo, venga a recibirte la espléndida asamblea de los Ángeles; el Senado de los Apóstoles, que ha juzgado al mundo, venga a ti; el triunfante ejército de los Mártires salga a tu encuentro; recíbete el coro de las Vírgenes con alegres cánticos y tengas feliz descanso en el seno de los Patriarcas; San José Patrono de los moribundos, te anime con gran esperanza; la Santa Madre de Dios, María, vuelva benigna a ti sus ojos; Jesucristo se te muestre dulce y afable, y mande colocarte entre los que eternamente le asisten. Ignore la horribilidad de las tinieblas, el chisporroteo de las llamas infernales, la tortura de los tormentos. Muéstrese vencido ante ti el pésimo

Satanás con sus secuaces; tiemble y huya a la cruel confusión de la noche eterna, cuando llegues acompañado de los Ángeles. Levántese Dios y sean dispersados sus enemigos, y huyan de su faz los que le odian. Desvanézcense como se desvanece el humo; perezcan los pecadores a la vista de Dios, como se derrite la cera al calor del fuego, y alégrense los justos, y se regocijen en la presencia del Señor. Que todas las legiones infernales sean confundidas y se avergüencen, y los ministros de Satanás no se atrevan a impedir tu viaje. Líbrate Jesucristo de la muerte eterna, que se dignó a morir por ti. Cristo, Hijo de Dios vivo, te coloque entre los amenos vergeles de su Paraíso, y aquel verdadero Pastor te coloque entre sus ovejas. Él te absuelva de todos tus pecados, y te ponga a su diestra en la suerte de sus elegidos. Veas cara a cara a tu Redentor, y estando siempre en su presencia, tus ojos beatificados vean clarísimamente la verdad. Y así, colocado entre los ejércitos de los bienaventurados, goces la dulzura de la contemplación divina en los siglos de los siglos. Amén».

Como colofón al ritual, trazó con el aceite bendecido la señal de la cruz en mi frente y en cada una de mis manos, al tiempo que pronunciaba las siguientes palabras: «Por esta santa unción y por su bondadosa misericordia, te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo. Para que, libre de tus pecados, te conceda la salvación y te conforte en tu enfermedad. Amén».

Ya preparado para mi inminente encuentro con Dios, pronuncié mis últimas palabras en «vida»:

—Marchaos cuando el demonio libere a Susan; no quiero que os acusen de nada. De todos modos, intentaré dejar testigos para ahorrarnos futuros problemas.

Dije esto y abandoné la cocina.

—¿Dónde vas, Maylan? —preguntó Dalmacio al verme pasar.

Le ignoré. Enseguida escuché la voz de Mills a mi espalda:

—Déjale partir.



Cogí las llaves de la azotea. Salí. Al cerrar la puerta, suspiré largo y profundo: «Muérete, Maylan».

Subí las escaleras con un único pensamiento en la cabeza. Un juicio forzado; uno que intentaba solapar cualquier otro: «*Has de hacerlo, o de lo contrario acabará con todos*».

«Puede que haya mentido, pues el demonio domina el engaño y el disfraz, pero hay que intentarlo. No queda otra».

No lograba dejar la mente en blanco, o, al menos, pensar en aquello que pudiera hacerme desistir. Solo quedaban dos caminos, una encrucijada: el sacrificio o arriesgarme a perderlo todo, a ver morir uno a uno a mis seres queridos.

«Prefiero arriesgar mi vida a la de ellos».

Abrí la puerta de la azotea.

Fuera hallé lobreguez.

Arriba, un cielo estrellado y una luna menguante serían testigos de mi muerte; pero yo necesitaba a uno que pudiera declarar en un juicio.

La luz de las farolas asemejaba trepar por la fachada del edificio.

Anduve.

Me subí a la barandilla.

Abajo, dos líneas de coches se dibujaban a ambos costados del asfalto; probablemente, sobre uno de esos vehículos acabaría mi cuerpo.

Sentí un miedo atroz.

Por suerte, no tuve que esperar demasiado para encontrar lo que requería:

dos chicas doblaban la esquina.

Silbé.

Ambas alzaron el rostro.

Me vieron.

El miedo se esfumó de pronto.

Sentí una inmensa paz.

Sonreí, recordando en un segundo a cada uno de los seres que amaba, las personas por las que a punto estaba de «volar».

Me dejé caer hacia delante.



Mills, Dalmacio y Steven, escucharon la alarma de un coche afuera, en la calle, seguida de gritos y llamadas de auxilio. El padre se asomó por la ventana del comedor, viéndome destrozado sobre un Ford Focus. Aquella imagen se quedó grabada a fuego en su mente.

—No miréis —les dijo a los que le acompañaban—. Debéis marcharos de inmediato.

Estos, cabizbajos, dedujeron lo que acababa de ocurrir. Se fueron confusos, apenados.

El cura anduvo hasta la habitación. Llegó justo a tiempo para contemplar cómo Susan se incorporaba, recuperaba el aliento. Emergía de un océano de oscuridad, de un piélago que a punto había estado de engullirla. Pero cuando se acercaba peligrosamente a su fondo cubierto de tinieblas, Maylan se lanzó al agua para salvarla.

—¿Dónde está Maylan? —preguntó confusa.

5 AÑOS MÁS TARDE

Se sentó en un banco repleto de declaraciones de amor, frases «célebres», reivindicaciones..., palabras cinceladas. Mientras le esperaba sobre el frío asiento leyó algunos de aquellos mensajes «esculpidos» sobre la descascarillada pintura verde; muchos, dos nombres separados por un corazón. No pudo evitar marcarlo también: con una puntiaguda piedra, escribió «Susan y Maylan». Se le empañaron los ojos al ver terminada su obra, y recordó el mensaje que el padre Mills le transmitió a petición del hombre que la salvó del maligno: «Te amaré siempre. Aunque no ha podido ser en esta vida, te esperaré en la siguiente». Y ella decidió aguardar, vivir hasta volver a encontrarle.

Entre pensamientos escuchó el timbre del instituto. Clarisa le explicó dónde debía esperar; Nicholas pasaría justo ante ella. Y así fue: tras despedirse de sus compañeros y amigos, con la mochila a la espalda, anduvo por la acera hasta cruzarse con Susan.

Se miraron y él la saludó. Susan le regaló una afable sonrisa. Cuando se alejaba, le habló en alto para que pudiera escucharla:

—Cada día te pareces más a tu padre.

Se giró, quedándose sobre la acera, mirándola.

—Yo te conozco —aseguró Nicholas achinando los ojos—. Viniste con mi padre una vez a casa, ¿no?

Dicho esto se acercó al banco.

—Fue el día que dibujaste al demonio, ¿recuerdas?

—Sí...

Susan señaló con el mentón el espacio que quedaba libre a su izquierda. Nicholas advirtió el ofrecimiento. Se quitó la mochila, la dejó en el suelo y se sentó junto a ella.

—He esperado a que crecieras. Quería que maduraras, que comprendieras lo que he de contarte. Sé que tu madre te ha hablado de ello, de cómo murió tu padre; pero ella no estaba a su lado cuando ocurrió. ¿Puedes darme unos minutos, Nicholas?

—Claro. Le echo mucho de menos, ¿sabes? No hay un solo día que no piense en él.

—Y yo, Nicholas. Tu padre consiguió que le amara en tan poco tiempo... —Los ojos se le empañaron entretanto su mente retrocedía en el tiempo, viajaba hasta su panadería, hasta el momento en el que la invitó a cenar—. Nadie me ha hecho sentir como él lo hizo. Era especial, un hombre atípico. Tu padre lo sacrificó todo por los demás; por ti, por tu madre..., por mí. Por ello debes conocer los sucesos que le arrastraron al «suicidio». Por ello, debes escuchar su historia.

ÍNDICE

[EL ROSARIO](#)

[MIRADAS](#)

[LA GOTA QUE COLMÓ EL VASO](#)

[SÁBADO DE EUCARISTÍA](#)

[AYUDA DIVINA](#)

[REVELACIONES](#)

[LLORANDO POR FUERA](#)

[PIEL NEGRA](#)

[AULLIDOS Y SOLUCIONES](#)

[RITUALES](#)

[ALA ESPERA](#)

[FUEGO, CUERNOS Y TRIDENTES](#)

[UN ÚNICO SENTIDO](#)

[MI AMIGO EL MORENO](#)

[INCITANDO AL MAL](#)

[MOMENTOS DE LUCIDEZ](#)

[EL ÚLTIMO EXORCISMO](#)

[YLÍBRANOS DEL MAL](#)

© Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: Ylibranos del mal

© Marcos Nieto Pallarés

Maquetación y edición: Trabajobbie

Primera edición: Febrero 2019